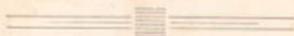


# UNIDAD

Organo de la Oficina Interamericana de Educación

Número dedicado a la memoria  
del ilustre ex-Presidente de la  
República, Licenciado Don  
RICARDO JIMENEZ OREAMUNO



San José, Costa Rica

1946

# UNIDAD

Órgano de la Oficina Interamericana de Educación

Dirige: CORINA RODRIGUEZ LOPEZ

☉☉

Colaboran: BAKIT PADILLA y HERIBERTO PEREIRA COTO

Año II

San José, Costa Rica, setiembre 1946

Número 4



*Ricardo Jiménez Oreamuno*

*Este hombre vivió consagrado a la defensa de las instituciones democráticas, al liberalismo y a la justicia.*

## EDITORIAL

**E**N este momento en que la democracia ha triunfado después de la más horrible de las guerras, "Unidad" siente la obligación de sembrar nuevas esperanzas en la humanidad.

El descubrimiento de la bomba atómica nos anonada y nos deja estupefactos. Nos hemos convertido en los espectadores de un invento diabólico, capaz de acabar con la obra de los hombres en pocas horas. No sabemos, ni nos atrevemos a decir lo que pasará si los enemigos llegan a poseer los recónditos secretos que dieron origen a la fatídica invención.

Millones de rusos han luchado denodadamente respaldados por los americanos, los ingleses, los franceses y los pocos italianos de la Francia Libre y de Italia Libre. Los países escandinavos, donde por años de años reinó la paz, entraron en la conflagración. El Mediterráneo se cubrió de llamas, los torrentes de sangre corrieron por la tierra del Don Quijote de la Mancha, y en el fragor del combate se asesinó a García Lorca.

La Universidad de Madrid se hizo pedazos, moralmente hablando, y literalmente pasó lo mismo con el corazón de los valientes republicanos. La siniestra figura de Hitler está aún en la sombra, mientras el general Franco se tambalea y Mussolini fué defraudado hasta por los infames que otrora le rindieran el homenaje de su admiración.

La tierra vuelve de una pesadilla y todos nos preguntamos hacia dónde vamos y qué es lo que nos corresponde hacer para reconciliarnos con la humanidad, que parece haber perdido el ritmo.

Hasta nuestra pequeña Costa Rica ha llegado el olor de la sangre y la conciencia de los que saben que nada humano puede ser ajeno al hombre, ha sentido las palpitaciones del corazón de Europa deshecho y sacrificado. Lógico es que de la horrible hecatombe de una civilización destruida y amasada con lágrimas, derivemos los pueblos jóvenes alguna lección.

Al evocar el recuerdo de los grandes demócratas, del sueño de Bolívar y Martí, no podemos menos que pensar que en nuestro país ningún hombre dedicó más años al credo democrático, que el ilustre ex-Presidente, don Ricardo Jiménez Oreamuno.

La generación venidera tiene obligación de conocer a este gran ciudadano a quien dedicamos una semana cívica.

"Unidad" inicia el homenaje que la República le debe. En él se pensó en el camino al cementerio, cuando el Profesor don Ramón Céspedes, concibió la idea de hacer una serie de transmisiones con respecto a la vida del Patrio que dedicó sus energías a las actividades cívicas durante sesenta años de una vida intensa y fecunda. El país entero escuchó desde la radio-emisora "La Voz de la Victor", el mensaje fervoroso de quienes en representación de las asociaciones culturales del país, dijeron lo que significa la desaparición del más destacado hombre público, en estos momentos en que se contempla el porvenir con ojos avizores.

Al reproducir esos mensajes, "Unidad" deja constancia de su fe republicana y presenta al Continente el valor máximo del civismo costarricense.

CORINA RODRIGUEZ

## Don Ricardo ha muerto

Este año de mil novecientos cuarenta y cinco, será recordado por todos nosotros con verdadero pesar, porque se inicia colocando sobre el pabellón tricolor una franja de duelo en señal de luto por la muerte del gran patricio cuya vida ocupa sitio preeminente en la historia nacional, que él, en asocio de un grupo de varones preclaros, entre los cuales vienen a nuestra memoria los nombres de Bernardo Augusto Thiel, Carlos Durán, Ascensión Esquivel, Cleto González Víquez y Manuel de Jesús Jiménez, escribió con su brillante pluma, trazando en ella la estela luminosa de la edad de oro de Costa Rica, cuando esa pléyade de hombres insignes brillaban como estrellas de primera magnitud en el cielo entonces límpido de nuestra amada Costa Rica.

Don Ricardo vino a la vida en el seno de uno de los hogares más ilustres de Cartago, por su abolengo, su honorabilidad y su profunda fe cristiana. Las ideas del siglo en que le tocó vivir y el enorme florecimiento del liberalismo, que tuvo su mayor auge en el siglo XIX, lo alejaron por casi la totalidad de su vida del seno de la Iglesia, que lo recibió al nacer; pero cuando la muerte estuvo a la cabecera del lecho en que terminaba sus días el ilustre patricio, pensó quizás en su noble y buena madre y quiso reunirse con ella, entregando su espíritu al Dios de sus mayores y colocando sus despojos mortales bajo el ala generosa de la cruz.

Fué el virtuoso sacerdote don Ricardo Zúñiga, el queridísimo Padre Cayito, quien tuvo el privilegio de oír en confesión al egregio costarricense, colocar entre sus labios la Santa Eucaristía y ofrecer el sacramento de la Extremaunción al hombre eminente que pocas horas después exhalaba su último aliento para presentarse—vuelto a la fe de sus mayores—a los pies del Señor.

Los hombres eminentes, que han servido a su Patria en la forma en que don Ricardo lo hiciera, tienen el derecho a esperar de sus conciudadanos el olvido de sus errores, que sólo deben servir para lecciones futuras, en la esperanza de que cuando la pátina del tiempo haya apagado las pasiones, sean otros hombres los que con imparcialidad y juicio sereno analicen la obra pública de los grandes estadistas.

Recordando las palabras de un gran político, nosotros colocamos sobre el féretro que cubre los restos del ilustre don Ricardo, la bandera de la Patria y sellamos su ataúd con el escudo de la nación. Al porvenir toca juzgarlo. Y en lo que a nosotros respecta, desde ahora lo absolvemos, porque balanceados sus errores con sus virtudes cívicas, triunfan las últimas; difícilmente se encuentran otros nombres, que como el suyo hayan dado a Costa Rica tanto prestigio dentro y fuera del territorio nacional.

*Pax!*

## En recuerdo de Don Ricardo

Por el Profesor don RAMON CESPEDES M.

No nos mueve a los organizadores de estos homenajes a la memoria de don Ricardo la idea de exaltar su nombre ante la conciencia ciudadana, porque bien ganado tuvo el mejor pedestal que la Patria puede levantar a un ciudadano: el pedestal formado por el corazón de los costarricenses. Nadie tuvo en Costa Rica, a lo largo de su historia, cariños más intensos; nadie supo interpretar mejor los anhelos y las ansias del pueblo costarricense. En las horas de ansiedad nacional, en las horas de congoja para la República, en los momentos difíciles, la ciudadanía costarricense esperaba el pronunciamiento de don Ricardo. Hablaba don Ricardo y la República sentía que había encontrado su Norte. Era como encender un haz de luces en la altura. Y si alguien le salía al paso, entonces su palabra, hablada o escrita, era torrente impetuoso de razones. Como si montara brioso corcel, la verdad se abría pasc impulsada por la fuerza de un pensamiento vigoroso.

Nadie como don Ricardo para defender la democracia; nadie como él para defender sus principios y es curioso, cómo él, que fué brazo y nervio, y pensamiento y corazón al servicio de los principios democráticos, supo mantenerse en la altura del linaje de su propia aristocracia. No aristocracia fundamentada, como hay tantas por el mundo, en los títulos nobiliarios obtenidos en una forma u otra. Aristocracia legítima de ésa que se lleva en la sangre por la nobleza del origen; de ésa que se lleva en el pensamiento y que es la única que permite alzar el vuelo hasta alturas que deslumbran; de ésa que cubre de flores el corazón de tal manera que cada acto de la vida es como un desprendimiento de pétalos que se van dejando al pasar para hacer más suave la senda que han de trajar los semejantes. Corazones que no conocieron el egoísmo pero que llevan en ellos mismos el impulso creador que hace mantenerse a un hombre en las regiones en que las frentes se cubren de laureles. Tal don Ricardo. En sus luchas que fueron muchas y acaso las más recias que nadie en Costa Rica haya sostenido, en sus actuaciones que fueron de toda su preciosa, larga y luminosa existencia, pudieron hacerle sus enemigos muchos cargos pero jamás pudieron achacarle una iniquidad. En la nobleza de aquel corazón no había cabida para la iniquidad. Quienes lo combatieron un día, pudieron aplaudirlo otro sin sentir sonrojo: la fuerza de sus razones tanto como la virtud en sus actuaciones fueron el mejor sendero para encontrar el camino de lo justo.

Hablar de don Ricardo es oportunidad preciosa para insistir en la necesidad de que se sepa establecer con lineamientos inconfundibles la diferencia profunda que existe entre el politiquero y el político de verdad. El politiquero de oficio se mantiene en los bajos fondos de la intriga y mantiene abiertas las puertas a la perfidia y a la maldad. El político de verdad va de la mano del estadista; se guía por la luz de su pensamiento que es siempre limpio; a la hora de actuar o de resolver en los graves problemas de su país, cuenta con los recursos que le ofrece una vida de consagración al estudio, en consorcio con las ideas directrices que en la propia o en distintas latitudes han llevado a los pueblos a encontrar las rutas para el cumplimiento de su propio destino. Al hablar de don Ricardo es importante establecer la profunda diferencia entre tener poder y tener autoridad. Hay quienes han pasado por el poder, quienes han dispuesto de él, sin alcanzar jamás autoridad. En cambio a don Ricardo, en el poder o fuera de él,

con poder o sin él, jamás le faltó autoridad. La autoridad de su palabra sabia, la autoridad de su vida limpia, la autoridad de su pensamiento luminoso, la autoridad de su vida fecunda. Fecundidad de vida que supo de los halagos y del confort de la ciudad y que supo disfrutar, con la claridad de su inteligencia, de la dulce y apacible paz campesina.

Fecundidad de vida la de don Ricardo. Raro ejemplar de hombre. El fue de esos elegidos capaces de mirar de frente la luz del sol aunque el brillo de la misma les quemase las pupilas. Ganó en vida hermosas batallas. Sigue ganándolas después de haber bajado a la tumba.

Dije al principio que no era nuestro propósito axaltar la figura de don Ricardo, que él no lo necesita.

Los que en vida fuimos fieles amigos de él; los que pudimos acompañar sus restos al cementerio sin sentir la amargura de haberlo agraviado nunca, los que honrados con alguna posición en alguno de sus gobiernos le servimos lealmente, los que apreciamos sus prédicas como el evangelio cívico de los costarricenses, aquí estamos don Ricardo:

No para llorar su muerte, porque él sigue viviendo para nosotros; venimos en acto de fe ciudadana a vigorizar nuestro pensamiento en la luminosidad de sus ideas y de sus principios.

Venimos a decirle:

Don Ricardo, usted estará siempre como un sol en el cielo de nuestra querida Costa Rica.

---

## Palabras del Dr. Antonio Díaz

Como centroamericano rindo en esta noche mi tributo humilde a la memoria de un gran centroamericano: el Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno. La ciudadanía de las cinco parcelas que componen la patria grande de nuestro istmo centroamericano habla con la voz de quienes llegan a la tribuna que esta radioemisora (La Voz de la Victor), abre a todos los vientos, para darle un lugar en la historia a quien fue ejemplo de gobernante para los que ambicionan el camino hacia la democracia, y fue a la vez foete para los verdugos establecidos en la casa presidencial de las antidemocracias de América Latina.

¡Qué bien nos hubieran hecho a nosotros los salvadoreños algunos Presidentes de esa talla; de esa envergadura! De esa recia pasta democrática que les veda la villanía de sentirse superiores a las leyes o inferiores a los ciudadanos que ejercen el poder; que les lleva a la superioridad espiritual de no sentir a los demás por debajo ni por encima, porque, deseando sentirse rodeados de sus iguales, sólo sienten y ven en los demás a ciudadanos, a personas que no son ni más ni menos que ellos.

Los pueblos deben saber que estos grandes hombres también contribuyeron, y de manera primordial, en la estructuración de las naciones, en la caracterización de los países; que es elemento de primer orden la personalidad de gobernantes como éste en la determinación del futuro de una patria: es la preponderancia de la personalidad civil, la ausencia de sentido de prepotencia de estos grandes ciudadanos, la que ha dado a Costa Rica ese sentido de la justicia, de la libertad, del derecho, que hacen innecesario o casi innecesario el aparato de fuerza como pe-

destal de los gobiernos. Es la conciencia ciudadana, es la confianza en una ley respetada de gobernantes y gobernados, la que sirve de asiento a las instituciones de esta ejemplar democracia.

La figura de don Ricardo Jiménez Oreamuno y la de sus grandes gemelos en el ejercicio del poder, talló de tal modo en la estructura nacional costarricense, que quien llegaba al mando entraba tallado por la vía del sufragio universal, igualitario y directo, en una cámara presidencial en la que no había lugar para la venalidad, para el desplante, para el continuismo ni para el desafuero. Allí estaba el recuerdo que estimulaba y compelia; y en el alma del pueblo, en el pecho de cada campesino, la imagen de lo que era y debía ser un buen Presidente para que disonara en ellos de tal modo todo desafuero, que en todo el pueblo repercutiera el cambio desfavorable y regresivo que desgraciadamente ocurriera en los sillones del mando presidencial. Cuando el sol presenta manchas la imagen suya que hay en cada uno de los mares también las presenta. Del mismo modo, cuando un Presidente las llevara en la conciencia, en el pecho de cada campesino, como en espejo de civismo, se pondrían de manifiesto.

¡Qué distinto en nuestra patria; qué distinto en otros países de Centro América! Allí gime el pueblo bajo el triple peso de la fuerza bruta, la miseria y la ignorancia. Para esos ciudadanos, el ejemplo de Costa Rica es la tierra prometida del hebreo creyente. Es por eso que en el pueblo cuzcatleco, en todos sus círculos, se sigue con cariño la trayectoria, para nosotros luminosa, de la hermana Costa Rica.

Por eso venimos aquí en busca de asilo seguro cuando nos persigue el tirano; por eso buscamos aquí, en el ejemplo de sus grandes hombres y en la vivificante práctica democrática de sus masas, el aire oxigenado que necesitan los anhelos de libertad de todo hombre honrado que sea consecuente con sus ideas y sus sentimientos.

¿Y quién, que queriendo a Costa Rica como asilo de paz para los perseguidos de todas las ideas, desee tributarle un homenaje, puede olvidarse, al hacerlo, de hombres como don Ricardo Jiménez? ¡Nadie! Fué en sus administraciones más brillante, más fuerte, más notorio, el proverbial respeto que los ticos sienten por los enemigos de los tiranos.

Tuvo este varón—valioso en la casa presidencial, valioso en la llanura democrática, valioso aún en la tumba—, el singular privilegio de influir en los destinos de su patria cuando el liberalismo iba en ascenso y cuando mayores beneficios podía producir su recia contextura ciudadana. Es su modalidad, es su personalidad, la de él y la de los que como él fueron, la que ha dado, a esta querida tierra, esa característica que deben conocer todos los centroamericanos que no la conocen, y que admiran todos los que la conocen. En Costa Rica cuando un hacendado busca familias para trasladarlas a trabajar a sus fincas, los peones, los jefes de esas familias, para decidirse no preguntan si hay médico o farmacéutico que les defienda de la muerte; no preguntan si hay cura que atienda a las inquietudes del alma; no preguntan si hay teatro que les divierta o si hay taberna que les embriague. Solamente preguntan, para decidirse, si hay maestro en el rincón en donde estarán sus hijos, para estar seguros de que, aun cuando padezcan la opresión de la pobreza, no sufrirán la opresión de la ignorancia.

¡Oh!, benditos esos hombres; esos recios varones que dejaron a su patria un legado libre de generales, libre de tiranos: que dejaron una población de ciudadanos.

Bendito, pues, para todos los centroamericanos libres, el nombre ilustre del ex-Presidente don Ricardo Jiménez.

Rindo mis más expresivas gracias a doña Corina Rodríguez por haberme brindado la oportunidad de expresar mi admiración por Costa Rica, donde a la belleza de las mujeres se aúna la belleza de la práctica democrática en todos sus aspectos.

## El Dr. Wasserman evoca la memoria de don Ricardo Jiménez

La Colonia Israelita considera un alto honor participar, por intermedio mío, en este homenaje al hombre más grande que tuvo Costa Rica. Intentaremos reproducir su imagen y dar una explicación sociológica.

Hace pocos días dejó de existir una de las figuras de mayor relieve y contenido histórico de este encantador y democrático país: Costa Rica.

Me refiero, claro está, a don Ricardo Jiménez Oreamuno, tres veces Presidente de esta hospitalaria Nación, oráculo por más de cincuenta años de la ciudadanía.

Hijo de don Jesús Jiménez, dos veces Presidente y de doña Esmeralda Oreamuno, hija del ex-Presidente de la República don Francisco María Oreamuno.

Vió la luz de estos soles tropicales un 6 de febrero de 1859. Su padre, don Jesús, era hijo de don Ramón Jiménez, a quien durante el año de 1819 le tocó encargarse del mando civil de la Colonia, a causa de la muerte del Gobernador Juan de Dios de Ayala.

En otras palabras, el excelso ciudadano que casi a mediados del siglo veinte ha dejado de existir, hallábase ligado a la historia de Costa Rica, por la actuación de su abuelo, de su padre y de él mismo.

Esa trilogía correspondiente a tres generaciones tuvo destacada influencia durante más de ciento cincuenta años.

Pareciera que los tres aprisionaron una etapa cronológica que se inicia en el último tercio del siglo dieciocho y se prolonga hasta muy adentrado el siglo veinte.

Echemos una ojeada a Costa Rica a mediados del siglo diecinueve. En 1859 apenas si había terminado la enorme crisis existencial de Centro América. Los hermanos del istmo habíanse unido para lanzar fuera de esta tierra digna de mejor suerte, al invasor William Walker y a sus foragidos compañeros. Es esa coyuntura histórica, la llamada guerra del 56. Interesantes proyecciones tuvo para este patriarcal país, pues el corazón ciudadano, un tanto débil a causa de su juventud, se fortificó al unirse todos los hombres para llevar a efecto una lucha contra el enemigo común.

De ahí que el Profesor Carlos Monge Alfaro, haya dicho en varios estudios, que la guerra del 56 marca el final de una etapa primera de consolidación nacional. Y realmente así es. El Estado no es una dación del cielo, ni una lotería que el azar depara; es una construcción humana y como tal, de los hombres mismos. El Estado, antes que un conjunto de instituciones, de cosas materiales, es una categoría del espíritu; es un estado mental; una posición de la conciencia; una perspectiva vital. El cambio del mundo, las revoluciones, se realizan en el plano de las ideas, del pensamiento, ya que es lo único que mueve al hombre en sentido vertical y eterna posesión de las ideas, la tendencia a "Ser."

Siendo el Estado un gesto del espíritu, una especial forma de comprender la vida social, es lógico que hablemos, al referirnos a la evolución del Estado costarricense, como si se tratara de un organismo que crece y se desarrolla. Repetimos, la guerra del 56 debe considerarse como un fenómeno histórico social que en sí mismo es la última etapa del primer ciclo evolutivo del Estado costarricense.

Pues bien, don Ricardo nace en una época crucial de la historia de su país. El gobierno se encuentra en manos de una oligarquía político-mercantil, que extiende su poder a todos los órganos de la vida costarricense.

En un ambiente aldeano, un tanto caldeado de continuos conatos de revolución, avanza la vida del jovencillo inteligente y voluntarioso. La fogosidad del infante, su inquietud mostrada hasta en los juegos de niño, será la gran fuente de su personalidad en su adolescencia. Se gradúa de Bachiller a los 14 años en el Colegio San Luis Gonzaga. Estudia luego en la Universidad de Santo Tomás, donde se recibe de abogado. Desde este momento su personalidad va creciendo más y más hasta convertirse en figura de primera magnitud.

De todo el grupo de liberales que dan tanto valor a la República, hay uno que se proyecta con los más grandes caracteres: éste es don Ricardo Jiménez. En su juventud luchó, polemizó por las ideas de la libertad.

Su popularidad fué en ascenso y en 1909 le eligieron Presidente de la República. Luego repitió su hazaña política en 1924 y en 1932.

Don Ricardo ha sido el costarricense más querido y más discutido. Su personalidad, de gran poder expresivo, original como pocas, se elevó por encima de todos los costarricenses. Y en la llanura o en el poder era siempre don Ricardo. Pudo haber sido en otro medio el más grande de los políticos; el más grande de los jurisconsultos; pero lo más característico, lo grandioso en esta figura, es su valor puramente humano o humanitarista.

Su profundo amor a los perseguidos, a los maltratados, a los necesitados. Estos intuitivamente hallaron en él, su defensor, sin condiciones. Al padre que los defendía y ayudaba. Y esta defensa y ayuda tenía condiciones de combate, de lucha. Se trataba de un ideal para don Ricardo. Y ese ideal, el de no permitir la injusticia, era su condición más arraigada. Sus polémicas eran fuertes, dominantes. Parecía un Profeta bíblico que lanzaba sus juicios. Su fuerte eran los cuentos y los proverbios. Con estos dos elementos, con su poderosa imaginación, con su excelente memoria y razón férrea, fué el costarricense más leído.

Nunca descendió a los bajos fondos del alma humana cuando la pasión le saturaba; comedido, de hablar sereno; porque conocía ante todo el alma humana, fué indiscutiblemente un gran señor. Le bastaba su inteligencia y sus definidas ideas políticas para demostrar que allí estaba Ricardo Jiménez. Admiró grandemente a la mujer; en eso tenía mucho de español. Era un caballero galante y fino.

Fuó para los costarricenses más que un simple Presidente de la República; algo más que un político. Era un oráculo y un santuario. Tuvo para los costarricenses el mismo sentido que para los griegos el oráculo de Delfos. Dijo siempre todas las verdades, gustaran o no.

El hombre de la ciudad y del pueblo lo leía y lo comentaba. Sus palabras se propagaron con la velocidad de la luz. Decía lo que pensaba; aplaudía y condenaba. ¡Ay de quien se atravesara en su camino de fulgurante Apolo! Cuando dejaba caer una expresión sobre alguien, el epíteto lo acompañaba hasta la muerte.

Como oráculo don Ricardo tenía algo de mago, de sacerdote, de pagano, de Dios mismo. Los costarricenses le llamaron "El Brujo del Irazú". Tenía mucho de brujo este grande hombre y conforme pase a la historia, se definan los hechos y bajen las pasiones, su figura adquirirá contornos más ingentes.

Así como solamente Grecia antigua, con su cielo azul, su clima maravilloso, sus montañas sinuosas, pudo producir el milagro de tornar un mundo bárbaro en otro civilizado; produciendo Homeros, Sócrates y otros, solamente las singulares condiciones históricas de Costa Rica, es decir, siendo democracia por imperativo histórico, pudo producir un Ricardo Jiménez; un símbolo de semejantes proporciones.

Porque don Ricardo es un símbolo y aún más. Los hombres símbolos, traspasan las fronteras nativas, dejan de tener solamente un valor local para adquirir uno universal.

Y el mundo, ahora más que nunca necesita de símbolos.

Ahora que todos los valores humanos han claudicado, ahora que nos preguntamos: ¿Quiénes somos? Surge esta pregunta irremisiblemente: ¿Por qué una parte de los hombres que se llaman japoneses o alemanes, y que poseían cultura, arte, ciencia, música, se han metamorfoseado en bestias brutales y en criminales de la peor condición? Han sido hombres con sentimientos, con alma como todos nosotros. Ante tal fundamental cambio, asustados interrogamos si no nos puede acontecer lo mismo.

Por eso necesitamos más que nunca que como don Ricardo nos digan: ¡No! El hombre no es un lobo disfrazado, no es un criminal sádico. El hombre no es una bestia. Aquéllos que se bestializan lo hicieron previo programa. Metódicamente. Se han envenenado para envenenar a su vez al mundo. Pero el hombre por naturaleza es bueno y digno.

Esta es la lección que nos dan hombres como don Ricardo. Y he aquí lo más grandioso.

Don Ricardo dió prueba de ello cuando se constituyó en defensor incondicional de nuestra colonia, cuando la atacaron por intereses mezquinos extranjeros nazi-fachistoides ocultando su hipocresía, bajo nombres de hijos del país, que por su bondad innata, producto de su patria, no comprendieron el verdadero alcance infernal de los propósitos nacistas de aquéllos que buriaron la buena voluntad de un país democrático.

Y para terminar, don Ricardo quería al pueblo judío como quería la Biblia.

Por ello siempre tenía bien presente aquella ley judaica, que decía que en las puertas de entrada de las ciudades ostentaran la siguiente leyenda:

“Entra sin temor, extranjero.  
Si eres esclavo, aquí serás libre.  
Si te persiguen, aquí tendrás paz.  
Entra y descansa: hermano.”

---

## El Lic. Asdrúbal Villalobos comenta dos aspectos del gran estadista Ricardo Jiménez

Los Evangelios, fuente inagotable de sabiduría, cuentan que en ocasión en que Juan, con su extraño vestido de pelos de camello y un ceñidor de cuero en la cintura, bautizaba en el Jordán a sus oyentes y los invitaba a enderezar las sendas del Señor, apareció Jesús para ser bautizado, y que al salir de las aguas se oyó una voz del cielo que decía: “Este es mi hijo muy amado en quien he puesto toda mi complacencia.”

Viene a mi mente este recuerdo al cumplir con el encargo, grato a mi espíritu, de rendir homenaje a la memoria de Ricardo Jiménez Oreamuno, porque al meditar sobre la vida esplendorosa de este hombre excelso que al recorrer su senda sobre el haz de la tierra encontró rendida a su paso la admiración de los conciudadanos, abierta como flor perfumada y radiante de belleza la simpatía de

las mujeres de su patria, rotundó como el reventar de las olas del mar sobre la playa, el aplauso nacional para sus actuaciones de hombre público eminente, y presurosas las manos de la Diosa Fortuna para colocar sobre su frente de hombre combativo el gajo del laurel inmarcesible de la victoria en todas sus peleas, se inclina la mente a pensar que, al abrir los ojos a la luz de la vida un sér dotado de condiciones tan excepcionalmente superiores, ha debido escucharse una voz misteriosa que dijese: "este es mi hijo muy amado en quien he puesto toda mi complacencia."

Enmarcar en todos los sugestivos aspectos que la enaltecen, dentro de los límites prudentes de una alocución, la vida del hombre más eminente que hasta este momento ha producido la República, es pretensión imposible de realizar, y he de limitar entonces mi intervención, a recoger las espigas de esta ofrenda unificada en el carmen fragante de dos de los aspectos de su vida: en el de la sencillez que señoreó en todos sus actos, que campeó en sus escritos, en sus discursos, en su conversación, la cual, signo inequívoco de su grandeza, lo acercó al pueblo y lo puso al alcance de su comprensión; y en el de la flexibilidad de su mente, pues en el curso de su larga vida, fué captando momento a momento la evolución del mundo hacia la consecución de una vida mejor, por lo cual la bandera de las más modernas reivindicaciones tuvo su mejor asta en el brazo de este viejo paladín que llevaba en los labios el verbo nuevo de la reforma.

Una de las manifestaciones de duelo que más emoción han puesto en mi espíritu, entre todas las que con motivo de la muerte de este hombre ilustre se han producido, es la que un campesino hizo publicar en un diario de esta capital, para decir que durante muchos años fué trabajador en sus fincas, y que tanto él como todos sus demás compañeros en las labranzas del campo, sentían con la muerte de don Ricardo Jiménez un profundo dolor porque, durante las noches, cuando permanecía en la estancia, hacía rueda con ellos sentado en torno del brasero encendido bajo la luz de las estrellas, para asar las papas hinchadas por los jugos fecundos de la tierra, y comerlas al amor de la lumbre mientras conversaba con ellos "de igual a igual", comentando los temas que ellos abordaban, y preguntándoles siempre por la salud de sus esposas a quienes mencionaba con sus propios nombres; y agregaba el campesino que, por ese placer con que se confundía con ellos, y por esa atención de recordar los nombres de sus mujeres, la desaparición de don Ricardo les torturaba el corazón.

"Decir las cosas bien—escribe Rodó—, tener en la pluma el don exquisito de la gracia y en el pensamiento la inmaculada linfa de luz donde se bañan las ideas para aparecer hermosas, no es una forma de ser bueno?"

Y Juan Maragall expresa: "Aprended a hablar del pueblo; no del pueblo vano que congregáis en torno de vuestras palabras vacías, sino del que se forma en la sencillez de la vida ante Dios sólo. Aprended de marineros y pastores."

¡Cuanto contemplar unos y otros en silencio la majestad del mundo allí donde el espíritu alienta con ritmo libre y grande! ¡Cuánta inmensidad han reflejado sus ojos, cuánta hermosura de cielo azul y prado verde, y del mar que muda fácilmente el color como el rostro de una virgen, y claridades de luna y de sol, y las nieblas grises y la cortina de las lluvias! ¡Cuánto viento ha sonado en sus oídos y cuántas rítmicas oleadas, y los truenos que se acercan y se alejan, y el mugir de los bueyes en la soledad! ¡Cuánto olor de agua salada y de hierba han respirado, y cómo sus sentidos han sido amorosamente tocados por todas las cosas puras!

La tierna emoción que me produjo la humilde y sencilla forma de expresar su duelo el campesino a que hago referencia, trae a mi mente las dos preciosas citas que acabo de hacer, las que unidas al relato de la forma cómo el más ilustre ciudadano de la República se deleitaba en el trato de los hombres humildes de nuestro campo, nos dan la clave maravillosa de la fuente en que nutría la ma-

gstral sencillez de los escritos, la difícil facilidad de su palabra llana, y la elegante prestancia de todos sus actos de hombre consciente de su valor intrínseco, ya que la sencillez y la humildad son atributos auténticos del talento.

Y sin embargo, este hombre singular a quien los campesinos trataban en un plano de igualdad sin encontrar diferencia que los distanciara, sentado, ya no en torno de la hoguera donde cambiara impresiones con las gentes sencillas de su tierra, sino en torno de la mesa donde a discutir los altos problemas de la República concurrieron los escogidos, los más destacados valores intelectuales del país, nunca pudo ser tratado en aquella misma forma, porque la superioridad de su talento, su talla formidable de polemista insigne, y la fuerza de convicción de su palabra sin paralelo, doblegaron siempre la soberbia del adversario que osó ponerse al alcance de su dialéctica triturante. Pareciera que en el trato con los humildes hubiese bebido la inspiración que lo fortalecía para librar las más descomunales batallas sin que fuese tocada su panoplia, y era tal su fe y su respeto por la opinión del sector de las gentes de la llanura, que no aceptaba una postulación presidencial si "las camisas blancas de los campesinos", según su gráfica expresión, no ponían la nota jubilosa en la multitud que lo aclamaba, así como tampoco, desde las alturas del poder, resolvió nunca problema de vital importancia para el país, sin acercarse antes su oído al palpar del corazón de esa misma multitud para conformar su decisión con el sentir nacional, secreto de todos sus aciertos en el manejo de la cosa pública.

Este hombre, que solía alternar sus afanes fatigantes de la ciudad con las actividades placenteras del campo, lo mismo en su buíte de San José que en las brumosas colinas y valles de su querida Cartago, o en las playas reverberantes de sol de su hacienda en Puntarenas, fué un infatigable lector que tuvo siempre en su mente la sensación del minuto que vivía el mundo. Nacido en la Costa Rica que en moldes de principios liberales inflexiblemente rígidos vaciaron los fundadores de la República mirándose en el espejo de las conquistas proclamadas con el triunfo de la Revolución Francesa, es sorprendente la agilidad mental con que el ilustre varón desaparecido asimilaba las modernas teorías que han venido a revolucionar al mundo en su marcha natural hacia un destino mejor.

La humanidad se debate en un campo de luchas ideológicas y vive un minuto de transición al desprenderse del régimen capitalista para otear, tras la cinta azul del horizonte, una forma nueva de vida que extermine la miseria mediante una distribución que, por ser justa, procure la armonía estable de la sociedad. Para llegar a conquistar esta aspiración, parece necesario el renunciamiento a normas de conducta que anteriormente se suponían intocables, y parece indispensable, además, que las naciones organicen su vida para la post-guerra, mediante una anficiónia, haciendo concesiones en provecho recíproco, del rígido concepto de soberanía que hasta este momento ha existido, y obligándose a una interdependencia espontánea para colaborar todas en la solución de los problemas que afecten a cada una de ellas. Todos los hombres de buena voluntad debemos prestar nuestro concurso, grande o pequeño, para que el régimen de justicia en un ambiente de paz impere en el mundo, y negarse a comprender esta realidad a que la humanidad se aboca, y no hacer concesiones de nuestro bienestar en servicio de las clases menos favorecidas, es pecado de incomprensión que acusa ignorancia, o bien ciego apego a las normas de vida que en la época que declina regularon el mundo.

Pues bien: Ricardo Jiménez Oreamuno, clarividente, dueño de esa flexibilidad mental que le permitía descubrir entre las nieblas del futuro los senderos por donde convenía dirigir los pasos de la República, adelantándose, a los ochenta años de edad, a ocupar posiciones de vanguardia que le dan estatura de precursor de las medidas de gobierno necesarias en esta enorme evolución que la huma-

nidad presencia, envió al Congreso de la República en el año 1932, en su condición de mandatario, ante la mirada azorada de los representantes del pueblo, un proyecto de ley que obligó a los Bancos del Estado a modificar las obligaciones que los clientes habían contraído, estableciendo una moratoria para sus deudores y una rebaja de intereses en sus compromisos económicos. Y en mayo de 1935, insistiendo sobre el mismo asunto, se dirigía nuevamente al Congreso con estas palabras, que al leerlas hoy, a once años de distancia, dejan todavía en los labios sabor de cosa nueva:

“Hay que hacerse cargo de la vida de amarguras y zozobras del hombre que cultiva los campos, si las cosechas de la tierra no alcanzan para el pago de los intereses de las hipotecas. Precisa virar en redondo, cuanto antes, y abrazar una política decidida en el sentido en que lo hacen otros países azotados, como el nuestro, por la racha del infortunio económico, y como se hizo en el caso de los deudores del Banco Nacional de Costa Rica, ya que sin proteger y estimular el esfuerzo de los deudores no se pueden vivificar las fuerzas de producción. En la riqueza, fruto del trabajo, las fuerzas activas tienen igual derecho que el capital efectivo. Hay que proporcionar una distribución justa, igualando la protección al trabajador y al capitalista, para llegar a un equilibrio estable de los opuestos intereses.”

He aquí perfilado, en la brevedad de este párrafo, al estadista enorme que descubría a distancia los males que asechaban el futuro de la República, y con visión propia del águila que se remonta a las alturas, se aprestaba a conjurarlos.

Tal es, en los dos aspectos que me he complacido en abordar, el eminente hombre público cuya muerte llora desconsolada la Nación, y cuyo cadáver, en el largo recorrido realizado hacia el lejano cementerio de la ciudad, fué respetuosamente disputado—suceso por primera vez contemplado en Costa Rica—, por las mujeres, que se complacieron en llevarlo sobre sus hombros.

Dicen los evangelios, que al expirar Jesús, ceñido a la cruz infamante que, no obstante, es a través de los siglos signo de unión entre los hombres, se oscureció el sol y se cubrió la tierra de tinieblas, en tanto que el temor y la confusión invadían el espíritu de los hombres. La muerte del egregio varón cuya vida fué honra y prez de Costa Rica, cubre de tinieblas en nuestra patria los senderos que alumbraba el fanal esplendoroso de su cerebro, y pone confusión en nuestras almas, por la pérdida definitiva de quien fué guía devoto y leal de la República.

San José, 14 de enero de 1945.

*Asdrúbal Villalobos*

## Don Virgilio Calvo se dirige al país en nombre de la Municipalidad de San José

Señores:

La Municipalidad de San José, en cuyo nombre ocupo estos micrófonos, por honrosa designación del Comité Organizador, está de duelo, al igual que todo el país, por el sentido fallecimiento del Benemérito de la Patria, el ilustre ex-Presidente de la República Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno.

¡La Patria entera está de duelo! ¡Ha muerto un prócer! Un recio y enhiesto roble, aún pleno de potencia intelectual, ha sido abatido por el rayo de la muerte. Pero, a pesar de que su presencia física en este mundo es ya imposible, su vigoroso intelecto siempre se hará sentir; no se olvidarán las nobles enseñanzas del hombre superior, de una de las más claras inteligencias con que contaba el país.

¡Señores! La Corporación Municipal capitalina se asocia al homenaje póstumo que en esta noche se tributa a su memoria, lamentando, como la que más, su dolorosa desaparición.

De don Ricardo podemos decir que consagró su vida al servicio de la Patria, sin intereses mezquinos ni particulares, con ese raro don de servir a la comunidad, a la cual dedicó los mejores años de su brillante existencia.

Don Ricardo comenzó su larga y fecunda vida pública laborando en la Municipalidad de San José. Fué su Presidente por dos veces, en los años de 1885 y 1887. En el primer período, presidiendo una Corporación integrada por los distinguidos señores: Alberto Chavarría, Faustino Víquez, Adolfo Bonilla, Ricardo Salazar, Toribio Mora, Licenciado Juan L. Quirós y Pio Víquez.

En el segundo dirigiendo una Municipalidad compuesta de los señores: Angel Anselmo Castro, Manuel Aragón, Tobías Zúñiga, Juan Rafael Mata, Ingeniero Angel Miguel Velázquez, Odilón Jiménez y Ramón Castro Fernández.

Su labor en el Municipio capitalino fué fructífera; no se limitó a servir el cargo, *dejando hacer*, con la indiferencia propia del costarricense; no, al contrario, dedicó todos sus afanes a hacer prosperar la ciudad y así vemos cómo en su primera actuación como Presidente Municipal, presenta el proyecto para la construcción del servicio de cañería.

En su segunda presidencia municipal elabora y somete a la consideración de sus compañeros, el proyecto para la instalación del servicio de alumbrado incandescente, logrando se aprobara, a pesar de la enorme resistencia que hubo de vencer, tanto en el seno de la propia Corporación, como en el público, siempre desconfiado y renuente a todo lo nuevo. Al efecto, hace las gestiones personalmente con la firma Luis B. Batres, con la cual se contrató.

A pesar de sus ocupaciones, siempre en importancia y número crecientes, dada su enorme capacidad y competencia como Abogado, no desmayó en su tarea de hacer prosperar la ciudad; presenta innumerables proyectos, entre los cuales podemos citar el referente al levantamiento y confección de los primeros planos de la ciudad y nomenclatura de sus casas, los cuales se llevaron a feliz término. La construcción del tendido de tranvías con que hoy cuenta la ciudad, se debe en gran parte a sus buenos oficios; en el año 1887, como Apoderado de la firma norteamericana Silas Wright Hastings, somete a la Mu-

municipalidad el proyecto para la instalación de un tranvía y construcción de un Hipódromo, siendo aprobado el día 23 de noviembre del mismo año, e iniciándose inmediatamente el tendido de rieles.

Como hombre de gran inteligencia y actividad, su actuación al frente de la Corporación municipal capitalina fué de gran relieve y de enormes beneficios, no sólo para la ciudad capital, sino para el país entero.

Como dato interesante, digno de mencionarse, por lo difícil que es hoy encontrar hombres de su carácter y sentido de responsabilidad, podemos citar el hecho que nos pinta su inagotable actividad y celo por la cosa pública: durante sus actuaciones en el seno de la Municipalidad, como Presidente, solamente por dos veces no asistió a sus sesiones y en dichos casos motivó su ausencia, según consta de los Archivos de la Secretaría Municipal.

Sería largo enumerar y son de todos conocidos los inmensos beneficios que Costa Rica debe al ilustre desaparecido, tanto en el campo material, como en el intelectual. No hay un solo ciudadano honrado que no haya sentido estrujarse su corazón con la noticia de su deceso; era en nosotros un placer, y ahora una necesidad, el leer sus jugosos reportajes, llenos de vigor y enseñanzas. Al evocar este gran costarricense recuerdos, de nuestra vida nacional, lo hacia en forma sencilla y llana, con serenidad perfecta, cual es propio de las mentes superiores.

A Ricardo Jiménez Oreamuno pueden aplicarse las palabras que a la memoria de su padre, don Jesús Jiménez, dedicó Máximo Soto Hall: "Tenía historia, y no tenía remordimientos; había mandado, sin haber oprimido; recogió laureles y no sembró ortigas; llegó a la tumba con los cabellos blancos y las manos limpias; no tuvo que lavarlas para pasar a la eternidad."

*Buenas noches*

---

## *Emilia Prieto, una de las mujeres más talentosas del país, analiza la personalidad de Don Ricardo*

Personas más autorizadas habrán de emprender la honrosa tarea de estudiar a don Ricardo en sus múltiples aspectos de hombre público, jurisconsulto, escritor, político, orador, gran polemista y otras actividades a que consagró su vida y que le valieron por fecundas el justo título de Benemérito.

Conocer las materias en que su espíritu se especializó, conocerlo a él de cerca, haberlo seguido con atención en su gran trayectoria de hombre de meditación y estudio, facilita el trabajo.

No es ese mi caso. No entiendo ninguna de estas cosas, y jamás tuve el honor de conocer a don Ricardo personalmente. Sin embargo, sé que él puede ser para cualquier costarricense de corazón y de juicio, un dilecto tema sobre el cual cabría extenderse ampliamente dentro de los anchos límites del cariño, la admiración y el reconocimiento de sus relevantes e indiscutibles méritos.

Desde nuestra infancia, oíamos en el hogar, de labios de nuestros mayores, el elogio para él, la seguridad de que estando el poder en sus manos serian con-

ducidos con acierto los destinos de la patria, y a través del sentido cívico que con los años se nos iba formando, asociamos en nuestra alma juvenil a ese sentido, su gran figura de hombre público en cuyo tino y visión todos confiábamos.

Ahora yo me imagino que, estando lejos de Costa Rica, evocar intensamente ciertas cosas nuestras con las que todos nos hemos familiarizado desde niños, ahondaría nuestra nostalgia. El paisaje de nuestra meseta dentro del que se destaca la silueta inconfundible del Irazú con el disco del sol que se asoma todos los días sobre aquella ascendente línea azul, las carretas pintadas avanzando lentamente por los polvorientos o enlodados caminos, los cafetales florecidos de blanco en abril, perfumando el aire con ese aroma que todos conocemos y los granos maduros de rojo en noviembre, las iglesias de los pueblos siempre frente a una plaza verde a las que concurren los fieles mudados y almidonados los domingos, las tapias de las casas coloniales adornadas de guarias por los días de la Semana Santa, son cosas que dentro de lo emotivo nos han formado un hondo y singular sentido de la patria.

Pero al menos en mi caso yo sé que, si en cuanto a lo objetivo existen todas esas cosas con que nos hemos familiarizado tanto y cuya particularidad a todos nos une, ya porque en cuanto a unas la naturaleza fué exclusiva en sus subjetividad, también el cielo, al hacernos un gran regalo en la persona de don Ricardo Jiménez, grabó en nuestras conciencias un particular sentido de la patria y estableció quizás uno de los más fuertes vínculos que nos une a ella.

Con "El Brujo del Irazú", motejó alguna vez a don Ricardo la admiración, el cariño, quizá el ingenuo desconcierto que nuestro pueblo sintió ante su talento. Y es que la personalidad es en el hombre un fenómeno psicológico tan interesante que tal vez, por la relación que guarda con lo que venimos tratando, merezca considerarse y analizarse. Si nos concretamos al tema, éste nos la sugiere como un proceso de sublimación de las virtudes y nobles cualidades de un pueblo que se cristalizan con fulgor diamantino en un grande hombre, convirtiéndolo en espíritu tutelar y representativo.

Tan costarricense como el Irazú, como el aroma de los azahares del café, como la tonalidad cromática de la flor nacional es don Ricardo, y tan costarricense como el conglomerado humano que, con sus particularidades étnicas, sociales y espirituales, habita en este pequeño rincón de nuestra América.

Un pueblo pacífico, se dice, poco fanático, me parece a mi si se compara con otros del Continente y con otras virtudes de las cuales la del humorismo, la del chiste, la de cierta jovial resignación con que acepta y recibe las vicisitudes y los acontecimientos es probablemente la más interesante. En parangón con nuestras hermanas de Centro América, por ejemplo, ya sería casi un lugar común ponerse a establecer diferencias sobre todo en el aspecto político.

En esos otros países hay hondas disenciones, rencores, odios profundos y se escuchan con frecuencia esas románticas y necias interjecciones a lo Echeagaray: ¡Me la pagarás! ¡Nos vengaremos! ¡Con esa no te quedas! Pero aquí, más discretos, tomamos las cosas como aconseja el filósofo chino, con realismo y con humor. Y sonreímos, olvidamos, confiamos en el tiempo que al transcurrir comienza a empequeñecer hasta la justa y corriente dimensión o hasta el infimo tamaño de lo ridículo, lo que en otro momento creían los exaltados que era de proporciones catastróficas y descomunales.

Don Ricardo, al asumir la presidencia dejaba en sus puestos a los llamados "enemigos políticos". Para su juicio, es probable, esas dos largas palabras resultaban, dada nuestra realidad social, algo aparatoso y sin sentido que sin jactancias y a más no haber sustituía por esta otra de "perdón" y la cual, quitándole trascendencias teológicas, no viene a ser más que la imposibilidad de un alto espíritu a descender hasta el nivel de los reparos y las mezquindades y las me-

nudencias efímeras, mientras haya principios nobles en cuya realización está empeñado y a cuya causa se consagra íntegramente. Cuando, según cuentan, uno de sus servidores de la casa presidencial alarmado ante un tumulto dirigido por algún jefe exaltado que pedía la cabeza de don Ricardo, llegó donde éste a comunicarle la siniestra consigna, el Presidente contestó en actitud flemática y festiva: —“Bueno, pues si pide mi cabeza es porque él no tiene cabeza.”

Ejemplo trascendental y vivo es el suyo. Asumiendo ante la vida una posición progresiva, se acoge a las doctrinas del liberalismo y conforta su espíritu con los mejores libros, entre ellos la Biblia, que leída con inteligencia, es inspiración magotable de progreso, de sabiduría y de justicia. Y así, con la agilidad que da a la mente una amplia y profunda cultura, supo comprender también los signos de los nuevos tiempos. Tener la humildad y al mismo tiempo la flexibilidad de reconocer que las teorías hoy predominantes se hacen en determinado momento insuficientes o caducas, y en ese crucial momento no comenzar a volver hacia atrás la cabeza para quedarse mirándolas estérilmente hasta convertirse en estatua de sal, sino acoger lo que surge de más hondas especulaciones y de nuevas verdades, es una de las más féculdas enseñanzas que nos da la vida de esta figura prócer. Hoy, que un mundo en convulsiones busca incesantemente nuevos y más seguros derroteros para orientarse, deben las juventudes meditar en esto y extraer de la fuerza de una sinceridad bien cultivada, ese ánimo audaz y certero que los proteja contra fatales posturas anacrónicas.

Avidos lectores de sus reportajes, buscábamos en ellos la esencia exquisita de su ironía que saboreábamos con delite y luego, bajo la gracia de la dicción y del ingenio surgía el argumento, la tesis firmemente planteada desde el punto de vista de la filosofía, de la justicia o el derecho.

Y así, su amplitud de visión, su gran talento y su gran cultura, el respeto que inspiraba su autoridad moral y que le permitía ser auténticamente enérgico en las debidas oportunidades, fueron cincelandos en él la clásica elegancia del patricio que hoy todos veneramos. Por eso, en la medida en que sigamos el luminoso y providencial ejemplo de este grande hombre, que como un roble enhiesto hundió las raíces en la realidad histórica y social de su pueblo, para elaborar con sustancias féculdas el fruto de su sabiduría, en esa medida se salvará la nación y habrá para nosotros cultura y prosperidad. Pero lo otro, que el don Ricardo maestro de maestros, nos acostumbró a entender como cosa de mal tono y pésimo gusto, o sea, subirse atolondradamente al trampolín de lo empírico para lanzarse en pirueta trágica y suicida hacia el abismo, sin ahondar antes los hechos, animados por un prudente espíritu de análisis que nos dé una más sabia y menos romántica o descabellada solución; o eso de imitar el lamentable equivoco en que tan a menudo caen pueblos militarizados que creen resolver sus problemas mostrándole al adversario en ademán rugiente e irredimible los ancestrales colmillos de las fieras, no es civilización ni es cultura ni puede conducir a nada efectivo y edificante que no sea desconcierto, barbarie y caos.

---

Por eso insisto en que para los costarricenses la figura de don Ricardo Jiménez será como aquella gigantesca imagen de facciones maravillosas esculpida por la naturaleza sobre el corte vertical de una roca que describe Nathaniel Hawthorne en su famoso cuento: “La gran Faz de Piedra.”

Los habitantes del valle dominado por la montaña contemplaban la majestuosa efigie sobrecogidos y admirados, porque la expresión era al mismo tiempo grandiosa y dulce, como iluminada por el destello de un vasto y cálido corazón que todo lo cubría con sus afectos.

Ajustarse a aquel divino arquetipo del Bien tallado en piedra por la naturaleza constituía una mística, era el ideal de los habitantes del valle, hasta cumplirse la realización de una antigua leyenda por la que, alguien de entre ellos, el más humilde y sabio, habría de ser la idéntica expresión humana del grandioso modelo.

## Colabora en el homenaje póstumo que se le rindió a Don Ricardo Jiménez, el Lic. Rubén Miranda

Distinguidos radioyentes:

Tócame en suerte que mucho me honra, representar a la Escuela de Farmacia, para colaborar en el homenaje póstumo de admiración, que se tributa con justicia, al gran mentor de juventudes, príncipe del periodismo y eximio hombre público, Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno.

Al representar inmerecidamente a esa Escuela, digna institución que ha producido tantos profesionales eminentes, que la honran con sus labores e investigaciones científicas, dentro y fuera del país; y cuya esencia didáctica proviene de profesores, ciudadanos esforzados, estudiosos y verdaderos apóstoles de la ciencia, no puedo menos que sentirme orgulloso, para el desempeño de un acto tan justo como el presente. Yo lamento profundamente la pérdida de este gran prócer, que la popularidad llamó Brujo del Irazú, a la par que venero y respeto su memoria, como uno de los hijos más preclaros de Costa Rica.

Breves serán las frases que diré acerca de la vida del gran patricio costarricense; otros, con más autoridad y capacidad ya lo han hecho, con clara exposición de hechos brillantes del gran tribuno, en todos sus aspectos: aspecto político, jurídico, económico, diplomático, educativo y de simple ciudadano. Fué en la primera administración de don Ricardo, en que se donó al Colegio de Farmacéuticos el lote de terreno donde fué construido el edificio de la Escuela de Farmacia, que hoy forma parte integrante de la Universidad de Costa Rica.

Bajo sus auspicios, la educación en general recibió grandes estímulos, que se convirtieron más tarde en cimientos de grandes instituciones educativas. Buena parte de la verdadera senda universitaria que constatamos en la actualidad, es como una consecuencia del impulso suministrado por ese gran oráculo de la educación y de la instrucción cívica. La ciencia brilló siempre intensa bajo su administración; pero también protegió tanto al investigador científico como al más sencillo labrador; desde el libro, hasta la sencilla tranquera campesina, ocuparon siempre un lugar predilecto en su mente: El diáfano y hermoso cielo de Cartago cobijó la cuna de este Benemérito de la Patria, que siempre albergó alma grande y enérgica, inquebrantable fuerza de voluntad, vislumbrada al través de sus escritos y de sus administraciones presidenciales. Su vasta inteligencia e ilustración, su amor al trabajo y la austeridad que demostró siempre en el cumplimiento de sus deberes, le conquistaron popularidad y una reputación enorme entre la gente de todas las capas sociales.

En el desempeño de sus funciones como Presidente de las Municipalidades de San José y Cartago; en diversas Secretarías de Estado; en las Presi-

dencias de la Corte Suprema de Justicia, del Congreso Constitucional y de la República fué un fanal luminoso, cuyas ondas de luz bañaron provechosamente los campos del derecho, de la educación, del periodismo, de la agricultura y de todo aquello que representara un bienestar colectivo y salud para la patria.

Entre sus grandes obras que absorbieron toda su atención y propulsión inicial, descuella indudablemente, la electrificación del Ferrocarril al Pacífico; cabe aquí reproducir sus palabras lapidarias, que son parte de su mensaje del 1º de mayo de 1927 y que por tal motivo deben permanecer indelebles en todas las mentes patrióticas; dice así don Ricardo: "El empeño del Gobierno en mejorar la vía y en completar el equipo de todo género de la Empresa, desde el lugar de atraque de las naves hasta la estación terminal de San José, tiene una explicación: la de que el Ferrocarril minore sus gastos de explotación y preste el mejor, servicio posible. Hay, empero, una segunda explicación, menos aparente, pero a mis ojos igual o mayormente satisfactoria. Sería para mí como Presidente de la República, y creo que lo mismo será para todos vosotros, un sonrojo, oír decir que en Costa Rica haya un Ferrocarril bueno, el del Atlántico, y otro malo, el del Pacífico; y que la diferencia está en que son extranjeros los que manejan el primero, y costarricenses los que administran el segundo. Nosotros debemos ser capaces de hacer en pequeño, lo mismo que otros pueblos y otras razas hacen en grande; y que no se diga que somos un pueblo libre e independiente por obra de la casualidad, o por un dón del destino, sino porque tenemos cualidades que nos dan derecho a ser libres e independientes, a tomar en mano nuestros propios problemas y a resolverlos. El manejo del Ferrocarril al Pacífico ha de ser—y lo es—una buena prueba de nuestra eficiencia administrativa. Tenemos que demostrar que hay funcionarios costarricenses que emulan la energía, la constancia y la eficiencia de los que en otras partes rigen las grandes empresas o coadyuvan en su ordenado funcionamiento. Que los extranjeros, al contemplar los paisajes que se descubren desde las ventanillas de los carros que viajan, subiendo hasta la capital, tengan palabras de admiración por la belleza de nuestra tierra, y que al ver la firmeza de la línea y sentir el parejo correr de los carros y notar la decencia de las estaciones y la puntualidad del servicio, y al formar, en fin, juicio favorable de la línea, también lo formen del carácter de los costarricenses, esforzado, organizado y ávido de progreso, del cual es un reflejo el Ferrocarril al Pacífico". Hasta aquí esos conceptos históricos del ilustre ex-Presidente.

Antes de la electrificación, dicho Ferrocarril era llamado el elefante blanco de la República: el costo de su mantenimiento era fantástico, para dar un fruto sumamente exiguo. De suerte que, don Ricardo, transformó la empresa que constituía una carga pesada para el Estado, en una mina exuberante en entradas efectivas y constantes, y en un dispositivo que suministra servicio amplio, confortable y eficiente.

Don Ricardo fué un científico en el manejo del gobierno; un crisol de honradez en la administración de la hacienda pública; un gran director en las relaciones de nuestros pueblos y un firme fiel, que mantuvo la balanza de la nación en un equilibrio admirable de paz, trabajo, armonía ciudadana, tranquilidad y seguridad pública.

Fué también el símbolo de la ciencia política y el príncipe de la polémica; un caballero franco que rectificó la mayoría de lo que podríamos llamar sus errores. Y al decir errores, no hay que computarlos como faltas que manchan, ya que es de humanos el errar; y don Ricardo, aunque hombre superior en todas las actividades vitales de la existencia, era también humano y no una entidad del cielo de los dioses infalibles. Sus errores se desvanecen ante las excelsas cualidades del ciudadano probo y abnegado.

Y a propósito de política, en ninguna ciencia la práctica da un mentís tan álgido como en la ciencia política: conste que no soy político, ni dependo de la economía gubernamental. Me dedico especialmente a la evolución y cultivo de las ciencias racionales de la química, de la farmacia, de la didáctica y de la realidad constructiva del laboratorio químico-industrial. Pero admiro la política como ciencia y como arte; si como ciencia convergiera en el ideal, como arte enfoca a la realidad y a la práctica. Y aún admitiendo que sea ciencia, no tiene la eficacia lógica de las matemáticas, ni de la clasificación y de la serie que las ciencias naturales, ni de la exuberancia de investigaciones y experiencias que involucran las ciencias físicas y cosmográficas. La libertad humana realmente no tiene leyes tan seguras ni de tan fácil cumplimiento como las del engranaje mecánico u orgánico. En consecuencia, la ciencia política, que al fin y al cabo es la ciencia de la libertad humana, no puede tener ni axiomas tan claros, ni teoremas tan perfectamente enlazados como las ciencias físico-matemáticas. Hay que contar, como en las ciencias metafísicas, con el ideal y el emblema; como en las ciencias físicas, con la observación y la experiencia; como en las ciencias exactas, con el cálculo y el guarismo; como en la resolución de todos los problemas teóricos aplicados a la práctica, con lo factible y con lo oportuno; como en la síntesis cosmológica, con lo más culminante y significativo, cual es la religión, y con lo más tangible, cual es el campo terráqueo y el clima.

Considerando estos aspectos de la ciencia o del arte político, don Ricardo fué el gran tribuno de la política. Dice el autor Dacier, que la sana política enseña, que vale más ganar a los hombres con la buena fe, que dominarlos con las armas, y que la política sólo es digna de alabanza cuando es empleada por la justicia para obtener una finalidad honesta y laudable.

En todos estos aspectos y divagaciones, así como en la majestuosa basilica de la historia, tienen que resaltar nombres resplandecientes, como el del gran político don Ricardo Jiménez Oreamuno. Un nombre como éste, constituye siempre la esencia antidota de la tiranía, así llamada esa ponzoña que consume lentamente a ciertos países y que como lava abrasadora, esteriliza y seca para mucho tiempo, el manantial de la riqueza y de la prosperidad.

Con estas frases sencillas pero cordiales, completo el bosquejo de lo que fué el gran jurisconsulto y el gran ciudadano. Su gloria, que considero sin mácula, sin nubes y sin ocaso, brillará más pura, más refulgente y más radiante en las edades venideras. La historia, justa e imparcial, lo colocará en el santuario de sus predilectos, y con caracteres indelebles transmitirá a los pueblos como noble ejemplo, su virtudes cívicas, sus escritos, sus jugosos reportajes, su nombre y su abnegado patriotismo.

Distinguido auditorio: tenemos que convenir en que la personalidad simbólica del eximio hombre público don Ricardo Jiménez Oreamuno, no ha muerto, ya que vive en el templo de la inmortalidad y en el corazón de todos los que aman la libertad, la paz, la justicia, el trabajo y la honradez, que son al fin y al cabo, los cimientos de la verdadera República.

He dicho.

*Rubén Miranda H.*

## Colaboración de Juventud Unida

En nombre del Club "Juventud Unida", voy a referirme a algunos datos que, aunque todos conocen, no por eso deben dejar de decirse, en relación con la vida de don Ricardo Jiménez Oreamuno. La característica principal de la juventud de don Ricardo es un afán muy marcado de ilustración. Prefería la lectura de los clásicos a cualquier otra; asiduo lector de Calderón, de Quevedo, de Cervantes, no despreciaba oportunidad para ilustrarse en pintura, y después de conocer a los grandes pintores del Renacimiento, se solazaba escuchando la buena música. (Decía don Ricardo que la juventud de hoy se caracteriza por su gusto por la conga y el guaro, y su olvido de la leche). Estudiante del Colegio de San Luis Gonzaga primero y de la antigua Universidad de Santo Tomás después, obtuvo su título de abogado descollando entre un grupo de jóvenes que se caracterizan en nuestra historia, como los fundadores de la cultura y la democracia costarricenses: don Mauro Fernández, don Cleto González Víquez, entre otros. Este grupo, recogedor de las enseñanzas liberales del doctor José María Castro y de don Julián Volio, tuvo como figura principal a don Ricardo. Y a partir de la administración de don Próspero Fernández, debido a la actitud progresista de éste, a la composición especial del Congreso de aquel entonces y a la influencia decisiva del periodismo de la época, que dió a conocer las batallas libradas por los liberales Disraeli y Gladston en el Parlamento Inglés, las ideas liberales comienzan a encontrar condiciones favorables en Costa Rica. A la muchachada que entró en la mayoría de edad en esa época, a esos jóvenes, fué a quienes tocó escribir en la historia de Costa Rica la página de la entrada del liberalismo democrático como forma de gobierno: es la página que nosotros conocemos con el nombre de "Campana del Ochenta y Nueve". En ella, don Ricardo es el representativo sobresaliente, el más talentoso y hábil. Esta campana, decisiva en la historia de nuestro país, puesto que definió por imperativo a la juventud, tuvo la virtud de poner como base de nuestro sistema gubernativo la libertad, y a pesar del retraso que sufrió con la llegada de Rafael Iglesias al Poder, el liberalismo se inicia como superior fuerza política.

Don Ricardo, joven en todos los momentos de su vida, tocaba siempre el punto alegre y festivo de todo tema. Conocedor del carácter del costarricense, se solazaba criticando siempre, construyendo con esa crítica, "desfaciendo los entuertos" de los políticos que en alguna forma, en su criterio, atentaban contra las libertades propias del régimen por él y otros instaurado.

Leal siempre a sus principios, imprimió a la democracia un sentido que todavía mantiene. Caudillo desde su primera campana, despertó en los costarricenses un puro espíritu cívico hasta el punto de que lo seguían las multitudes.

Inútil sería pretender abarcar la vida de don Ricardo en todos sus aspectos. En una frase corrientemente usada he tratado de ver su robusta personalidad. Es: don Ricardo encarna toda una época de la historia de Costa Rica.

Idea muy común es la de que don Ricardo no creía en la juventud. En efecto, se dolía de la desidia de los jóvenes de hoy. Pero un optimista de su vida, como lo era él, no podía dejar de creer en un factor tan decisivo en la historia de todos los pueblos. Recuerdo ahora que, con motivo de una campana iniciada por el Club "Juventud Unida" para recoger dinero, con el objeto de anueblar nuestro local, no sólo contó con su ayuda económica sino también con importantes críticas, consejos y aliento en nuestras tareas, y su promesa de ayudarnos en las labores que nos hemos propuesto en cuanto al mejoramiento cultural, social y político de la juventud.

Valgan estas palabras como el respetuoso homenaje del Club "Juventud Unida", a la memoria del siempre Benemérito de la Patria don Ricardo Jiménez Oreamuno, y vayan acompañadas de la promesa de seguir luchando, como él luchó, por el mejoramiento de Costa Rica.

*Juan Luis Camacho*

## Participación de la Asociación Nacional de Educadores en el homenaje al ex-Presidente Jiménez

La Asociación Nacional de Educadores, A.N.D.E., acepta la participación asignada y agradece a las personas que organizaron esta semana cívica destinada a exaltar la memoria del ex-Presidente y Benemérito de la Patria, Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno.

Nuestro aporte es modesto, sincero y sentido. Lo consideramos un grato deber que cumplimos por delegación de las 57 filiales de la A.N.D.E., y de sus 3.700 miembros, esparcidos en todo el territorio de la Nación.

Se nos encargó poner de relieve—hasta donde alcancen nuestras fuerzas—aspectos de la vida de don Ricardo Jiménez, relativos a su modalidad, bien definida, de educador. No puede pretenderse encerrar en el estrecho tiempo de esta transmisión, el cuadro que resume la variedad de hechos, de líneas y matices y de formas, en los que hay atisbos docentes de la vida del primer costarricense de los últimos sesenta años. Si toda obra de educación trascendente, es obra de amor, la de don Ricardo se traduce en primer término por su acendrado amor a Costa Rica, por la cual hizo cuanto estuvo a su alcance, desde el Poder y fuera de él. Gran servidor de la Nación. ¿Y no es éste atributo de los Grandes Maestros? Fué sencillo, casi simple en su vivir. Por eso no quiso pompas en la conducción de sus restos mortales a su última morada. Pidió sencillez, austeridad, ningún sacrificio económico a la nación, y, si a sus amigos que lo llevasen con sinceridad, a su fosa. Una lección última, antes de traspasar a las moradas de lo Eterno; la de apreciar y querer las cosas y los actos humildes. El, a quien tantas veces se tachó de Olímpico desdeñoso, porque supo poner la verdad en su lugar sin miramientos a quien esa verdad perjudicara.

A veces parecía criticar con dureza al costarricense, mas en el fondo todo tendía a provocar reacciones positivas de mejoramiento en sus alumnos, todos, los que por varias generaciones hemos estado pendientes de sus discursos, de sus escritos, en la amplia aula del territorio nacional; los que hemos admirado su inteligencia, observado su gesto de hombre recto, firme en sus convicciones y principios, ya filosóficos, ya económicos, ya jurídicos, ya educacionales.

Cuando un hombre de Estado, como don Ricardo, mantiene la trayectoria de sus actos y de sus luchas, sujeta a doctrinas definidas y substanciales, tiene que tropezar, muy a menudo, con las que, cabeceando en la inseguridad de sus convicciones, se atraviesan en su camino, juzgándolo con dureza por los golpes que ellos mismos se procuran.

Don Ricardo fué educador, no sólo en su cátedra de la Escuela de Derecho; en el alto puesto de Secretario de Educación Pública; como miembro de la Junta de Gobierno de la Universidad de Santo Tomás en 1888 o Miembro de la Junta de Educación de San José; o como Muncipe; diputado o Presidente de la República, sino en su bufete de abogado, o escribiendo la monografía del Colegio San Luis de Cartago, o dictando sentencias, resolviendo problemas internacionales; defendiendo la libertad de conciencia; lo mismo que en las praderas de sus fincas y en los establos de sus lecherías; porque realizó obra de amor y de servicio dondequiera; porque fué justo, inteligente y ponderado; porque respetó las leyes y los derechos de sus conciudadanos; porque se esforzó por librar de la miseria al costarricense, forjando—en su criterio—una economía próspera para el país, extendiendo los beneficios de una educación agrícola tan experimental y activa, como lo permitieron los tiempos de su gobierno.

Don Ricardo es el educador máximo en su carácter, muy propio, de Primer Periodista de la Nación; magisterio que ejerció con el reconocimiento de los costarricenses y de muchos otros pueblos de Centroamérica y Sur América, también. Sus propios colegas lo ensalzan con orgullo, porque campeó en sus escritos la propiedad del lenguaje, el colorido de su pensamiento, la energía de sus sentencias y afirmaciones, la flexibilidad de sus ideas y la claridad de su frase, el razonamiento preciso.

Supo hacer uso, extrayéndolas del alma popular, de las gemas folklóricas con que adornó y dió atracción a sus escritos, así como las citas de autores celebrados en la ciencia, la filosofía, el arte, la literatura, universalmente famosos. Manejó la ironía con mano maestra y el buen humor que, sin duda, fueron recursos para centrar su pensamiento y encauzar sus actitudes emotivas, al comentar los más variados e importantes asuntos de interés nacional que trató con propiedad y en amplia gama.

En sus polémicas fué preciso, ligero en la réplica y oportuno, mas siempre caballeroso y con altura.

Sus reportajes, sus estudios jurídicos, sus piezas literarias, sus comentarios sobre hacienda pública, sus salidas por los campos de la agricultura y la ganadería, son escritos de legítimo valor docente, por su forma, por su fondo.

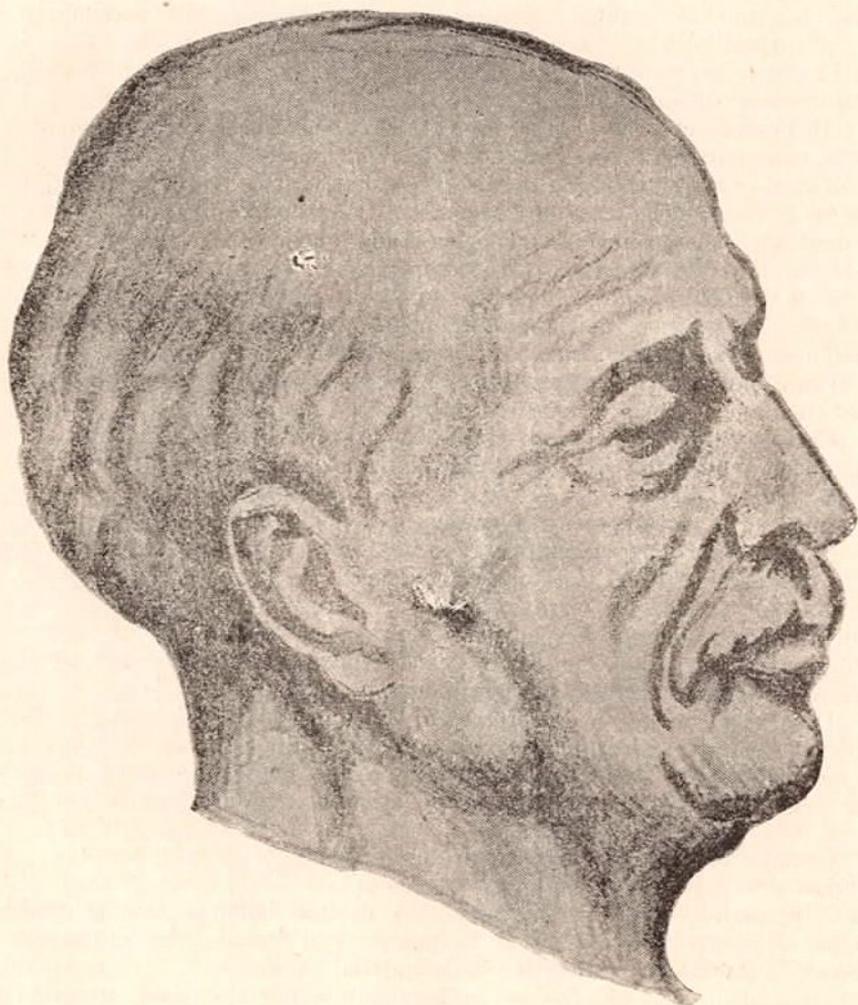
La Cartilla Cívica que don Ricardo escribió para las Escuelas Primarias de Costa Rica, la superó con todo lo que a la prensa nacional llevó, con motivo de su tres Presidencias de la República y con motivo de haber mantenido fuera de ellas un vivo interés vigilante, podía decir, sin temor a equivocarme, por la defensa de nuestro medio, de las cuatro libertades proclamadas por la Carta del Atlántico en el actual conflicto mundial.

A quien tales preocupaciones mantuvo, voluntad puso en defenderlas, inteligencia y amor en pregonarlas y sentido superior y valentía para vivirlas, no le cabe otro nombre, que lo englobe, que el de eximio educador y líder de las generaciones de los últimos sesenta años.

¡Mantengamos su memoria viva, sus pensamientos en acción y, su amor a Costa Rica, presente, en las horas que angustian a la Nación!

*José Guerrero*

## Inmortalidad de Don Ricardo



Dos veces, en los últimos años, ha sido Costa Rica sacudida por un temblor que ha puesto espanto en los ojos de la ciudadanía costarricense y angustia en el alma de los liberales de la vieja escuela de don Justo A. Facio, don Elías Salazar, don Luis Castro Ureña y don Elías Jiménez Rojas.

Dos noches han sido para el país, terriblemente desconcertantes. La del 23 de agosto de 1938, en que fué vilmente asesinado Ricardo Moreno Cañas y la del 4 de enero de 1945, al hacer su retirada del escenario de la vida, el ilustre ex-Presidente don Ricardo Jiménez Oreamuno.

Estos dos valores de nuestra patria tenían una gran afinidad y ambos se fueron, en momentos difíciles para la República.

Llevaban el mismo nombre; eran de noble estirpe y ambos enemigos irreconciliables de la opresión. Valientes como pocos. Enérgicos en los casos en que era necesario serlo y defensores invencibles de los derechos del pueblo.

Ricardo Moreno Cañas, como cirujano eminente, extirpaba del mecanismo humano lo maligno, y don Ricardo Jiménez, del mecanismo político, lo inepto.

Los dos se mantuvieron limpios en la brava lucha y con patricio decoro ejercieron su profesión.

Al desaparecer, han dejado un núcleo vigilante, que en honor a su memoria, salvaguardará los intereses de los humildes.

Ricardo Moreno odiaba tanto la lisonja, como don Ricardo Jiménez. Creían que fomentarla era envilecer a la ciudadanía, destruir la iniciativa y el deso de superación que anida en cada alma.

Los dos fueron en el Congreso, cuando se presentaron los contratos con la United Fruit Company, antorchas encendidas en las encrucijadas, donde el egoísmo de los politiquillos, descuidaba los derechos de los trabajadores para quedar bien con una compañía extranjera.

Eran hombres incorruptibles, por cuyas manos pasaron miles de miles de colonos y jamás usufructuaron en lo más mínimo.

Cuando Ricardo Moreno murió, a la viuda no le quedaba ni casa, y cuando don Ricardo Jiménez salió de la presidencia la segunda vez, no tenía la finca libre.

Lucharon por las mismas causas y el país entero sabe que don Ricardo Jiménez Oreamuno y Ricardo Moreno Cañas, tuvieron una conversación la víspera del asesinato del Doctor, con respecto a la proposición hecha, por un grupo de ciudadanos, para preparar el terreno y lanzar la candidatura del ilustre ex-Presidente. En el plan figuraba el Doctor Moreno como primer designado, para que en caso de enfermedad o muerte del presidente, quedaran en buenas manos los destinos del país.

Desgraciadamente la muerte del Doctor y más adelante las fuerzas perversas, pusieron obstáculos en la candidatura de don Ricardo, y después de haber sido flagelados cuarenta y ocho jóvenes, nuestro gran hombre se retiró de la arena política y fué así como se malogró la cuarta presidencia.

Grande era el parecido entre los dos hombres más amados y más discutidos del país.

Ninguno de los dos se vanaglorió de los honores que el pueblo le tributaba. Ninguno fué apegado a la pompa y a los dos les gustaba sentirse cerca de la tierra, cultivarla y defenderla.

Detestaban las pillerías y solían cortar por lo sano tomando medidas drásticas cuando había que hacerlo. Y para reconciliarse con la vida, los dos buscaban el campo, llenaban de serenidad el alma y volvían a la lucha con mayor fe.

Para ellos la vida tuvo un sentido profundo. No fueron ajenos al dolor de nadie y por eso se empeñaron en el bienestar común.

A ninguno de los dos ha honrado la República en la proporción en que debía haberlo hecho.

Aún no se le ha levantado un monumento al Doctor Moreno y todavía no ha dado Costa Rica muestras de haber comprendido lo que valía don Ricardo Jiménez, más apreciado en el exterior que en su propia tierra. Los periódicos extranjeros han publicado con lujo de detalles la vida del prócer y la casa real de Inglaterra, al día siguiente de muerto don Ricardo, expresó por cable su condolencia.

Podríamos decir que lo único pequeño en nuestro gran hombre, fué el escenario en que le tocó moverse.

Fué grande en el pensamiento y en la acción y cualquier país del mundo podría haberse disputado el privilegio de haber sido su cuna.

Nadie como él podía decir a 25 años vista lo que iba a suceder. Nadie tuvo más facilidad que él para concebir y expresar el pensamiento en la más bella y sencilla forma. Cuando escribía, lo mismo lo entendía el jurisperito que el hombre de pueblo. Era nuestro valor máximo en todos los terrenos y cuando entraba en el corazón de sus conciudadanos lo hacía para no salir de él jamás.

Hablaba con exquisita claridad y su espíritu irónico era como el de Voltaire, cuyo busto tenía siempre sobre su escritorio.

Por su ingenio sin rival se parecía a Anatole France.

Innumerables son los méritos de nuestro muerto inmortal y, en mi concepto, nada hubo en él tan grande y que tanto pudiera seducirme como su espíritu combativo.

Para mí, en ningún campo fue tan grande como en el de la dialéctica; pero según sus propias palabras, pronunciadas el 1º de julio de 1942, los dos postulados a que más se apegó, fueron la libertad de los hombres y la conservación de sus instituciones democráticas.

Cuando el Doctor Calderón Guardia fué hasta su cuarto de enfermo en los días en que estuvo en Alajuela y todos vivíamos pendientes del estado de su salud, le dijo don Ricardo al Doctor, que el único título que podía hacer a Ricardo Jiménez, acreedor a la consideración de sus ciudadanos, era su creencia en el gobierno republicano democrático.

En verdad creyó en la democracia y se mantuvo siempre al lado de los republicanos.

Por eso su voz se alzó contra la figura siniestra de Franco. Por eso estuvo en favor de los bravos milicianos y con mucha razón sus ojos se nublaron al saber la muerte de García Lorca, el poeta, no de España, sino de todos los pueblos libres.

Como buen republicano tenía entre sus libros el tan conocido "Doy fe", narración auténtica de los crímenes cometidos por los nazifacistas en la España de nuestros antepasados.

Don Ricardo miró con desdén y por encima del hombro a los reyezuelos de la América Latina. Se mantuvo a una distancia prudente de ellos y sólo llevó a cabo las relaciones protocolarias a que estaba obligado como Presidente. Jamás leímos un reportaje de don Ricardo elogiando a un déspota, pero sabemos que leyó con delite el "Romance de la sangre caída", escrito por Claudia Lars, cuando el suelo salvadoreño se tiñó de sangre en la lucha entre los hombres oprimidos contra los conculcadores de los derechos humanos.

Don Ricardo figura entre los presidentes de la América Hispana que con su dignidad han lavado las manchas de sangre que las botas de los pretorianos han dejado en este hemisferio.

El defendió a los hombres de todas las razas y de todos los pueblos. No se cruzó de brazos cuando los japoneses rompieron lanzas contra la pobre Kamchatka, ni miró de soslayo a los infedensos etíopes, cuando en nombre de una falsa civilización ametrallaron los ejércitos de Mussolini a los súbditos del Emperador de Abisinia, oído con tanta indiferencia en la Liga de las Naciones.

El sabía muy bien que en este mundo nuevo, donde ya no existen las distancias, la agresión totalitaria llegaría a nuestras playas cuando nos

tocara el turno, que no se hizo esperar mucho porque cuando menos lo esperábamos fué atacado el San Pablo.

Los tentáculos del pulpo nazi se extendieron por toda la América y no había ninguna razón para pensar que Costa Rica era el único país que podía salir ileso de esta contienda, donde todos los seres humanos han tenido que pagar su tributo. Los egoístas pueden contemplarlo todo con indiferencia mientras no llegue la sangre al río, pero como don Ricardo era una antena, capaz de captar todas las vibraciones del mundo sabía muy bien que los fenómenos sociales nos envuelven a todos. Esta fué la razón por la cual vivió y murió al día.

El estuvo siempre con los oprimidos y los indefensos. En sus manos fulguraba la espada de la justicia. Como don Quijote, salía siempre a deshacer entuertos.

Los poderosos no lograron captarse su simpatía sino en aquellos casos en que al poder iban unidas la aristocracia de talento y la excelcitud del corazón.

Los pillos nunca lograron dominarlo.

Le gustaba el contacto con la gente sencilla, con los labradores y los vaqueros. En su finca de Bonilla sostenía diálogos con los aldeanos, semejantes a los de Sócrates en el mercado de Grecia.

Yo pienso que cuando don Ricardo entraba a la casa de sus peones y se sentaba junto a la lumbre a departir con ellos, deben haber experimentado la misma sensación de los mujiks cuando el conde León Tolstoi, iluminaba, con su presencia, sus pobres cabañas.

Don Ricardo defendió a los trabajadores porque los amaba y de ello fué prueba evidente la moratoria a que ya en un discurso anterior se refirió el Licenciado don Asdrúbal Villalobos.

Fué su amor al pueblo lo que dió a su ideología flexibilidad y muchos hombres nacidos en el siglo pasado y educados en el liberalismo no pudieron comprender como él la hora en que vivimos, porque no amaban al pueblo sino que se sentían por encima de él.

Tenia como Pasteur el culto por la familia y veneró a sus padres, siguió sus huellas y honró su nombre.

Amaba al campesino y el escenario de su vida, por lo que gustaba otear el horizonte y pasar horas al aire libre.

Así como a su padre lo visitó una comisión en la finca del Peji-valle, en una casa rústica, para hacerle entrega del decreto que lo declaraba Benemérito, a él lo visitó el Doctor Calderón Guardia en una casa modesta de Alajuela, en donde le comunicó la decisión del Congreso de la República al declararlo Benemérito.

La humildad de don Ricardo era realmente sorprendente, aunque algunos lo creyeran olímpico.

Una vez don José Guerrero lo comparó con Lincoln y a fe mía que la semejanza es grande.

Se parecían en la estatura física y moral, en el descuido elegante, en el amor a la libertad y hasta en los zapatos grandes.

Dicen que el ilustre ex-Presidente cuando supo que don José Guerrero había establecido esta comparación, se la agradeció mucho, pero dijo que los zapatonos de Lincoln habían marcado una paralela en el cielo y los de él, apenas si dejaban una leve huella en la tierra.

Yo pienso que dejaron un camino a seguir en el campo de la democracia, otro en el del derecho y el más amplio y luminoso en el alma de todo costarricense agradecido.

Don Ricardo hablaba y sentía en términos universales y para él nunca existieron diferencias fundadas en la mayor o menor pigmentación de las razas.

Fué el único escritor que defendió a los negros, siendo mil veces más blanco de cuerpo y de alma, que quienes los atacaron.

Como él respetaba profundamente la inteligencia, nunca tomó en cuenta la nacionalidad de quienes llegaban a Costa Rica, sino su valor intelectual. Así se explica que aceptara sin vacilar la Presidencia Honoraria del Comité Pro-Palestina, que lucha en Costa Rica y en el mundo entero porque después de la guerra tengan los israelitas una patria, como la tenemos los demás seres humanos.

Habiendo sido liberal, en el vasto sentido de la palabra, mantuvo relaciones muy cordiales con los sacerdotes inteligentes; dió orden a la policía montada de proteger al señor Archilla, predicador protestante, cuando los fanáticos lo apedrearon y fué gentil y generoso siempre que las Hermanas de la Caridad y las Monjas necesitaron ayuda material y moral.

Sin ser religioso y sin quebrar su línea de conducta, ni en el mismo momento de morir, consideró muy honroso ser amigo de Monseñor Sanabria, el más avanzado y el más humano de los arzobispos de que podemos, con razón, enorgullecernos en este país.

Nunca fué comunista; pero respetó profundamente el criterio de los demás, la libre expresión del pensamiento y el derecho a desenvolver la personalidad y por eso nunca se opuso a las ideas, vinieran de donde vinieran, siempre que no fueran en menoscabo del Gobierno de la República. Así se explica que no ejerciera violentas represalias contra los comunistas. Cuando algunos insensatos le pidieron que usara la fuerza armada contra los trabajadores en la huelga del Atlántico en el año 1934, él pronunció aquella frase inolvidable: "De mi Gobierno no saldrá la primera bala."

Como hombre de una extraordinaria bondad y de una flexibilidad mental única, fué siempre consecuente, galante y bueno con las mujeres. Por eso lo quisimos como a ningún otro presidente. Decía que los griegos habían hecho bien en poner su suerte bajo la protección de Minerva, que el catolicismo si bien era cierto que le debía mucho a Cristo, no le debía menos a María y que las mujeres costarricenses al ocupar su puesto, en primera línea en los campos de la discusión cívica, honraban a su sexo. Que por lo tanto la ventana debía abrirse para que entrara la mujer a la vieja casucha de la política, para remozarla.

En su concepto la política saldría ganando porque estaba seguro de que la mujer ennoblecería esta actividad ciudadana.

Decía que si en la llanura la mujer había aportado su fe en la buena suerte del país, tendría que ser mayor cuando entrara a través de los ventanales del Estado, a intervenir, para que las cosas anduvieran mejor. Afirmaba que la mujer no desmayaría ante los quebrantos materiales e interpondría sus buenos oficios cuando sintiera que los cimientos de la nación estaban en peligro.

Cuando estuvo en discusión la reforma constitucional, según la cual no había necesidad de hacer el recuento de votos, sino que todo quedaba en manos del Poder Legislativo, puesto que a las Juntas Electorales se les daba únicamente la función de recibir la votación, las mujeres se opusieron abiertamente y después de hacer un desfile en señal de protesta y conseguir que la mayoría del Congreso acatara su voz en defensa de los derechos del pueblo, fué a don Ricardo Jiménez a quien ellas fueron a

colmar de flores por este triunfo de la democracia. Entonces el ilustre ex-Presidente dijo: "Lo más significativo de esta jornada es que pudo haber terminado a tiros y sin embargo, terminó con flores. En este día se han dado cita Uds. y las flores, y como un milagro de la naturaleza, no siendo tiempo de guarías, han florecido para coronar simbólicamente la fiesta cívica de hoy. Entre las gracias que el destino me ha reservado, está el homenaje que me ofrecen las mujeres. ¿Qué puedo pedirle más al destino?"

Sobre mi espíritu han caído los aromas de las flores obsequiadas y con ellas me emociona otro consuelo: que la República vive..."

Le dimos las flores en vida porque sabíamos que él no las quería sobre su tumba y lo llevamos en hombros hasta la fosa que guarda sus restos amados porque él no quería que lo llevaran sino aquellos que lo hubieran estimado.

Dulce carga fué para nosotras su cuerpo venerable, y al sentir su peso, renovamos la promesa de defender las convicciones que él defendió y prometimos, una vez más, luchar por el mantenimiento de la fraternidad universal, y no permitir que se le usurpen los derechos a la clase humilde, para quien él consiguió mediante la moratoria, condiciones más humanas. Fueron dos mujeres las que lograron que emprendiera su última andanza política, cuando ya había prometido retirarse a la vida privada. Con ellas salió de su casa particular al potrero de los Valverde, único sitio en las márgenes del río Torres, donde pudo hacerse la primera reunión, porque todos los teatros de San José, para escarnio de quienes los poseen, se le cerraron al hombre más grande que han contemplado los últimos años de los ciento veinticuatro que llevamos de independencia.

Fuimos las mujeres las que en la última contienda política, en favor de su candidatura, cuando escasearon los recursos económicos, le ofrecimos, en bandeja de plata, esmeraldas, rubies, ópalos, zafiros, topacios, brillantes y joyas antiguas, para financiarla.

Más de una dama, con los ojos húmedos por la emoción, se despojó de su anillo de matrimonio, o de compromiso, para donarlo a cambio de que no faltara dinero con qué llevar a cabo la campaña iniciada.

Fuimos las mujeres las que acatando su última voluntad nos opusimos a la pompa, a la oficialidad y a los discursos, que de otro manera, se habrían llevado a cabo en sus funerales.

Y es una mujer, su hija, Esmeralda Jiménez Calvo, la que está más cerca de mi corazón en esta noche, y a quien le pido que ejecute lo que su padre soñó y dejó por hacer. Será ella, la que en la nueva Costa Rica, se convierta en faro y norte de la generación a quien el Comité de Liberación Social, que represento, encargue la misión que don Ricardo Jiménez Oreamuno puso en nuestras manos.

*Corina Rodríguez López.*

## Ricardo Jiménez

*Discurso radiodifundido por el Licenciado don Tobías Zúñiga Montújar, en representación del Colegio de Abogados de Costa Rica, la noche del 20 de enero de 1945, en acto de homenaje a la memoria de don Ricardo Jiménez Oreamuno.*

Señores:

Pocos días después del fallecimiento del egregio costarricense Licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, que conmovió de consternación el alma nacional, tuve la honra de recibir el siguiente mensaje telegráfico del señor Secretario de la Junta de Gobierno del Colegio de Abogados:

"La Junta de Gobierno del Colegio de Abogados, sabedora de la justa admiración que usted siempre profesó por la eminente figura del ilustre repúblico Licenciado don Ricardo Jiménez, acordó por unanimidad, en la sesión extraordinaria celebrada ayer tarde, comisionar a Ud. para que, en representación del Colegio de Abogados, se sirva llevar la palabra en el acto organizado por las damas doña Emilia Prieto y doña Corina Rodríguez de Odín, el cual tendrá verificativo dentro de pocos días en los estudios de la Voz de la Victor."

Ese mensaje explica claramente mi modesta participación, en nombre del Colegio de Abogados, en este acto de entristecidas y patrióticas remembranzas, no por capacidades, personales, que bien lejos estoy de merecer, sino por la benevolencia de la docta Corporación a que pertenezco, en reconocimiento de la devoción que, en el trajinar de mi vida, siempre tuve por la esclarecida personalidad del Licenciado don Ricardo Jiménez. Y el mensaje telegráfico constituyó para mí, más que una enaltecida comisión de voluntario cumplimiento, un mandato indeclinable que me puso, rendidamente, a la orden de las distinguidas damas que, inspiradas de los más nobles propósitos, se han hecho eco del justo duelo que embarga a la nación costarricense por el reciente deceso de don Ricardo Jiménez, haciéndolo repercutir en diversos actos de homenaje por las invisibles ondas hercianas.

Las obligadas limitaciones del micrófono, impuestas a este acto póstumo, han de reducir necesariamente a contados minutos el cumplimiento de mi particular cometido, para expresar como exponente del Colegio de Abogados, sus intensos sentimientos de duelo por la terminación de una vida que fulguró, por más de sesenta años, en el vasto panorama de nuestra historia con resplandores de astro de primera magnitud, en los más variados y múltiples aspectos de la actividad espiritual, identificados con la marcha de la República en el lento proceso de su conformación y de su armónico y pacífico desenvolvimiento, al punto de requerir para una exacta presentación de su compleja personalidad, volúmenes de exégesis de sabias enseñanzas.

Por la fecha de su incorporación, 8 de octubre de 1884, Ricardo Jiménez llegó a figurar como Sub-Decano del Colegio de Abogados, colmándolo de brillo y prestancia en el largo recorrido de su fecunda existencia, primero como estudiante en las aulas de la Universidad de Santo Tomás, donde tuvo destacadas actuaciones y excepcionales distinciones de autorizados tratadistas como don Salvador Jiménez; después en la cátedra,

desde la cual por muchos años sembró la simiente de las doctrinas y de los preceptos del Derecho Civil, en la mentalidad de varias generaciones de la juventud costarricense, que aún recuerdan con gratitud y reverencia las amables y prolíficas lecciones de su plática fraternal y sencilla; más tarde como Presidente de la Directiva del Colegio, para revestirla de respeto y de prestigio; y siempre como miembro activo del Foro y como sacerdote del Derecho, que llegó a presidir, en sus vigorosas mocedades, la Corte Suprema de Justicia, la cual dejó acéfala por acto de protesta de su dignidad cívica, al romperse la normalidad constitucional con la disolución del Poder Legislativo, por disposición arbitraria de un Gobierno de elección popular que pasó por el imperio de las armas a la dictadura; como orador forense de múltiples recursos dialécticos, de palabra saturada de ilustración y de elegancia y de dicción atildada y castiza; como jurisconsulto insigne, en cuyas exposiciones resplandecían tanto la ciencia como los recursos singulares de su técnica; en todas las facultades de su personalidad profesional, que al mismo tiempo revistieron su fisonomía de estadista, hubo de glorificar la institución universitaria que hoy reverente se inclina ante la tumba que recientemente cubrió su despojos mortales y se asocia al póstumo homenaje que de todas las esferas de la patria costarricense se rinde a su memoria.

Pero la pródiga vida de Ricardo Jiménez tuvo diversas trayectorias, poniendo al servicio de la Nación, por más de medio siglo, el concurso de su poderosa inteligencia para dilucidar con profético acierto los problemas de la República y el contingente de su acerada voluntad para orientar a la nación por los más seguros senderos, en la afirmación de sus instituciones democráticas, en el afianzamiento de su régimen republicano, en la perfección de sus corporaciones culturales y en el fomento de su propia cultura, en el desarrollo de sus fuerzas económicas y en el desenvolvimiento de sus complejos elementos vitales, para alcanzar los altos ideales de la civilización y del progreso, que van conduciendo a los pueblos a los dominios de su mayor prosperidad y de su mayor ventura.

Recapitulando ahora conceptos que en formas diversas hube de consignar durante su propia vida, digo, con palabras saturadas de melancólicos recuerdos, que Ricardo Jiménez puso a prueba ante la faz de la nación, durante la infatigable y continuada actividad de su existencia pública, hasta las vísperas de su muerte, la mentalidad más vigorosa entre todas las de nuestros hombres de Estado, la renovada frescura de un pensamiento siempre moderno, que investigaba las doctrinas que han agitado al mundo en los últimos tiempos y con profundo conocimiento de la Filosofía, de la Historia y del Derecho, las analizaba y acogía en lo que tuvieran de verdad y de positiva aplicación en la organización de las naciones y las repudiaba en cuanto fueran utopías de los pueblos alucinados, o falaces espejismos de interesados agitadores.

Ricardo Jiménez demostró constantemente el poder renovador de un cerebro privilegiado, que investigaba los más arduos problemas de cada momento histórico, penetrando sus causas y examinando sus efectos, para presentar a la consideración de sus conciudadanos las soluciones acertadas y oportunas, orientándolos en las horas de mayores perturbaciones y de anárquicas confusiones. Y lo mismo en los negocios personales, que en los negocios públicos cuando ocupó altos puestos representativos o cuando rigió los destinos de la nación, mostró una probidad diamantina, que resistía sin mancharse nunca las investigaciones más escrupulosas de la suspicacia y de

la maledicencia. Y fué por el conjunto excecional de sus excelsas cualidades y de sus austeras virtudes, que don Ricardo Jiménez influyera más y mejor, como ningún otro costarricense lo hiciera ni antes ni durante su existencia, en los destinos de la República, ni que descollara por tanto tiempo, ni con tanta intensidad, ni con un conocimiento más profundo de los negocios nacionales, ni con más penetración y dominio sobre la conciencia pública. Y fué por la multiplicidad de sus atributos personales y por la justa confianza que inspiraba, que después de ocupar altas posiciones oficiales en los municipios, en los Ministerios, en la Diplomacia, siempre con dignidad patricia y con magnífica eficiencia, llegó por imperio de la ciudadanía costarricense, a ocupar por tres períodos alternos la primera Magistratura de la República; que prestigiara también con su austeridad de estadista y con oraciones parlamentarias de recuerdo imperecedero, la Presidencia del Congreso Constitucional, después de haber ocupado la Presidencia de la Corte Suprema de Justicia, con capacidades de ciencia y equidad, que quedaron grabadas en sus sentencias, como las Tablas de la Ley, en los anales de la jurisprudencia costarricense.

Y desenvolviéndose como publicista, desde su brillante juventud hasta su edad propecta, escribió su Cartilla Cívica, que es sustancioso compendio de los principios fundamentales de nuestro régimen representativo democrático, y ocupó con infatigable perseverancia las columnas de la prensa, en reportajes y artículos de concepciones magistrales, sobre los asuntos más arduos de la vida nacional, que el público esperaba con ansias nunca satisfechas, produciendo revuelos en los criterios adversos, pero orientando a la mayoría ciudadana en las determinaciones de su siempre ponderado y bien documentado criterio. Y fueron seguramente sus excepcionales dotes literarias en conjunción con su vasta cultura, adaptadas genialmente al medio peculiar de Costa Rica, los atributos que constituyeron la fuerza central de su personalidad y le mantuvieron en la opinión pública la aureola resplandeciente de sus arraigados prestigios. Y así como los políticos, los estadistas, los jurisconsultos del extranjero que le juzgaban, consideraron a Ricardo Jiménez como el primer político, el primer repúblico, el primer abogado de Costa Rica; los escritores profesiones del Continente y hasta los grandes poetas como José Santos Chocano, le llegaron a considerar, en primer término, como el máximo escritor y literato de la República.

En el consenso espontáneo de la ciudadanía, identificada con su indeclinable espíritu democrático, con su fervor republicano, con su amor a la libertad y con su culto a la verdad y a la deidad de la Justicia, immanente y eterna, ya él estaba consagrado, por plebiscito universal del Agora costarricense, como varón dilecto y predilecto, auténtico Benemérito de la patria; y cuando los poderes del Estado, en *conjuntiones magnae* con el veredicto popular, decretaron oficialmente otorgarle el título de Benemérito que la patria reserva como galardón para sus grandes benefactores, como cauda para los cometas que en prolongados ciclos y en elípticas parabólicas discurren por el cielo de las naciones, Ricardo Jiménez, compulsado por la expresión unánime de su pueblo, lo acogió con emocionados testimonios de gratitud, pero con categóricas reservas para la soberanía irrenunciable de su voluntad y para la libertad irrestricta de su pensamiento. Y así tuvo altivos gestos de patria, en conservación intangible de los fueros de su personalidad, hasta para poner sobre su frente erguida los resplandores de su propia gloria.

En los momentos más trágicos de la historia universal y en los instantes consiguientes de mayores congojas y perturbaciones de la nación, se ha habierto la tumba del más egregio de sus hijos. Cuando más necesitábamos de las

luzes de su espíritu, la naturaleza inexorable nos arrebató al más grande de los costarricenses, dejándonos huérfanos de su amor patriótico en las horas de tribulación y desconcierto. Pero el pueblo de Costa Rica seguirá leyendo en las páginas ejemplares de su vida, las sabias enseñanzas de su espíritu, y ya en el fecundo seno de la tierra, su recuerdo perdurará en las nobles palpitaciones del corazón costarricense. Y como Mitre en la Argentina, según lo expresara al borde de su tumba el vigoroso verbo de Roldán, Ricardo Jiménez "vivirá en nuestras almas, agitándolas en supremos estremecimientos de justicia y de bondad; vagará su espíritu en esta tierra americana como el incienso en los templos de Cristo, y pues que acaba de trasfigurarse en astro destinado a iluminarnos por igual, su luz presidirá las altas palpitaciones del pensamiento nacional. Ahora le veremos más y mejor, porque así como para abarcar la montaña en toda la amplitud de sus líneas es menester alejarse de ella, así también para admirar en todo su esplendor estas vidas de culminación, es fuerza que la muerte realice la paradoja aparente de inprimirlas el sello de la vida, presentándolas altas y solas, intáctiles y transparentes, en el plano superior de la inmortalidad."

Fué por determinaciones de su última voluntad, inquebrantable como un rescripto imperial y contraria a las liturgias reglamentarias, que sus funerales no tuvieron las pompas oficiales de los poderes públicos, que las campanas de la Iglesia Metropolitana no hicieron resonar en sus lúgubres tañidos los latidos de pesar del corazón de sus conciudadanos; que las bandas marciales no proyectaron las notas tristes y solemnes del Duelo de la Patria, pero el pueblo costarricense, en movimiento espontáneo de dolor profundo y de piadoso reconocimiento, fué en procesión compacta y silenciosa, a acompañar su féretro hasta su última morada, mientras el alma de Ricardo Jiménez pasaba en ascensión gloriosa a las regiones de la inmortalidad.

Vida paralela a la suya, como entidad poderosa y representativa en la cultura y en el proceso democrático de Costa Rica, fué la de Mauro Fernández, glorificado a su muerte en oración que perdura como grabada en mármol pentélico, por el verbo sublimado por el dolor, de Ricardo Jiménez. Y al rendir hoy este postrer homenaje a su memoria, es precepto el instante para repetir, parodiándola en recuerdo de su propia vida, su invocación en los funerales de Mauro Fernández:

La muerte es una nueva fuente de vida. Las flores crecen sobre las tumbas, poniendo en ellas una melancólica alegría de renacimiento. Tomemos consejo de la naturaleza, sacudamos el abatimiento de nuestro pesar y cuando regresemos de visitar el sepulcro que guarda los restos de Ricardo Jiménez, volvamos con una nueva alegría para la vida. Que la de Ricardo poniente sigue conduciendo a la tierra a través del espacio, continúe ejerciendo su benéfica influencia sobre nuestros espíritus, sobre todo para perseverar en la realización de su sueño querido de entregar nuestro suelo, en el que duermen los mayores, y nuestra historia, que conserva sus penalidades, sus altos hechos, sus aspiraciones a una generación cada vez mejor por su cultura, cada vez mejor por una voluntad más derecha y más fuerte; a una generación que realice la Costa Rica ideal que vislumbró, amó y sirvió, con amor que los años no apagaron, el prócer a quien mis labios consagran, por mandato honroso del Colegio de Abogados, el piadoso homenaje de un adiós definitivo.

*Tobias Zúñiga Montúfar*

Palabras del distinguido periodista

y excelente amigo de Don Ricardo,

Joaquín Vargas Coto

Se dicen estas palabras en honra de la memoria imperecedera de don Ricardo Jiménez. Dénos el cielo cien varones como él, en cien generaciones sucesivas y nuestra patria será por siempre salva.

Brota este pensamiento frente a su desaparición. Pero si nos detenemos a mirar, con amplio entendimiento el hecho de su muerte, llegamos a la conclusión de que nada podrán hacer jamás las palabras de los hombres, ni para enaltecerlo ni para rebajarlo del lugar en que él mismo se colocó. Dijo que no deseaba escuchar sobre su tumba sino el ruido de la tierra cubriendo sus despojos mortales. Comprendía el vacío absoluto de las vanidades humanas. Sabía que las realidades, permanentes y fecundas, son la obra de bien y la idea indestructible. Por eso al apagarse el eco de mis palabras, de ellas no quedará recuerdo. Pero la memoria del Patricio a quien van consagradas, esa no se borrará nunca de su pueblo. No, mientras en Costa Rica viva la república; no, mientras aliente en el ánimo de los costarricenses la idea de que la libertad es un dón intocable que nace y debe morir con cada hombre; No, mientras en la conciencia anime el culto de la justicia; no, mientras anhelan los hombres una vida mejor; no, mientras el sol de la verdad resplandezca; no, mientras viva la idea de que el gobierno del pueblo es el mejor sistema de regir a las naciones. No, mientras la razón domine a las fuerzas artificiales y percederas que se le oponen. Sesenta años de su vida, con tenaz resolución y con fe extraordinaria, consagró don Ricardo al servicio y defensa de estos postulados. Batalló por ellos con valor hidalgo. Gobernó a su patria con brillo y sabiduría. Administró con honestidad. Impartió justicia con rectitud. Deja un ejemplo sin par. Fué hijo perfecto de su siglo, y su siglo ha sido el de más humana, más alta y más noble vida en la historia de nuestro linaje. Tuvo de Don Quijote; tuvo de Lincoln y tuvo de Jesús. En él se cumplió la máxima que un sabio árabe le enseñaba a su hijo: cuando naciste, todos reían y tú llorabas. Vive de modo que cuando mueras, tú sonrías y los demás lloren.

*Joaquín Vargas Coto*

## El Dr. Castro Cervantes, uno de los hombres más progresistas de Costa Rica rinde homenaje la memoria de Don Ricardo Jiménez

Vengo, señores, profundamente conmovido, a cumplir con el grato pero doloroso encargo de rendir desde esta tribuna de la cultura, el más sentido homenaje de admiración y a dejar constancia de la pena muy sincera que todos sentimos por la pérdida nunca comprendida lo bastante de nuestro ilustre y querido amigo y consejero don Ricardo Jiménez Oreamuno. No era solamente la amistad con que nos honrara el personaje esclarecido de la Costa Rica de todos los tiempos, ni tampoco la cabal comprensión de sus excelsas virtudes de los hombres públicos, o sus oportunas y atinadas intervenciones, ricas en resultados alagadores, en las horas álgidas que en más de medio siglo ha vivido nuestra república; era también, valga la excusa, un poco de ese egoísmo satisfecho, tan natural en el deseo de acertar; que al acercar nuestros corazones a su mente privilegiada, nos daba la sensación de estar en lo cierto cuando de la misma manera enfocábamos tantos de esos problemas febrilmente agitados allende los mares o fuera de nuestras fronteras en busca de las soluciones con que han de plasmarse en el mundo de mañana y que su liberalismo amplio, sin tibieza ni reticencias, comprendió admirablemente desde su iniciación concretada en la célebre encíclica de S.S. León XIII. Fué desde sus años mozos, a pesar de la piedad tradicional del hogar paterno y de las costumbres severamente religiosas de su época, un liberal genuino; probablemente le llamarían los beatos de entonces, de los que muchos había de ambos sexos, un rojo. Pero no era de ese tipo de liberales tan común en Latino América, para quienes la agresividad verbal, el denuedo a la mofa hacia las cosas de la Iglesia parecían necesarias para exteriorizar lo que han llamado un liberalismo rojo; pero que a la hora de rendir cuentas al Creador no se oponen a más y bien insinúan tímidamente a la familia el hacer llegar a su lecho de dolor todos los recursos espirituales estimados necesarios para emprender sin temores el largo viaje a la Eternidad. Y si no era don Ricardo como lo hemos sido y somos algunos miembros de este grupo, un practicante asiduo de la religión de sus padres, su liberalismo de la mejor ley lo llevaba a comprender para apreciarlas mejor, las inquietudes espirituales de quienes mirábamos en él al líder máximo del pensamiento de esta querida patria.

Nunca le preocuparon esas palabras en que tantas personas sencillas y aun cultivadas provocaron o provocan una repulsa franca o un movimiento de duda, o una señal de la Cruz; liberalismo, antisemitismo, nihilismo, comunismo, etc. Hubo un tiempo, olvidado ya, en que para un sector pensante el liberalismo significaba el ataque diario a las religiones cristianas: protestante, ortodoxa, rusa y griega, o católica. Sobre todo ésta última, la Católica, fué el blanco preferido de esos ataques; acaso por haber sido sus adeptos, ricos o simplemente reaccionarios, siempre aliados de la Fuerza, siempre partidarios del Poder, como ha podido observarse en los países víctimas de la fuerza bruta.

Su credo liberal lo llevó a ocuparse del antisemitismo, ese fenómeno social agudo para todo el que lo haya estudiado en Alemania, pero no conocido aquí por ser aún una planta exótica en Costa Rica. Cualesquiera que sean (O.D.R.) las antipatías que sus hábitos comerciales hayan podido despertar allí donde existan, debe reconocerse que para los judíos éstas han sido por los demás credos religiosos, han llegado a crearse una mentalidad sui géneris, que sumada a una laboriosidad incansable e inteligencia despierta y clara los han convertido en los dueños de las tres cuartas partes de casi todo el mundo. Su vida privada correcta; el culto acendrado de su religión y el del hogar; su sobriedad que los aleja de los excesos de Baco y de Venus, todo hace de los judíos una raza de extraordinaria eficiencia y de constancia en el trabajo. Sus éxitos no tienen otra explicación. Y por ellos o por solidaridad internacional han constituido una especie de masonería, sin agresividad religiosa, tan sólo para la defensa de sus intereses. Con este concepto fué pues don Ricardo su mejor defensor en Costa Rica. Puso el prestigio de su nombre y sus quitas profesionales al servicio de estos perseguidos que hoy lamentan, aunque por motivos bien distintos a los nuestros, la desaparición de quien fuera por tres veces Presidente de Costa Rica. Benemérito de la Patria, sin previo decreto legislativo; modelo de caballeros, más por su hombría que por su linaje; espejo del ciudadano para quien el servir es deleite antes que deber y que habrá de dar al futuro Plutarco de nuestra pujante América el más elocuente y bello tema para dejar a la Historia el monumento impercedero de una vida ejemplar.

Su liberalismo, sin percatarse de su poderosa influencia, que a raudales defendía la luz de su vigoroso intelecto, le llevó a analizar con certera visión del porvenir el gigantesco problema debatido en Rusia a la caída de los Zares, entre una sociedad en el ocaso de sus privilegios y un nuevo mundo en cuya aurora sólo unos pocos iluminados o intelectuales rebeldes a la injusticia creían. Sin embargo lo inverosímil de entonces vino a ser la realidad actual. Una Rusia salida de las tinieblas de la ignorancia, convertida en una de las primeras avanzadas del progreso científico. Un gran ejército al servicio de los pueblos engañados o débiles; que asegura con firmeza la victoria de los aliados. Un emporio del Arte y el Saber que con pujanza y caracteres inconfundiblemente suyos se coloca, como por arte de magia, entre los primeros que en el mundo lo han sido. Y todo eso en unos 25 años. Con cuánta razón decía don Ricardo, ¿dónde está el país que en tan corto lapso han podido realizar semejante salto en la vía del progreso?

Comunista le llamaron algunas veces en privado; acaso por aprecio de las cualidades y prendas personales de ciertos líderes que conoció de cerca y que vió actuar con honradez y valentía. Cosa curiosa, a nadie se le ocurrió tildarle de clerical cuando tanto se complacía con la amistad de clérigos de los más inteligentes que ha tenido el país. ¡Tal es la paradoja de nuestra Tiquicia!

Igual cosa le han dicho al Ilmo. señor Arzobispo Dr. Sanabria. Y ya mucho antes de que alguien pensara siquiera en leyes socialistas en Costa Rica, algunos reaccionarios de Bélgica osaban vituperar con el pretexto de demagogia los nobles anhelos del ilustre Pontífice que desde fines del siglo pasado emitía su autorizada opinión sobre la ola de inconformidad entre las masas de trabajadores de su época; y veía en una evolución ordenada de los antagonismos de clase, mediante una mejor comprensión de parte de los dueños de la riqueza, de la función social a base de equidad y sin el recurso de la fuerza. Por desgracia la miopía o el egoísmo de los reaccionarios de

al traste con las bellas esperanzas del Santo Padre y la solución pacífica tuvo que ser aplazada para dar campo a los desmanes de la violencia. ¿De qué habría de servir el ejemplo de la Gran Revolución del 89 si los magnates, la nobleza y los burócratas rusos no querían ver en ella más que una distracción de los estudiantes del Pasado? ¿Cómo podía transformarse el Imperio de los Zares en ese inmenso taller de obreros intelectuales y manuales que han puesto a Rusia al nivel de Alemania para vencerla? Porque, señores: si el arte de la guerra es la síntesis de aplicación de las matemáticas, de las ciencias físicas, químicas y naturales, precisa reconocer que los rusos se han puesto a la altura de los alemanes, mejor dicho que los han superado en esas disciplinas. Ya que para vencer a los ejércitos nazis desde el Báltico hasta el Mar Negro, sin hablar de lo que hoy estamos viendo, era imprescindible oponerles armas y técnicas de calidad igual, por lo menos a las suyas.

Había pues que repetir los atropellos, injusticias y crímenes de la Revolución Francesa para llegar a entender con la tragedia en la propia carne que la experiencia se adquiere en cabeza ajena. Una vez más ha cambiado un mundo que pugnando por meterse dentro de moldes envejecidos no se aviene con la inquietud universal hacia una vida mejor para todos; el resultado de esa experiencia lo vemos hoy que más de seis millones de militares rusos, sin hablar de los civiles sacrificados, han ofrendado sus vidas tanto para la liberación de su patria como por el triunfo del Derecho de los demás oprimido.

No fué pues comunista nuestro Prócer, como no lo hemos sido los que como él creemos que el reconocimiento de la maravillosa revolución de Rusia en menos de 20 años, así como su inmenso sacrificio de vidas en beneficio de todos, deben alabarse con la mayor sinceridad; porque tal alabanza es lealtad elemental. Porque no es digno el afectar ignorar las grandes realizaciones rusas, o sus hazañas militares, que como Stalingrado, Sebastopol, Vitebsk, Monsk y tantas otras, más parecen leyenda que realidad, cuando esas hazañas están sirviendo para conservarnos como pueblos libres; y esto sin esfuerzo de nuestra parte y como una merced providencial: la incidencia de las leyes de la guerra.

Pues bien, señores, si el admirar el esfuerzo por liberarse de un pasado de oscurantismo como lo ha verificado Rusia, si el respaldar con el sacrificio de tantos millones de seres el triunfo de la causa aliada y si por aplaudir con entusiasmo la actuación de Rusia en estos últimos 25 años se nos ha de llamar con intención peyorativa al que procede con lealtad y gratitud, que sea en buena hora. Tiempo habrá que los descendientes de quienes así dicen, puedan calificar la actitud de sus progenitores con una sola palabra: ingratitud.

Al duelo universal se une con la sinceridad del desinterés, el nuestro que lo es, más que por el grande hombre, cuya sabiduría deja al país en la orfandad, por el liberal que como una arpa colia estaba siempre listo a vibrar al impulso de todas las causas grandes, nobles y generosas.

## Don Ricardo Jiménez

Hay en la existencia de los pueblos hombres superiores que presiden, durante mucho tiempo, y aunque no tengan funciones públicas en determinadas épocas, el discurrir de la vida política, la marcha del progreso y las incidencias del destino, vinculándose de tal manera a la suerte de dichos conglomerados humanos, que forman, con éstos, una sola alma y sola materia.

En el transcurso de más de ochenta años, don Ricardo, desde su infancia hasta las alturas del Poder y en las bajuras de la simple ciudadanía, ha sido como algo consubstancial con el espíritu y materia de la Patria.

Ha visto don Ricardo, en el mismo lapso, desarrollarse la maravillosa evolución de la cultura y democracia nacionales, y en este proceso trascendente hacia la conquista de un porvenir mejor para la Patria, él ha sido y es artífice egregio y obrero distinguido, así como factor inestimable de la buena fama que goza Costa Rica en el concierto universal de pueblos libres.

Desde el puente de su encumbrada posición, don Ricardo ha visto en las ocho décadas de su glorioso vivir, correr el agua de nuestros infortunios, de nuestras vicisitudes políticas, de nuestras alegrías, de nuestra mentalidad y de toda nuestra indiosincrasia, de la cual es máximo exégeta y también supremo hierofante en el altar psicológico del alma nacional.

De ahí que don Ricardo sea nuestro Padre don Ricardo; Padre, sí, espiritual, de muchas generaciones, porque ha presenciado y orientado, dentro del mismo patrio hogar, el impulso del pueblo costarricense hacia el elevado ejercicio de derechos cívicos y democráticas formas de nuestras inconfundibles instituciones republicanas.

*Héctor Benavides*

## Trascendental telegrama del Presidente de la República

Esparta, 10 de noviembre de, 1913.

A Presidente de la República.

San José.

Me permito suplicarme decirme; una persona pensionada por la nación como soldado de 56 y no tiene otro medio de subsistencia puede ejercer el derecho del sufragio.

Antonio Ibarra, Miembro Junta Cantonal.

San José, 11 de noviembre de 1913.

A Antonio Ibarra, Miembro de la Junta Cantonal.

Esparta.

Su telegrama me hace pensar tristemente en la ingratitude tradicional de las democracias; somos país autónomo y podemos los costarricenses hacer

elecciones a estas horas por aquellos que salieron en 1856 y 1857 al encuentro de la muerte, y pagaron su deuda de patriotismo con la mejor moneda, con la de su sangre; y sin embargo, a los restos de aquellas huestes, a los soldados de entonces que no vacilaron en perder su vida por conservar la suya a la Patria, por cuanto no tienen otra riqueza que el recuerdo de las hazañas en que tomaron parte, los rechazamos de las urnas electorales, como indignos de velar por los destinos del país. Si yo fuera uno de aquellos guerreros, al fiscal de partido que me preguntara, ¿tiene usted valores?, le contestaría: "tengo esta medalla de oro que me puso en el pecho la Patria agradecida". y descubriendo la vieja herida, agregaría: "esta cicatriz gloriosa". Sean otros señor Ibarra, quienes contesten su telegrama.

*Ricardo Jiménez.*

(Del Archivo del Coronel Abarca.)

En este opúsculo, que no pretende ser más que el principio de la obra que se edita para perpetuar la memoria de un ciudadano egregio, como no ha tenido el país otro, quiero publicar el telegrama que don Antonio Ibarra, siendo fiscal en Esparta, le envió, en noviembre de 1913, al Presidente de la República. Es un compendio de lo que pensó con respecto a la ingratitude tradicional de las democracias.

Por la multitud se lucha siempre a sabiendas de que no se recogerán los frutos; pero con la esperanza de que algún día todos los hombres vivan con dignidad humana.

Actualmente, y después de una lucha muy fuerte para conseguir y mantener las garantías sociales y el código de trabajo; se levanta la voz de muchos trabajadores ingratos que adversan lo mismo que los beneficia.

En los Estados Unidos muchos negros lloraban porque Lincoln pedía su libertad. En Costa Rica muchas mujeres protestan contra las que quieren liberarlas y contra las que piden justicia para las de su propio sexo. Abundan en la clase media los fiscales Ibarra, los maestros intelectualoides, que no quieren que se les confunda con los trabajadores; y ponen mesa aparte; porque el aceite de los mecánicos, puede manchar el albo mantel, y los que consideran que a la guerra deben ir todos los hombres; pero que en la paz hasta se pueden violar los principios por los cuales se ha peleado. Todos los hombres, cualesquiera que sea su cuna deben morir por la patria, pero muy pocos saben vivir para que ella les sirva.

*Corina Rodríguez*

## Primer aniversario

Los costarricenses, fieles guardianes de la memoria de don Ricardo, se han congregado varias veces para rendirle culto, y al cumplirse el primer año de su muerte, sus verdaderos amigos fueron al cementerio a renovar sus votos de fe republicana.

Ante su tumba, leyó el señor Magistrado, Jorge Aguilar Morúa, el discurso vibrante y sentido, que ha de ser una fuente de información para las generaciones venideras.

*Señores:*

Esta fosa que hoy miramos con silenciosa tristeza bajo el haz terso de este cielo de enero, sumergió en su antro de sombra la vida de un hombre extraordinario, varón de tanta cuenta y sabiduría, que condensó en su pensamiento toda la luz de una etapa histórica de Costa Rica.

Desapareció el hombre epónimo y su deceso representa como una caída del sol. Pero como una perenne prolongación de la altitud de su intelecto y de sus brillantes cualidades morales está la obra de progreso que realizó, de la que sin hipérbole puede decirse que constituye la piedra angular sobre la cual reposan todas nuestras conquistas democráticas.

Se ha dicho del ilustre ex-Presidente, con respaldo de justicia, que gobernó al país durante un lapso de cuarenta años, plus minuve, porque ora desde el solio presidencial, ora desde su posición destacada de ciudadano, su talento luminoso ejerció una dictadura intelectual, inspirando a veces o sirviendo de contralor otras, la gestión gubernativa.

La Nación tuvo en él a su máximo valor representativo. En los momentos de angustia o de atranco para la colectividad costarricense sus grandes capacidades de estadista, como la sombra de Virgilio para el Dante, guiaron a sus compatriotas con acierto, removiendo obstáculos, orillando peligros. El pensamiento sibilino de esta Casandra nacional—valga el similitud—descifró en muchas ocasiones políticas los oscuros e inciertos designios del porvenir costarricense.

Sumaba a sus grandes dotes de gobierno las de abogado, tribuno, escritor y polemista también en grado máximo.

En los estrados judiciales el Licenciado Jiménez Oreamuno se singularizó por su sólida preparación jurídica, digna de un maestro en esa rama de los conocimientos humanos, y por la fuerza y precisión de su razonamiento, lente luminosa que en los arduos y complejos litigios ahondaba la materia cuestionada hasta descubrir—en la mayoría de los casos, porque nadie es omnisciente e infalible—, el *quid juris* o la fórmula justa o equitativa. Como Presidente de la Corte Suprema de Justicia dió a sus votos u opiniones aureola de sabiduría y de respeto. Su alta figuración de jurista prestigió como nunca la toga de armiño que llevó sobre sus hombros.

En el recinto parlamentario cautivó con su elocuencia. Su oratoria, como un resorte mágico, movía hacia la persuasión: poseía el verdadero sentido de la elocuencia, que no estriba, precisamente, en ataviar el discurso con el ropaje brillante de la retórica, sino más bien en la facultad de argumentar con buen juicio: no son los vocablos floridos sino los argumentos de peso, las buenas razones y los juicios verdaderos los que se enseñorean del criterio ajeno. Usando de la definición de un retórico docto, la elocuencia está en el tacto de colocar la verdad en la luz más ventajosa para convencer.

La hoja volante del periódico fué acaso el más eficaz y constante adalid que tuvo a su servicio. Consideraba don Ricardo que el órgano de la Prensa es el mejor difusor de luz, el instrumento de transformación política o social por excelencia; y consecuente con esa convicción, el periodismo nacional vivió en plenitud de acción durante sus tres Administraciones Públicas. Sus reportajes bien escritos pero mejor pensados, atraían la atención y simpatía del lector costarricense que cifraba en él a su escritor consagrado, al portavoz de las nobles aspiraciones populares. Tienen en verdad sus producciones literarias el don del estilo. Es admirable la pintura que hace de sus ideas por la claridad del concepto y la brillante expresión

literaria. Pero lo que más avalora su prosa es la elevación de las ideas que contiene y las proficuas enseñanzas que sugiere. Cada salida de don Ricardo Jiménez al estadio de la prensa, justo es reconocerlo, tenía por primordial objetivo o reivindicar los fueros de la razón menospreciada o auspiciar una innovación con el loable empeño de conducir al país a grados superiores de cultura. En el fondo de todos los matices esa es la impresión que deja al pronto el análisis de su constructiva labor periodística.

La habilidad como polemista es otra de las facetas que presenta el poliedro de su inteligencia superior. Controversista de fuste, ágil y elegante, conocedor por maravedís de todos los secretos de ese arte que sabe destacar a los hombres de sobresaliente ingenio como el suyo. En el terreno de la polémica más que a las palabras atendía a la esencia de las ideas. Provisto de todos los recursos que suministra la sabiduría y el talento, este diestro y sutil razonador persuadía con la luz de la verdad antes que con las artificiosas argumentaciones del sofista, que sólo trabucan el recto sentido de los juicios. De grandes reservas mentales, no acudía al socorrido expediente de presentar variaciones sobre el mismo argumento ya esgrimido, desplazar la contienda a otros planos ajenos a ella con el ánimo deliberado de evadir el análisis de las razones del adversario, o engañar—como monedero falso—con ideas o conceptos que carecen de valor alguno en el comercio intelectual.

Fué justo y legal, de espíritu renovador y amante de la libertad cuando ascendió a la Presidencia de la República y tuvo en sus manos la autoridad ejecutiva. ¿Qué empresa de bien público no encontró en sus tres Administraciones ámbito y aliento? De su gestión de legislador, que es la proyección de su personalidad liberal e ilustrada, se hacen lenguas en su elogio. No necesito para que mis proyectos de ley triunfen, el Congreso—apuntaba en sus razones—, que el Presidente les sirva de pie de amigo o eche en uno de los platillos de la balanza todo el peso de su autoridad. Estos se sostienen por su ancha base, por su propio peso. Entendía don Ricardo como Emerson, que la legislación estable es la que sigue y no precede el carácter y progresos de los ciudadanos, la que tiene consistencia porque la informa un espíritu de justicia; y que la inconsistente, como la cuerda de arena, se deshace al ir a retorcirla.

¿Y qué diremos de su ejemplar probidad administrativa? Trasegó millones sin que la sombra del peculado o de malversación de caudales públicos mancillaran sus manos meritisimas. Su conciencia salió de las altas investiduras oficiales tan limpia como sus bolsillos. Nunca fué—como solía decir—mercader en el templo.

La legislación electoral en sus tres periodos presidenciales, no fué letra muerta, que sólo la polilla aprovecha en el olvido de los anaqueles oficiales. El derecho del pueblo de Costa Rica para elegir a sus mandatarios, fué realidad tangible, tanto para el varón que debía sucederlo en la presidencia de la República, como para el último funcionario de elección popular. Don Ricardo, demócrata de vieja cepa, conceptuaba que el sufragio libre, sin sombra de mixtificaciones, constituye el eje sobre el cual gira todo el sistema republicano. De la urna electoral y no de otra parte, dimana el gobernante bueno, respetado por todos, porque él encarna la voluntad mayoritaria de la nación, la fórmula de progreso a que aspira el conglomerado social, la paz de la república. Dentro del régimen legal no se urden tramoyas e insidias contra el orden público. Don Ricardo hechó los cimientos luminosos de nuestra democracia. La vivió como gobernante y en su

condición de simple ciudadano: todas sus energías las consagró sin desmayo a enseñarle a la ciudadanía a tener apego a las instituciones republicanas. Abrigaba la convicción sincera, como Castelar, el gran tribuno y repúblico español, de que la única forma posible de Gobierno, para las sociedades humanas, es la república, terreno abonado para toda noble inspiración, programa abierto para todo progreso social. Cuando el régimen republicano ha fracasado, y de ello da testimonio la historia, ha sido antes que por vicios del sistema, por la intención torcida, o el estrecho criterio de los hombres que lo aplican. No hay que olvidar que en el factor humano está el mal: que es el ojo del hombre el que hace el horizonte.

La rectitud de sus proceder y la desnuda franqueza con que combatió por la verdad fustigando al funcionario venal, al turiferario sin conciencia o al rapaz mercader político le malquistó voluntades, desencadenando a veces alrededor de su nombre el huracán de las pasiones. Su carácter recio como el roble de nuestros bosques se mantuvo erecto en medio de la tempestad. Como define Sturt Mill el carácter verdadero, todas sus impulsiones y deseos le pertenecían por completo a don Ricardo. Fué en toda ocasión este ciudadano de limpia estirpe patriótica un dique opuesto a toda clase de injusticia. Su palabra de magnífico esplendor militó al servicio de los altos intereses de Costa Rica sin disfrazado celo patriótico, noble y lealmente.

Pero poner el dedo en la llaga, o ser sincero en este medio social, que es urdimbre que la comodidad o la conveniencia teje, acarrea odios y represalias. "Cada paso en línea recta—exclama el poeta—significa un amigo menos. La verdad aísla. No importa: Nada más solitario que las cumbres ni nada más luminoso". En los laboratorios de la crítica—añado por mi cuenta—la verdad, como el oro, triunfa sobre todas las pruebas del análisis, porque no tiene ligas de mala ley.

Don Ricardo, además, como grande hombre que fué tuvo por ese lecho, como todos los de su envergadura intelectual, el odio de la incomprensión y de la envidia. Ciertamente se odia a los grandes hombres porque matan el yo de los demás. "Siendo exorbitantes en todo—como apunta Victor Hugo—en pensamiento, en imágenes, en convicciones, en emoción, en pasión y en fe, oprimen nuestro yo, cualquiera que sea el aspecto bajo el que lo consideran."

Se ha tildado al gran repúblico de haber incurrido en contradicciones de orden ideológico, de ser tornadizo como una veleta; y al efecto, se aduce que gracias a las argucias de su raciocinio ha forjado con igual habilidad razones en pro y en contra de una misma tesis, según haya convenido casuísticamente a sus intereses. Ese cargo de malabarista o escamoteador de ideas es infundado. El absurdo de esa censura salta a la vista. Cambio de opiniones ha tenido en el decurso de su vida el Licenciado Jiménez, pero no ciertamente por móviles mezquinos, o en el sentido que implique regresión de su personalidad al error o al absurdo. A esa mudanza de criterio no se le puede denominar propiamente versatilidad. Un espíritu comprensivo y amplio no se apegá definitivamente como el caracol a su concha, a una idea anquilosada o reaccionaria. Ante la evidencia del error ha rectificado don Ricardo su opinión. Pero eso en buena tesis significa evolucionar o superarse.

Con seduda consideración ha rebatido don Ricardo el cargo que se le lanzara: "Se me dice que yo me contradigo en mis opiniones. Me contradigo ciertamente cuando me lo dictan la razón y la justicia. Sólo Dios y los imbéciles no cambian de opinión: Dios porque es infalible y los imbé-

ciles porque no raciocinan." Es imposible abrigar invariablemente las mismas convicciones e ideas a cerca de ciertos aspectos de las cosas que están en devenir.

La evolución es ley universal. Séneca, el gran filósofo latino se interroga: "Yo mismo, en el momento de decir que todo cambia, ya he cambiado." Considerando rectamente el punto, lo que desprestigia en un cambio de opinión es salir de la verdad para entrar de rondón en la falsedad o la socaliña. Discurriendo acerca de lo mismo don Juan Montalvo, hace notar que la conversión de Emilio Ollivier de la república a la monarquía es una gran deshonra; y que la conversión de Mr. Thiers de la monarquía a la república es una gran gloria.

En cambio, otros adversarios de su personalidad, pareciendo estar en oposición con aquéllos, tratando de empañar su brillo lo consideran ególatra, satisfecho de los recursos de su inteligencia, al punto de mirar con menosprecio todo lo que no haya sido producto de la especulación de su cerebro. Nuevo narciso intelectual, que asomado a las aguas de su fuente, se enamora de su propia figura. Pero es preciso apuntar que de lo que siempre estubo enamorado don Ricardo fué de la verdad, del juicio acabado y justo. Ajena o propia, patrocinaba la buena tesis.

Cuando comprobaba un error cometido, salía con orgullo de sus sombras para entrar a la luz de la verdad, porque de propósito muda el sabio y el necio persevera, enseña la inmortal Celestina. En lo concerniente a críticas que alguna vez le hiciera un periodista con quien sostuvo una polémica, conviene que los costarricenses recuerden la valentía con que respondió cuando se dijo que él había visitado garitós y canchas de galos.

Con la sinceridad característica del gran hombre, respondió el ilustre ex-Presidente de quien hoy nos ocupamos: "No lo niego ni lo he ocultado nunca. Mi juventud pudo tener errores y malas inclinaciones como la de todo hombre tan humano como yo. Sólo que supe curarme a tiempo. Supe dominar los impulsos de la vida y supe reintegrarme a mi normalidad de hombre pundonoroso y celoso de mi reputación. De la misma manera que hay medicinas para la sífilis, para las calenturas, para la malaria y para muchas enfermedades, también encontré que había medicina para los malos hábitos: la voluntad. Y me la apliqué en el preciso instante en que debía haberla aplicado. Manteniendo siempre mis principios de honradez y de respeto, me deslicé por las pendientes de esos vicios aunque sin exageraciones ni abusos. Bien recuerdo que jugué galos, pócker, trecillos, y todo lo que se estila entre aficionados a esa clase de juegos. No me enorgullecí de haber jugado y solamente cito este episodio de mi vida, para poder decir también que no perdí jamás el dominio de mi voluntad ni dejé de cumplir con mi deber. Llegó un momento en que para que no se fuera de mis manos una propiedad familiar que tenía para mí, y para los míos, el santo recuerdo de los antepasados, de mi padre, de mi madre y de los demás, había que hacer frente a una situación económica muy dura. Le hice frente y como me convertí en deudor y contraí compromisos, pensé que si todo iba bien, nadie podría achacar a mis deslices la bonanza del negocio, pero si por el contrario todo iba mal, mis acreedores podrían pensar que si yo no daba cumplimiento a mis obligaciones sería porque el dinero lo gastaba en las mesas de juego. Muchos años han pasado desde entonces, y como yo lo esperaba, he sido fiel a mi propósito, cumplí mi promesa ante mí mismo y no he tenido dificultades por deudas. No las contraigo si no puedo pagarlas, y las que tengo reciben mi preferente atención. Y digo estas cosas para norma de las juventudes. Voluntad es el mejor remedio contra los vicios.

El periodista, don Otilio Ulate, lejos de ofender a don Ricardo con su alusión, muy fuera de lugar, le dió al país la oportunidad de que, nuestro gran hombre, dejara una profunda lección para los que alguna vez han transido por las veredas del juego.

Don Ricardo fué un hombre, en el vasto sentido de la palabra, y ante su muerte se abre un horizonte de inmortalidad. El cuerpo del Benemérito ha caído desmazelado al seno de la sepultura. De su existencia material apenas nos queda como el humo esparcido de una antorcha apagada. Pero la grandeza de su obra intelectual es imperecedera como su espíritu. Nutrió el cerebro y modeló el alma de su pueblo. Abogó desde los albores de su razón hasta su muerte por la fórmula democrática porque sólo en ella se conciben la justicia, el derecho y la libertad. Sacó a sus compatriotas del surco trazado por costumbres políticas desacreditadas y los educó bajo la influencia de otras direcciones cívicas más a tono con el espíritu de los nuevos tiempos. Adversó a compañías extranjeras porque succionaban la sabia de nuestras tierras sin una justa o equitativa retribución para la república. "No quiero ver a Costa Rica—dijo en memorable ocasión histórica—encadenada a la roca de la usura y al buitres del agio devorándole las entrañas." Patrocinó con orgullo el derecho de asilo, añorando que en virtud de esa tradición liberal del país Martí, Maceo y otros exilados políticos tuvieron cálida y fraternal acogida en Costa Rica y salieron de su territorio a la muerte y a la inmortalidad. Y finalmente, como la robusta columna que soporta sin arrufarse los alquitrabes de la obra, gravitaron sobre sus hombros por luengos años las responsabilidades que apareja la dirección suprema de los negocios públicos. He aquí la obra del egregio hijo de la República. Con oro de sus propios merecimientos está ya forjada virtualmente la estatua que inmortaliza su nombre.

Cuando todavía estaban en el ambiente las palabras del magistrado Aguilar Morúa, el Coronel don Próspero Abarca, que siempre ha sabido hacerle honor a las armas, y que dió ejemplo de lealtad al solidarizarse con el Señor Presidente, en compañía del Coronel Dídimo Fallas, cuando se opusieron a un plan urdido a espaldas del gran hombre, leyó esta invocación.

## Invocación

*A Don Ricardo Jiménez Oreamuno  
Cerebro y pensamiento de mi patria*

Para mi dilecta amiga Corina Rodríguez, talentosa y culta escritora, que no sabe de claudicaciones; que pidió que se cerrara la tumba de don Ricardo con el silencio, ya que ante la tumba de los Dioses, los labios se mueven discretamente, para que hablen el corazón y el pensamiento, que no entiende de profanaciones, y sigue el camino de inmortalidad que es luz disipadora de sombras en este oscurantismo en que vive el mundo, y que todavía espera el Levántate y anda.

Fué el astro refulgente en nuestro Cielo.  
La Patria le aclamó ardentemente  
haciéndole tres veces Presidente.  
La cuarta...?, fué del pueblo gran anhelo.

Y sigue siendo el que guía sus destinos.  
La patria en sus congojas a él invoca.  
Recuerda que salieron de su boca  
proféticos pronósticos divinos.

Seguir por la pendiente desunidos  
es coger un camino de locura.  
Volvamos la mirada hacia la altura.

Busquemos los caudillos bendecidos.  
Pidamos su talento y su cordura  
y sigamos del brazo siempre unidos.

*Próspero Abarca M.*

## *Don Ricardo en la intimidad*

El interés que despierta en mí un hombre, depende exactamente de su capacidad para darnos un ejemplo.

Nietzsche.

Tuve el privilegio de ser el médico de don Ricardo Jiménez, durante sus últimos diez años. Tuve el privilegio de gozar de su amistad y afecto ininterrumpidamente y de pagarle con la más honda lealtad, con la más absoluta devoción y con el cariño más desinteresado hasta considerarlo como mi segundo padre. Estas líneas mal pergeñadas van como un recuerdo íntimo del gran hombre que plasmó en un país su ideología y que supo adentrarse en los corazones, porque la justa y certera apreciación de las cosas de la vida y el juicio que hacía de sus semejantes estaban respaldados por una vida acrisolada y ejemplar.

En la vida íntima don Ricardo tenía tanta intensidad como en la pública. Su salud era muy ventajosa para sus ochenta años bien pasados. Leía sin anteojos, una dentadura perfecta, un sistema cardiovascular satisfactorio, escribía con la soltura y firmeza de un hombre joven y caminaba guiado, con pasos serenos y seguros. Hacía largas caminatas a caballo, sentía poca agitación cuando subía escaleras rápidamente. Sus convalecencias eran rápidas. En fin, físicamente era una envoltura digna de su gran talento, parecía que su estructura material hubiera sido especialmente fabricada para alojar su privilegiado cerebro, a unas circunstancias que amenazaban con salirse de su caja ósea. Por todo ello tenía gran resistencia para los embates de la vida y una vitalidad enorme para la lucha política. Una vida regularizada como su formidable archivo, una vida llena de odio y asco para el tabaco y el licor, con comidas frugales y una gran disposición para asimilarlo todo.

La memoria de don Ricardo era de lo más sorprendente. El mismo decía que su gran virtud era su poder de retentiva estupendo. Datos, nombres, fechas, hazañas de hace treinta, cuarenta, sesenta años, desfilaban en caravanas históricas en sus ratos de charlas, en la intimidad de su gabinete de trabajo o frente al mar, ese mar que tanto quiso y en el que se iba a renovar, mirando la profundidad de las aguas, el fresco verdor de la campiña o los animales de sus corrales. En esas conversaciones era donde hacía revelación de lozanía, buen gusto e inteligencia. Se ha dicho que Oscar Wilde era el mejor conversador de la Corte Inglesa. Nosotros podemos decir de don Ricardo que ha sido el mejor conversador de Costa Rica. La Historia, esa mujer chismosa e indiscreta, cuenta que Napoleón usaba camisas rojas para que no se le viera la sangre en caso de herida, y haciendo un simil, don Ricardo ahuecaba la voz con severidad cuando tenía que regañar para que no se le viera el corazón. Una severidad que sonaba a ficticia pues bien sabía, fundándose en su agnosticismo, que los hombres no son siempre culpables, que es la vida la gran culpable y que el pobre sér es víctima de fuerzas desconocidas. Tenía la dicha de saber perdonar porque le era dable el comprender. No entendía la teoría nietzscheriana de que al juez no se le obliga a juzgar sino a aplicar la ley; creía que era más humano Blackstone cuando afirmaba que el extremo de la ley es el extremo de la injusticia. Su ironía era una limpia sonrisa, nunca reía pues sabía que el que ríe sólo alcanza a mostrar dientes y no alma. A veces se llenaba de entusiasmo y alegría por algo, pero al ver cómo eran sus congéneres salía con el alma llena de un golpe de hojarasca... En su ironía ponía la frase hilvanada de sabor, el polvillo ático de su pimienta ligera y siempre incitante, sirviéndola con una inútilmente cautela de fraile diabluno. Pero a veces le saltaba el coraje chispeante y se esfumaba el encaje grácil de la palabra y asomaba el verbo en puño cerrado, y así como Jerjes hizo golpear el mar rebelde con látigos, él golpeaba con su brillante argumento o condenatoria una estupidez o una picardía.

Sobre la mujer dió reportajes hermosísimos en la prensa diaria. Guardó la recia compostura de varón que ve en la mujer motivo de renovación y aliciente tranquilo. Su delicadeza y dulzura para las mujeres eran proverbiales. Sabía que ellas siempre tienen algo de niño, de juguete delicado, que hace no tomarlas demasiado en serio, no enfadarse mucho con ellas. Y cuando a su bufete llegaba alguna, encontraba la elegancia de un saludo, lo agradable de una frase educada, el ademán que inspiraba confianza, saliendo como del consultorio de un médico o de la quietud de un confesionario: a veces curadas, en ocasiones aliviadas, pero siempre esperanzadas. La veneración que sentía por su madre hacía eco en cualquier voz de mujer que a sus oídos llegase. A don Ricardo podía aplicarse el concepto del Duque de Rivas de que "fablaba perlas" y en las conversaciones de sobremesa no perdía nunca el eslabón de los motivos del panorama para retornar pronto a recogerse en su sonrisa de conejo sabio.

Decía constantemente que en política no existen fórmulas absolutas. Todo depende del pueblo y de la época. Que los criterios veraces, sinceros, siempre se imponen. Recordando la frase de Harris, que los hombres fuertes se hacen a base de oposición, como los cometas que suben contra el viento. No esperaba consecuencia de sus conciudadanos, recibía las noticias desagradables como algo natural; nunca se transformaba en un "brow-lifter" (levantador de cejas), ante impertinencias o traiciones. Espíritu selecto lleno de elegancia, lealtad y bonomía. Una de sus características más

acentuadas era su ingénita decencia para hablar y actuar. Odiaba la mentira creyéndola el más perverso pecado capital. Por eso siempre miré en él un santo laico.

Actuaba rectamente en sus decisiones o juicios, mirando no las consecuencias del momento sino las futuras, y recordaba al francés que decía que el estadista es un individuo que al tomar una decisión piensa que al día siguiente ha de morir, es decir, situarse frente a su propia conciencia. Sus creencias religiosas se fundaban en un inmutable y permanente agnosticismo. Respetaba la sinceridad de los creyentes, y exigía también respeto para las suyas y por eso en su lecho de muerte, mientras vivió, no se permitió la figura de un sacerdote. Como jefe de un liberalismo tolerante quiso morir como vivió.

Creía que la religión es más necesaria, cuanto más primitivo es un pueblo. Y a pesar de sus magníficas relaciones con el clero, en la intimidad combatía muchas ideas sobre el más allá y se refugiaba en su agnosticismo, con la misma fe que una viejecita en el rosario. No querer nada de esta vida, para tenerlo todo en la otra... le parecía una ingenua tontería. Le parecía una baja especulación de la que Dios se sonreía seguramente. Porque él acogería mejor al que vivió la vida plenamente, que en ella fué mejor o peor, pero sin esperar castigo ni recompensa, que el interesado por llevar después una vida de goce entero. Para los humanos, decía, que era mejor, un Dios castigador de malos, que premiador de buenos, o un Dios grande, humano, lleno de ternura para todas las criaturas, imagen y semejanza de él. No combatía dogmas, ni rechazaba altares encadenadores de espíritus por prurito de combate o deformación profesional de liberal empecinado, sino que señalaba direcciones que es la forma más humana de ser grande.

Y después de haber pasado una somera revista a las intimidades de este gran hombre, vemos que sus pasiones, sus defectos, sus errores, se borran, son insignificantes ante su recuerdo, sus consejos, sus ejemplos, su republicanismo, su decencia, su liberalismo, su lealtad, su austeridad y sobre todo ello, su inconmensurable deseo de hacer siempre el bien a Costa Rica, este pequeño y suave país que albergó tan dilecto espíritu. Esta patria que hace pensar en la espiritual frase de Horacio: "Majores penna nido", mayores son las alas que el nido.

Julio de 1946.

## Colegio de Cartago

Por RICARDO JIMENEZ

Ha llegado a mis manos, en estos días, con gran retraso, el número del "Diario de Costa Rica", que contiene el último artículo de una serie escrita por el Director del Colegio de Cartago, sobre Educación y Progreso. Reconocida hasta por el indocto la influencia que ejerce en los destinos de un país; admitido el hecho de que un colegio es factor muy importante del estado social del día siguiente, pues es semillero de hombres que mañana habrán de dirigir la opinión pública y la política, no necesito, paréceme, como ciudadano que debiera sufrir, directa o indirectamente, los resultados de esa dirección en todas las concernencias de su vida, invocar otro justificativo de mi conducta, al exponer las conclusiones a que me ha conducido una crítica tranquila y circunspecta del aludido artículo.

Y ya que doy cuenta de las razones psicológicas que han obrado en mi ánimo, y para decirlas todas, añadiré que ha habido una de carácter puramente sentimental. En el Colegio de Cartago hice mis primeros serios estudios; desde allí vi destacarse ante mi vista, por primera vez, los horizontes infinitos de las ciencias; y allí también, por primera vez gocé las inefables fruiciones que el arte vierte en nuestra alma. Le soy deudor, pues, de la iniciación en aquellas únicas cosas que dan precio a la vida, y no es de extrañar, entonces, que mire con interés profundo, y piedad filial todas las vicisitudes del Colegio de Cartago, mi Alma Mater.

El artículo del señor Director es bien corto; sin embargo, es sobrado para venir en conocimiento de cuáles son los caracteres, las tendencias de la enseñanza que se da en su colegio. Mr. Cuvier, decía: "Dadme un hueso y os reconstruiré todo el animal". Sin ser Mr. Cuvier, pienso que con este fragmento de artículo que tengo en mi poder, puedo correctamente reconstruir el programa completo del señor Muñoz. Por ahora basta decir cuál es el género a que pertenece su enseñanza; ella debe clasificarse, es la religiosa. A haber sido exacto al poner el encabezamiento de sus artículos, no debió el señor Muñoz escribir "Colegio de Cartago", sino conservar el título que se le da ordinariamente: debió poner "Colegio de San Luis Gonzaga" y aún para mayor exactitud agregar "Sucursal de los Institutos de Jesuitas."

Me haría injusticia quien viera en esas frases un sarcasmo. No las uso en mala parte; las empleo porque ponen de relieve, en mi sentir, el rasgo dominante de la enseñanza inculcada hoy en aquel establecimiento; y ello tiene la ventaja para mí, de que, desde el principio aparecerá el objetivo de los subsiguientes raciocinios, que justificarán la calificación que he dado al método del señor Muñoz.

¿Por qué es objeccionable y nociva la educación de los jesuitas? Únicamente porque para ellos la ciencia y el arte dejan de ser fines de sí mismos, descienden a ser medios en servicio de la religión. Encima de la silla del profesor, y cualquiera que sea la cátedra, aparece el cuadro que contiene las proposiciones del credo religioso. Su sombra oscurece todas sus lecciones. De las verdades religiosas se hacen otras tantas tesis que es necesario sostener y demostrar con las armas de la ciencia. No se trata de formar sinceros e independientes investigadores en la total esfera de lo conocible, sino de hacer hábiles abogados del catolicismo y sobre todo abnegados defensores de la Iglesia. La religión indicará a la ciencia las regiones que ha de explorar. No debe ésta descansar en los resultados de su método experimental: ellos son falaces. Para tenerlos por ciertos, es indispensable pasarlos antes por el crisol religioso; someterlos a la infalible piedra de toque: la Biblia. La observación es nada. La revelación es todo. Este régimen indefectiblemente producirá caracteres atrofiados, cojos del espíritu, como decía pintorescamente Michelet. Los órganos de locomoción no se fortifican sino caminando y la inteligencia no se desarrolla sino investigando de continuo y por sí misma. Si el discípulo a cada paso que da, se encuentra con una barrera que no es dado remover, acabará por sentarse en un lugar, por condenarse a la inacción. Sí, por fuerza perderá toda curiosidad—sin la cual la ciencia no existe—desde que como en los edificios de oficinas públicas encuentra en el fondo de todos los departamentos del saber la desesperante inscripción: es prohibida la entrada.

En vano aparecen en los programas matemáticas, física, química, biología, historia y aún filosofía. A todo ello podría aplicarse la exclamación de Hamlet: Palabras, palabras, palabras.

El alumno llega a resolver unas cuantas ecuaciones; a saber que por medio del espectroscopio la luz se descompone en bellos colores, que una sal es compuesta de un ácido y una base o de dos cuerpos simples; que la ballena no es un pescado; que en la invasión a Italia, perdió Aníbal un ojo; o que un silogismo consta de dos premisas y una conclusión; esto es, llegará a adquirir unas cuantas nociones sobre lo que puede llamarse el arte de cada una de estas ciencias. ¿Pero, basta ésto

para que arraiguen y fructifiquen en el espíritu del alumno los principios de causa, relación y ley, los métodos de análisis y generalización, los hábitos de escepticismo y crítica que constituyen la esencia fecunda contenida en las ciencias y la médula de león de que necesita alimentarse el hombre, para prepararse en la lucha que habrá de sostener en la vida, contra la naturaleza, contra la concurrencia de los demás hombres y contra la bestia que hay en el fondo de nosotros mismos? Y no se diga que la enseñanza religiosa acepta y practica estos principios: ello no sería más que una mera afirmación. Si los acatara y pusiera por obra, no miraría en opuesto bando, como enemigo irconciliable, a la ciencia moderna: no rechazaría las conclusiones a que ésta ha llegado, ni anatematizaría las investigaciones en que se atarea, puesto que tales principios son los únicos instrumentos de que ella se sirve para su incesante trabajo.

En artes es posible que haya diferentes escuelas: la contienda entre los naturalistas y los no naturalistas es una contienda que permanece abierta.

¿Quién es superior Shakespeare o Racine, Rafael o Rembrandt, Rossini o Wagner? Son estas cuestiones que cada uno resuelve según su temperamento. No así con la ciencia, que no hay más que una ciencia, la experimental, la ciencia verdadera. Todos los profesores que la subordinen a la religión, sosteniendo así a la Iglesia en su porfía de no renunciar al terreno indebidamente ocupado en ella y del cual la ciencia viene desalojándola, serán meros jesuitas, darán—digan lo contrario—, una enseñanza incompleta o anticientífica.

Por demás está decir que para esta escuela la misión del arte es hacer propaganda de los preceptos morales.

La fábula, con su moraleja al fin, y más o menos cambiada de formas según los diferentes géneros literarios, es un ideal artístico. Otelo ahoga entre las almohadas del lecho a Desdémona inocente. El asesino en vez de sernos odioso nos inspira una inmensa y profunda simpatía. Yago, el espíritu infernal, no es aniquilado, queda herido, pero no muerto, como él mismo lo dice a Otelo. ¡Oh! No me digáis más, eso no puede ser bello; no es moral. No hay otra belleza que la belleza moral, y el objeto de las artes es expresarla. Mr. Cousin me lo ha dicho. No necesito de más para condenar vuestro Shakespeare.

\* \* \*

Mis notas anteriores se aplican a cuanto ha dicho el señor Muñoz. Sus apreciaciones históricas son viciosas y todas sus afirmaciones, expresadas como científicas, sobre el origen del mundo y su finalidad, sobre la fuente del linaje humano y la razón de la multitud de lenguas, sobre el destino del hombre y el concepto del derecho, están fuera del terreno científico, porque versan sobre materias en las cuales no tiene la ciencia jurisdicción alguna, y así lo declara humildemente, o deciden cuestiones todavía no resueltas por ella, o son contrarias a las conclusiones a que la han conducido razonamientos sustentados en hechos incontrovertibles. Un somero análisis comprobará mis juicios. Principiaré por donde él comienza. ¿Es cierto que cuando Jesús vino, el mundo estaba sumergido en la ignorancia, y que el paganismo, desde los albores de Grecia hasta la caída del Imperio Romano, fuera un período tenebroso? ¿Tenebrosa una edad en que vivieron Arquímedes, el fundador de la Hidrostática, y el gran matemático, a decir de buenos jueces, no aventajado por otro alguno en más de dos mil años; Euclides, cuyos trabajos geométricos han desafiado notoriamente el transcurso de veinte siglos, y Ptolomeo, el autor de la Construcción Matemática de los Cielos, obra monumental que sólo pudieron destronar los principios de Newton! ¿Tenebrosa una edad que produjo a Hipócrates, el padre de la medicina, que ha encontrado aún en el siglo XIX, médicos admiradores como

Litré, que no tuvo a desdoro ni juzgó cosa estéril ser traductor de sus obras! ;Tenebrosa una edad a la lumbré de cuya jurisprudencia se orienta todavía el juez para decidir las contiendas entre lo mio y lo tuyo! ;Tenebrosa una edad que cuenta con historiadores como Tucídides, Jenofonte, Salustio, Tácito! ;Tenebrosa una edad que iluminaron, con los rayos de su sátira, Juvenal y con los de su palabra, Cicerón y Demóstenes! ;Tenebrosa una edad en que brilla la virtud estoica de Marco Aurelio y del patriotismo de Cincinato y de Aristides el justo! Tenebrosa una edad en que aparecieron en el horizonte Sócrates, Platón y Aristóteles, soles no extintos aún en el sistema sideral de la filosofía! ;Tenebrosa un mundo en cuyo cielo fulgulan Lucrecio, Virgilio, Sófocles, Aristófanes, Esquilo y Homero, constelación que dejará de enviarnos su luz cuando la de nuestro sol se apague! ;Tenebrosa una edad que contempló el nacimiento de la Venus de Milo, castísima estrella comparable sólo consigo misma, con la venus que brota entre las sombras de la tarde y se eleva triunfante en la serenidad infinita de los cielos!

¡Oh!, es necesario estar ciego por la ignorancia o por las preocupaciones para arrojar esa blasfemia contra el mundo antiguo. Que persona de tantos méritos como el señor Muñoz, haya caído en tal error, no lo comprendo. ¿Qué nombre, qué hecho hay en las tinieblas de los siglos bárbaros que pueda confrontarse con los nombres y los hechos luminosos de la civilización pagana? Se hablará de la corrupción de la Roma imperial. Nada más triste, nada más nauseabundo. Pero por cuanto aquella civilización naufragó en un ignominioso océano de cieno. ¿hay motivo para que el historiador la denigre y excrea aun en los días de limpia gloria? Y por otra parte, ¿se puede sostener con ventaja que los bárbaros cristianos moralmente valían más que los paganos de la decadencia? Sin duda que no. Cuando leemos cualquiera de las obras de los grandes historiadores de los tiempos medios, al cerrar el libro nos sentimos bajo el peso de una inmensa opresión, tal es el espectáculo de dureza y ferocidad que presenta, siglos tras siglos, la sociedad de aquella época.

¿Cómo practicaban aquellos cristianos el precepto “amaos los unos a los otros”; haced bien a quien os odia? Luchando entre sí infatigablemente desde que tenían fuerza para manejar las armas hasta que los años o la muerte los forzaban a dejarlas caer por el suelo. El Papa luchaba con los emperadores y los reyes; éstos con sus iguales lo mismo que con sus vasalios; los señores con sus feudatarios de la misma manera que con los infieles, con sus reyes y con sus pares. Guerra de todo contra todos, he ahí la vida ejemplar de aquellos caballeros, que tenían por divisa: “Mi Dios, mi rey y mi dama.”

Pero esas serían guerras leales peleadas con toda nobleza—dirá aquel a quien no hayan llegado de esos tiempos sino la poesía con que la leyenda envuelve las proezas de aquellos esforzados caballeros, de aquellos esforzados cruzados—. Si se decide a hojear las crónicas, verá, sin embargo, que las asechanzas, el faltar a la fe jurada, el veneno, las demás formas de asesinato y hasta el traicionar la hospitalidad, eran armas que se usaban tan corrientemente como la espada. Para que se juzgue de las costumbres evangélicas de aquellas gentes, de entre la abundante cosecha de ejemplos que conserva la historia, tomaré algunos.

Imilda de Lambertazzi, noble niña de Bolonia, llevaba amores con Bonifacio Giereinei, no obstante el odio inveterado y mortal que separaba a sus respectivas familias. Sorprendidos en una secreta entrevista, por los hermanos de Imilda, ella, apenas tuvo tiempo de escapar; no así él, que después de una desigual lucha, cayó fatalmente herido por las envenenadas dagas de los asaitadores. Volvió al poco rato al trágico lugar la enamorada niña; palpó el cuerpo, aún estaba caliente. Alucinada por la pasión, apicó sus labios a las heridas para extraer el veneno. Únicamente consiguió comunicarlo a sus venas. Ambos fueron

encontrados uno al lado del otro, rígidos, sin vida. Esta conmovedora muerte, producido una inmensa exacerbación: durante cuarenta días se peleó en las calles de Bolonia. Cuando se habla del Papa Alejandro VI y de sus hijos César y Lucrecia Borgia—que vivieron bien entrada la edad moderna—, cree uno que fueron una aberración de la naturaleza, casi sin ejemplo en la historia.

Nada más infundado: ellos fueron vegetación natural de la sociedad que los produjo. "Los ordinarios vicios de los hombres, dice Hallam, asumieron un tinte de portentosa criminalidad en los palacios de los príncipes italianos. Su venganza fué fratricidio y su lascivia incesto."

En Alemania una gran parte de la nobleza vivía de latrocinios. Sus castillos—las ruinas lo atestiguan—, fueron levantados sobre inaccesibles montañas y en desfiladeros, que dominaban los caminos públicos. Hacia el siglo XVI— cuenta el historiador Schmidt—, cierto arzobispo de Colonia construyó una fortaleza de esta clase. El gobernador inquirió de él cómo pensaba mantenerse, siendo así que no se le había asignado renta. El prelado se limitó a hacerle notar que su castillo estaba situado en la confluencia de cuatro caminos...!

En Francia, Carlos VI, durante treinta años sufrió de intermitente locura. Lo lamentable de su situación fué agravado por el abandono de su familia y de su propia mujer, que gastaba todas sus ternuras y caricias en su amante el Duque de Orleans, hermano del rey. Entretanto la dirección de los negocios públicos se la disputaban ardientemente este mismo Duque de Orleans y el de Borgoña, primo hermano suyo. Cansados de luchar se reconciliaron, nueva amistad fué jurada entre ambos, y para dar mayor solemnidad a sus promesas, arrodillados juntos, recibieron el pan eucarístico. Poco tiempo después, el Duque de Orleans fué asesinado, en las calles de Paris, de orden de su pariente el Duque de Borgoña. No es esto todo; escasamente había transcurrido un año, cuando el asesino recibió el perdón real, sin solicitarlo, y casi en seguida, el manejo de la administración. A su vez le llegó su turno; en el reinado siguiente, matones capitaneados por el delfín, le dieron muerte en la presencia real. Con hechos semejantes o peores tropezamos en los años siguientes, y aun en plena edad moderna hallamos uno bien notable. Enrique de Guisa, pretendiente a la corona, fué inducido con engañosas protestas de amistad, a ir a conferenciar con el partido contrario en el castillo de Blois. Al entrar a los aposentos reales fué apunhalado, y se dice que Enrique III pateó su cadáver.

No eran más edificantes las costumbres en Inglaterra. Hasta la Magna Carta fué frecuente dar muerte al que matara un ciervo o un jabalí, piezas reservadas para las cacerías del rey o sus altos feudatarios. Eduardo IV condenó a pena capital a una persona que se atrevió a murmurar de una favorita suya; y a su hermano el Duque de Clarence, culpable apenas de una ligereza, según es creído. Es inútil hablar de Ricardo III, generalmente pintado como un monstruo de depravación. Los lores, en algunas partes, exigieron, por costumbre, de los desposados el jus prima noctis. Allí, los caminos eran intransitables por el riesgo que corría el viajero de ser presa de las cuadrillas de ladrones que los infestaba. Tan numerosos eran éstos que al decir de un contemporáneo, Lord Fortescue, más salteadores se ahorcaban en Inglaterra en un año que en Francia en siete. De tal manera estaba arraigado este crimen en lo profundo de la sociedad, que el bandido estaba seguro de alcanzar el perdón de la conciencia pública y aún la admiración general, si podía presentar rasgos de audacia, actos de generosidad, romanescos amores, milagrosos escapes, desesperados combates; y tan crónico fué este mal que todavía, al concluir el siglo XVI, las grandes rutas que avvicinan a Londres, no ofrecían ninguna seguridad. La dureza del proceder, común a todas las clases inglesas, nos llena de asombro hoy, y justifica plenamente las palabras de Lord Macaulay: "a medida que estudiamos los anales del pasado nos regocijamos cada vez más de vivir en esta edad compasiva en que la crueldad

es odiada y en que las penas, aun cuando merecidas, se infligen con repugnancia y debido sólo a un sentimiento de deber.”

A España no le van en zaga sus vecinas. No es inusitado allí ver a los hijos levantarse en armas contra sus padres. Las muertes violentas abundan como en el resto de Europa. Sancho II quita la vida a Don Lope de Haro, en su propio palacio de Valladolid. Alfonso XI hace venir a su corte al infante Don Juan, su primo, que corre la suerte de Enrique de Guisa, antes recordada. Si creemos a Ayala, que aunque enemigo suyo no fué desmentido por sus contemporáneos, Don Pedro el Cruel hizo asesinar a pecheros y nobles, a sus hermanos, a su esposa Blanca de Castilla y a su misma madre Eleonor de Guzmán. Nuestra América guarda todavía los recuerdos de la dulzura de alma de los propagadores de la fe católica. Un ejemplo nada más.

“...e prendieron dellos, —relata el historiador—, diez e siete o diez e ocho indios caciques e indios principales, e mandóles Pedrarias aperrear e que los comieran a ellos perros. E un martes diez e seys días de junio de aquel año, en la plaza de León, los justificaron desta manera: que le daban al indio un palo que tuviese en la mano, e decíanle con la lengua e intérprete que se defendiese de los perros e los matase él a palos: e a cada indio se echavan cinco o seys perros cachorros (por emponellos sus dueños en esa montería), e como eran canes nuevos, andavan en torno del indio, ladrándole él daba algún coscorrón a alguno. E cuando a él le parecía que los tenía rendidos con su palo, soltaban un perro o dos de los lebreles e alanos diestros, que presto daban con el indio en tierra, e cargaban los demás y lo desollaban o destripaban e comían dél lo que querían. E desta manera los mataron a todos diez e ocho malhechores, los cuales eran del valle de Olocotón e de su comarca... E como la tierra es caliente, luego otro día hedían, e al tercero o cuarto día que allí estaban...pedile por merced que se llevasen de allí, al campo o donde quisiesen, porque ya aquel hedor era incomportable.”

Como he dicho, estos no son casos aislados. Tan numerosos son los semejantes que, al hablar de estas materias, la dificultad consiste no en encontrar ejemplos sino en elegir en el montón que tiene uno delante. Todo esto patetiza que la humanidad fué una virtud desconocida de aquellas gentes, por más que en los templos, repitieran cada día, de rodillas, ama a tu prójimo como a tí mismo. Pero toda duda, si alguna quedara a este respecto, se disipará si se pone mientes en todos los actos de crueldad, cometidos a través de las agencias de cortes de justicia, y los cuales igualan si es que no exceden a cuantos infligen a sus víctimas, los más bárbaros salvajes. No es angustia en el alma, una desagradable sensación en los nervios, un irreprimible calofrío es lo que sentimos al leer la relación de las torturas que se aplicaban al indiciado de un delito o al condenado por una sentencia. Y eso no aquí y allí, sino en todo Europa: y no largos siglos ha, sino casi hasta ayer, cuando resonó el grito de horror lanzado por Beccaria.

Cantidades increíbles de agua, vinagre, aceite, se inyectaba por la boca; en las axilas se ponían huevos, sacados de agua hirviendo; bujías encendidas se ligaban a los dedos, con el propósito de que se quemaran al par que la cera; se comprimían los miembros con cuerdas o instrumentos, que laceraban las carnes, descoyuntaban las articulaciones, rompían los huesos, quitaban la vida; los prisioneros eran arrojados en húmedos, oscuros, infectos calabozos; se les despojaba de sus ropas; se les dejaba morir de hambre. Y cuando esto sucedía, hacía más de diez siglos que el dios Pan había muerto y más de quince desde que Jesús predicó su mansa doctrina, por los bordes del lago de Tiberiades.

Los católicos no encuentran palabras con qué estigmatizar la crueldad de los Neronés, que pusieron en la mano de inúmeros creyentes la palma del martirio, pero ¿con qué palabras expresar la benignidad de los cristianos responsables de la desolación de las ciudades albigenses: de la matanza de los sencillos habitantes de Valdo; de la noche de San Bartolomé; de la cremación de Juan de

es odiada y en que las penas, aun cuando merecidas, se infligen con repugnancia y debido sólo a un sentimiento de deber."

A España no le van en zaga sus vecinas. No es inusitado allí ver a los hijos levantarse en armas contra sus padres. Las muertes violentas abundan como en el resto de Europa. Sancho II quita la vida a Don Lope de Haro, en su propio palacio de Valladolid. Alfonso XI hace venir a su corte al infante Don Juan, su primo, que corre la suerte de Enrique de Guisa, antes recordada. Si creemos a Ayala, que aunque enemigo suyo no fué desmentido por sus contemporáneos, Don Pedro el Cruel hizo asesinar a pecheros y nobles, a sus hermanos, a su esposa Blanca de Castilla y a su misma madre Eleonor de Guzmán. Nuestra América guarda todavía los recuerdos de la dulzura de alma de los propagadores de la fe católica. Un ejemplo nada más.

"...e prendieron dellos, —relata el historiador—, diez e siete o diez e ocho indios caciques e indios principales, e mandóles Pedrarias aperrear e que los comieran a ellos perros. E un martes diez e seys días de junio de aquel año, en la plaza de León, los justificaron desta manera: que le daban al indio un palo que tuviese en la mano, e decíanle con la lengua e intérprete que se defendiese de los perros e los matase él a palos: e a cada indio se echavan cinco o seys perros cachorros (por emponellos sus dueños en esa montería), e como eran canes nuevos, andavan en torno del indio, ladrándole él daba algún coscorrón a alguno. E cuando a él le parecía que los tenia rendidos con su palo, soltaban un perro o dos de los lebreles e alanos diestros, que presto daban con el indio en tierra, e cargaban los demás y lo desollaban o destripaban e comían dél lo que querían. E desta manera los mataron a todos diez e ocho malhechores, los cuales eran del valle de Olocotón e de su comarca... E como la tierra es caliente, luego otro día hedían, e al tercero o cuarto día que allí estaban... pedile por merced que se llevasen de allí, al campo o donde quisiesen, porque ya aquel hedor era incomportable."

Como he dicho, estos no son casos aislados. Tan numerosos son los semejantes que, al hablar de estas materias, la dificultad consiste no en encontrar ejemplos sino en elegir en el montón que tiene uno delante. Todo esto patetiza que la humanidad fué una virtud desconocida de aquellas gentes, por más que en los templos, repitieran cada día, de rodillas, ama a tu prójimo como a ti mismo. Pero toda duda, si alguna quedara a este respecto, se disipará si se pone mientes en todos los actos de crueldad, cometidos a través de las agencias de cortes de justicia, y los cuales igualan si es que no exceden a cuantos infligen a sus víctimas, los más bárbaros salvajes. No es angustia en el alma, una desagradable sensación en los nervios, un irreprimible calofrío es lo que sentimos al leer la relación de las torturas que se aplicaban al indiciado de un delito o al condenado por una sentencia. Y eso no aquí y allí, sino en todo Europa: y no largos siglos ha, sino casi hasta ayer, cuando resonó el grito de horror lanzado por Beccaria.

Cantidades increíbles de agua, vinagre, aceite, se inyectaba por la boca; en las axilas se ponían huevos, sacados de agua hirviendo; bujías encendidas se ligaban a los dedos, con el propósito de que se quemaran al par que la cera; se comprimían los miembros con cuerdas o instrumentos, que laceraban las carnes, descoyuntaban las articulaciones, rompían los huesos, quitaban la vida; los prisioneros eran arrojados en húmedos, oscuros, infectos calabozos; se les despojaba de sus ropas; se les dejaba morir de hambre. Y cuando esto sucedía, hacía más de diez siglos que el dios Pan había muerto y más de quince desde que Jesús predicó su mansa doctrina, por los bordes del lago de Tiberiades.

Los católicos no encuentran palabras con qué estigmatizar la crueldad de los Nerones, que pusieron en la mano de inúmeros creyentes la palma del martirio, pero ¿con qué palabras expresar la benignidad de los cristianos responsables de la desolación de las ciudades albigenses: de la matanza de los sencillos habitantes de Valdo; de la noche de San Bartolomé; de la cremación de Juan de

Huss, traídoramente tomado, y de la de Jerónimo de Praga; de las incontables hogueras de la Inquisición, confiadas a piadosas manos, que resucitando, en una forma infernal, el culto pagano de las vestales, cuidaban con toda diligencia de que no se apagara el fuego sagrado, que se alimentaba vorazmente con carne humana?

¿Es esto hacer culpable al cristianismo de la barbarie moral de la edad media? De ningún modo. ¡En el siglo XVIII fué corriente hacer contra el cristianismo una guerra sin placación, sin cuartel; y ello fué lógico! La intolerancia de la Iglesia contra el individuo, trajo como natural consecuencia la del individuo contra la Iglesia. Torquemada produjo a Voltaire. Esa reacción pasó ya. Hey la crítica juzga el cristianismo con la imparcialidad con que juzga el budismo o el politeísmo. Aunque mira que las noventa y nueve centésimas partes de sus adeptos son hombres que profesan el cristianismo y practican el paganismo, a pesar de hacer diecinueve siglos de venir predicando el evangelio, no por eso afirma que su influencia civilizadora ha sido nula; pero tampoco le acredita cuanto adelante social se ha realizado en el mundo. Reconoce que ha sido una fuerza cooperativa en el desarrollo social; pero no por eso acompaña al señor Muñoz en su himno; no piensa que antes de Cristo no hubiera más que tinieblas en el mundo, ni que la luz de la civilización date del año uno de nuestra era.

La dicho antes me trae al segundo punto histórico sobre que da su parecer el señor Muñoz, y del cual algo he anticipado al examinar el primero. El dice: "Estableció en el mundo (el cristianismo), las bases de la vida social, elevando al hombre y revelándole el precioso tesoro de sus derechos. ¿Después de veinte siglos qué han producido las otras religiones? Aquí una degradación profunda; allá una tiranía sin límites."

En estos conceptos hay, aparte de una afirmación inculificada sobre el cristianismo, una trascendental implicación sociológica. En el sentir del señor Director, la religión es la fuerza creadora de las instituciones políticas. "Después de veinte siglos, ¿qué han producido las otras religiones? Aquí, una degradación profunda; allá una tiranía sin límites."

En sociología—tal cual la enseñan los grandes maestros—, para poder conocer las causas de una degradación política o de una tiranía; en fin, para explicar un estado social cualquiera, es de absoluta necesidad cavar muy hondo, tener cuenta de numerosos datos, de muy complejas influencias.

En primer lugar, de los factores externos que entran en la evolución social: el clima, que impide toda civilización en la Tierra del Fuego o en determinados lugares del Africa Central: la condición del suelo, que nos revela el motivo por qué razas inteligentes, como la de las islas Tahiti, han permanecido detrás de aquéllas que poseyeron minas de hierro y otros metales; o que nos explica el grado de cultura a que llegan las naciones agricultoras, y al cual jamás alcanzan las pastoriles y nómadas: la configuración geográfica que, como en el caso de Egipto, rodeado de desiertos, facilitó el desarrollo de un gobierno absoluto, por la casi imposibilidad que tuvo el individuo de ponerse fuera del alcance del poder; o que como en los casos de Grecia, los Países Bajos, Suiza, favorece la vida de instituciones libres, debido a las ventajas ofrecidas por la naturaleza para resistir a los gobiernos tiránicos, en sus conatos de subyugamiento. En segundo lugar, se debe tener cuenta de los factores internos: los caracteres físicos de los individuos de cada raza, sus cualidades emocionales, su capacidad intelectual; grupo de hechos, regido en primer término por la ley de la herencia. Debemos considerar luego, los factores secundarios o derivados: los mejoramientos sucesivos hechos por la sociedad en la naturaleza inorgánica, y en la fauna que debe combatir o de que se aprovecha: el incremento de la población, que da margen a la división del trabajo y a la multiplicidad de toda especie de agentes sociales: la acción

y reacción del individuo sobre la sociedad y de ésta sobre aquél; y el mutuo influjo de las diferentes sociedades: el desenvolvimiento científico, termómetro infatigable que señala el grado de evolución de una sociedad: las costumbres, informadas en las religiones, leyes, códigos de buena conducta y trato social: los diferentes productos estéticos, modas, templos, palacios, óperas, esculturas, cuadros de pintores, obras literarias.

Acerca de todos estos puntos exige el sociólogo amplios informes, antes de decidirse a emitir su juicio. No así el señor Muñoz. De todos estos factores y de los demás secundarios que existen, y sobre los cuales he pasado por alto, a causa de mi deseo de caminar aprisa, él no reconoce sino uno: la religión. Su método es el más expedito; pero de ningún modo el más seguro. Y aún creo que si él se pusiera, sin perder de vista los factores aludidos, a examinar la vida anterior de cualquiera de las naciones que padecen la dolencia de una tiranía—y para eso no tiene que ir a los tiempos del paganismo o a China, nuestra América le ofrece casos a escoger—, si empleara los métodos de observación usados, verbi-gracia, por Bukle, en su Historia de la Civilización en Inglaterra, o Taine, en su Historia de la Revolución Francesa, modificaría grandemente su opinión sobre la importancia predominante y exclusiva que le concede, en el desarrollo político, al credo religioso.

Pienso, también, que a haber meditado un poco más el argumento con que cree demostrar la excelencia del cristianismo, no lo habría escrito en un sentido tan absoluto. El es un arma de dos filos. Enaltece, el señor Muñoz, el cristianismo por sus frutos políticos, así como condena las otras religiones por haber producido "Aquí, una degradación profunda; allá, una tiranía sin límites". ¿Juzgando con su criterio la edad moderna y contemporánea a qué se llegaría? A que el catolicismo—es sabido que cuando los católicos hablan de cristianismo quieren decir catolicismo apostólico y romano—, a que el catolicismo es terreno donde la libertad no medra. Cuanta nación goza de los beneficios de las instituciones libres es, o protestante como la Gran Bretaña, Estados Unidos y aún podemos incluir como tal a Suiza, vista la superioridad, en todos respectos, de sus cantones protestantes sobre los católicos; o ha dejado de hacer el seno de la Iglesia, como Francia, si nos fijamos en su clase pensadora y que la dirige. Al revés, las naciones profundamente católicas han sido y son presa de gobiernos anti-liberales y más comúnmente de execrables despotismos. Ahí está Italia antes del autor de la fórmula: La iglesia libre en el Estado libre; ahí están Austria, Portugal y la madre España. En la América Latina es punto escabroso hablar de libertades; con todo, ¿quién no palpa la diferencia entre Ecuador y Chile, Centro América y la Federación Argentina? Pues bien, un rasgo basta para dar idea del grado de sujeción hacia Roma en que se hallan las Repúblicas australes de América: la una casi ayer, la otra hoy, enviaron su pasaporte al legado pontificio. Y si se me dice que un pueblo protestante soporta el régimen de hierro del príncipe Bismark, yo contestaré que, en cambio, no hay un pueblo genuinamente católico, uno sólo—oigase bien—, que sea libre.

¿No le parece al señor Muñoz que sería mejor para la religión misma que ella y la política se ignoraran recíprocamente; y que sus defensores no le estorbaran seguir su primitiva inclinación y retirarse de las plazas públicas, de los intereses terrenales, *al inmortal seguro de la conciencia?*

El señor Muñoz, nos dice que "el cristianismo estableció las bases de la vida social, elevando al hombre y revelándole el precioso tesoro de sus derechos..." y "que ha sido la cuna de la libertad del género humano". ¿Al leer éstos sus discípulos creerán que en el Nuevo Testamento hay algo que pudiera llamarse la declaración de los derechos del hombre. Hojeándolo, encontraría la confirmación de tal aserto?

En lo tocante a mí, pienso que quienquiera que, exento de ideas preconcebidas, lo lea, desde el evangelio de San Mateo hasta las revelaciones de San Juan, deberá confesar que ni Jesús ni sus apóstoles se ocuparon jamás en predicar ideas sobre el gobierno de la sociedad, nuevas ni viejas; que nunca intentaron hacer obra política, como decimos ahora. Oportunamente, ellos volvieron la espalda a las cosas de la tierra y no se ocuparon de otra cosa que de lo suprasensible. Renunciad a la vida ordinaria y a todos sus fines, ésa es la máxima de conducta en que se cristaliza la doctrina de Cristo.

Hay un pasaje en que lo dice, por centésima vez, con exquisitas palabras: "No os preocupéis de lo que hayáis de comer, de lo que hayáis de beber, de lo que hayáis de vestir. Ved las aves del aire: ni siembran, ni cosechan, ni entrojan... Contemplad los lirios del campo, cómo crecen: ni trabajan ni tejen; y sin embargo, Salomón en toda su gloria, no lució con más esplendor... ¿Quién de vosotros por pensar en ello puede añadir un codo a su estatura...? Buscad primero el Reino de los Cielos... No os inquietéis por el mañana... El que ama su vida la perderá; y el que odia su vida terrenal hallará luego una eterna."

¿En presencia de este desdén, de este odio común, cómo es posible que el evangelio sea una fuente de derechos políticos, una suerte de carta fundamental de derechos y libertades? Cabalmente, para haber llegado a éstas ha sido preciso ver la vida desde un casi opuesto punto al de Jesucristo o a lo menos desde uno muy distinto del suyo. Ha sido necesario darle precio a lo que era baladí y un poco peligroso para él, a la vida terrenal; y reputar el trabajo y sus productos dignos de estima. De otro modo sería inexplicable nuestro afán de adquirir libertades y garantías de derechos, que no vienen a ser, en definitiva, otra cosa que la consagración de la inviolabilidad que debe rodear al hombre en todos sus movimientos enderezados al logro de sus fines mundanales.

Se me interrumpirá diciéndome que la libertad religiosa protege un fin que no es mundanal. Cierito, pero, primeramente, nunca he oído decir que los cristianos hayan hecho algo para garantizar a los que no son de su iglesia o secta el libre ejercicio de su culto. Y, después, debo hacer presente que Jesucristo jamás aconsejó a sus discípulos que modificaran el régimen político para que pudieran practicar su religión sin embarazos. El hecho de que repetidas veces los amonestó sobre su deber de sufrir resignadamente las persecuciones que su doctrina les habría de traer, implica lo contrario.

Al rico que le pedía consejos y que le manifestaba haber observado los mandamientos desde su juventud, Jesús contestó: "Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres y tendrás así tesoro en el cielo; y ven y toma la cruz y sígueme". (San Marcos, Cap. X). ¿Prosélitos de esta austera doctrina se preocuparán sobre si la propiedad debe tener ésta o aquélla garantía o de luchar por establecer un gobierno que no tome de la bolsa del contribuyente sino lo absolutamente necesario, para subvenir a los gastos de una pura y prudente administración? Al que fuere golpeado en una mejilla, Jesús ordena presentar la otra al injuriador; ¿encontraremos aquí la cuna de la libertad que justamente se han adquirido y conservan no consintiendo usurpaciones de nadie, rechazando al injusto agresor aún por la fuerza y cualesquiera que sean las consecuencias de ésta? ¿Del ejemplo de quién, víctima de un proceso injusto contestó a Pilatos que le aconsejaba defenderse: "Mi reino no es de este mundo; que si lo fuera, mis discípulos pelearían para rescatarme de los judíos; pero repito que mi reino no es de aquí", sacaremos un precedente para combatir y derrocar los gobiernos arbitrarios?, es un vano empeño esforzarse por encontrar en el evangelio lo que no contiene: máximas de política; ¡como si al no encontrarlas, toda su grandeza rodara por el suelo! Poco importa que en él no se halle un ideal de gobierno; no por eso la estatura de Jesús se disminuirá en el grueso de un cabello. El vino a ser algo más que un tribuno. Vino a dar a las almas ansiosas de in-

finito alas con qué huir las miserias de la vida y remontarse a indecibles regiones, en las que el tiempo y el espacio son palabras sin sentido, y a las cuales no llegan ni el clamoreo que se eleva de nuestras contiendas políticas, ni el ruido y polvo, que levantan las instituciones que se derrumban.

El explorar el Nuevo Testamento en busca de un catecismo de derecho público puede llevar a inesperados hallazgos. Resultará que en vez de textos en pro de la libertad, se encontrarán varios en pro de una incalificada sumisión a los gobiernos. La respuesta dada por Jesús a sus discípulos, de los fariseos, cuando les dijo: "Dad al César la que es del César", si algo significa es que él aprobara pagar tributo a los conquistadores de su patria. Pero es inútil sacar inferencias cuando tenemos textos explícitos. El Apóstol de los gentiles, en su epístola a los romanos, nos dice: "...Cada alma permanezca sujeta a los poderes superiores: porque no hay poder que no emane de Dios...". Quienquiera que resista el poder, resistirá el mandato de Dios, y aquéllos que resistan, sufrirán condenación; y en la dirigida a los hebreos, capítulo XIII: "obedeced a quienes os gobiernen y someteos a ellos voluntariamente". Si hubiera la raza indo-europea seguida esa conducta de abatimiento, es seguro que los gobiernos absolutos estarían hoy tan frondosos como nunca. Por dicha bebí en otras fuentes; y de ello da testimonio la historia entera del desarrollo de la libertad, que pudiera compendiarse en esta frase: "una permanente revuelta contra los gobiernos."

\* \* \*

Si fuera cierto lo afirmado por el señor Muñoz, de que somos deudores al cristianismo, de las libertades, debiéramos encontrar a la Iglesia iniciando el movimiento de ataque contra el poder arbitrario de los reyes; o cuando menos, prestando socorro a los pueblos, que bien lo necesitaban, en su lucha secular contra la ilimitada autoridad real. Los hechos enseñan lo contrario. Mientras los monarcas rindieron pleito homenaje a la Corte de Roma, ésta les prestó su poderoso concurso para mantener subyugados a sus vasallos. Aun el rayo de Júpiter, el arma formidable de los papas, fué puesto al servicio de los reyes, para fines puramente terrenales. Carlomagno obtuvo excomuniones para los desertores de su ejército, y Carlos el Calvo contra sus súbditos insurrectos. Es cierto que algunas veces la buena inteligencia se rompió. Gregorio VII lanzó una excomunión contra Enrique IV y relevó a sus vasallos de toda obediencia feudataria. Gregorio IX repitió el procedimiento contra Federico II; y Bonifacio VIII, intentó deponer a Felipe el Hermoso, de Francia, y ofreció su corona a Alberto I, de Alemania. ¿Pero, qué tienen que ver estos altercados, nacidos de egoístas rivalidades de poder, con el progreso de las instituciones libres?

Los papas riñeron con los reyes no para arrancar del poder a éstos y traspasarlos a los gobernados, sino para agrandar su propio predominio temporal. Además, no se contentaron con ajustar su política a este propósito; la formularon como artículo de necesaria fe. Uno de los papas más notables, Bonifacio VIII, en su famosa constitución Unan Sanctam, declara que la Iglesia es un cuerpo y tiene una cabeza; que a su disposición hay dos espadas, la una espiritual, la otra temporal, aquélla debe ser usada por el Pontífice mismo, y ésta por los reyes y caballeros, con su licencia y de acuerdo con su voluntad, puesto que la menor de estas espadas debe estar sujeta a la mayor, y la autoridad temporal a la espiritual.

¡Estos tiempos, en que tenían crédito y uso práctico, semejantes teorías son las que se recomiendan a nuestra imitación! La reciente encíclica de León XIII, celebra fervorosamente los bienes de que gozaría el mundo si el acuerdo que reinó entre los dos poderes durante la edad media, hubiera conti-

nuado. En otro orden de hechos se manifiesta también que la influencia de la Iglesia contrarió el crecimiento, de la libertad, en vez de favorecerla. Sabido es que en los primeros siglos, la autoridad eclesiástica residía en las congregaciones mismas. Todos los miembros tenían verdadero participio en el gobierno. Aquello era una confederación de congregaciones y no la autocracia romana del siglo XIX. La lucha que terminó con la supremacía de Roma, fué bien dilatada. Al principio discutieron mucho los cristianos, especialmente fuera de Italia, los límites de las facultades del Obispo de Roma; y en concepto de no pocos su primacía no significaba más que una precedencia honorífica, que de ningún modo entrañaba jurisdicción. Y esto se discutió no digo ya en los patriarcados orientales pero aún en las iglesias de Occidente, no comprendidas en los términos de Italia.

La absoluta superioridad de la Santa Sede, no data más lejos de los tiempos del Emperador Valentiniano III, aunque hasta Gregorio I no se puede asegurar que hubiera sido reconocida de hecho por todos los metropolitanos. Pero sea de ello lo que fuere, es indiscutible que a partir del siglo VI, la soberanía de Roma es una cosa consumada. Tenemos aquí entonces, un primer ejemplo, de integración de poder, en vez de una difusión, que es lo que caracteriza las instituciones libres.

En la primera edad de la Iglesia, los obispos fueron elegidos por los fieles, así eclesiásticos como legos. Luego se restringió el número de electores: los miembros de un capítulo formaron la asamblea electoral. Tal fué el caso en Alemania, por ejemplo. Más tarde se llegó a que el único elector fuera el Papa, ya directa, ya indirectamente. Hubo una época en que elegido el obispo por su iglesia particular, entraba, sin otro requisito, en el ejercicio de sus funciones. Mas vino Alejandro VI y dirigido por el monje Hildebrando, después Gregorio VII, decretó que a ningún obispo de la iglesia católica era permitido ejercer su autoridad mientras no recibiera la confirmación de la Santa Sede. En la manera de elegir el Papa se introdujeron parecidos cambios, inspirados por el mismo restrictivo espíritu; durante los primeros siglos fué electo por todos los fieles, por lo que hoy llamaríamos sufragio universal. Esto no se perpetuó. Una constitución de Nicolás II limitó considerablemente el número y calidad de electores; y es aquí donde encontramos el fundamento del cónclave de cardenales, por el intermedio de cuya agencia se confiere hoy la dignidad pontificia. En todos estos casos vemos que el poder ha venido retirándose de los muchos para concentrarse en pocas manos o en una sola. Nueva prueba, pues, de una integración de poder.

Antes del siglo XVI los concilios, institución correspondiente a los cuerpos representativos modernos, eran un elemento importante en el gobierno eclesiástico. Mas como las resoluciones adoptadas en el concilio de Constanza, declararon suprema la autoridad de los concilios, tratárase de materias de fe, de extirpación de cismas o de reformas de la Iglesia; y aun bastante para imponer castigos al Papa que osara desobedecer las disposiciones de un concilio; y como el siguiente de Basilea no sólo confirmó lo estatuido en el anterior sino que fué más lejos en la práctica, los pontífices abolieron de hecho esta institución, para no correr el riesgo de ver amenguados sus poderes. A contar del de Florencia, continuación del de Basilea, no ha habido—si no yerro—más que dos concilios generales: el Tridentino, convocado con la mayor repugnancia, y el Ecuménico de Roma, que concluyó con una especie de suicidio, con la declaración de la infalibilidad papal. Estas vicisitudes de las asambleas eclesiásticas nos suministran un tercer ejemplo de la integración de poder, que se ha venido operando en la Iglesia, con el andar del tiempo.

No adelantaré juicio alguno referente a si la autocracia de Roma, ha sido provechosa a los intereses religiosos o no—este es un punto ajeno a mi actual disquisición—; pero sí haré notar que la pérdida de libertades que sufrió el pueblo cristiano no pudo menos de refluir considerablemente en lo político. La ingerencia que en lo antiguo tuvieron los fieles en el gobierno de la Iglesia, en la disciplina

como en el dogma, ya como electores cualquiera que fuese la elección, ya por el intermedio de los concilios, y la autonomía de las congregaciones nacionales, casi completa, fomentaban en el individuo la independencia de carácter, necesaria base de los gobiernos libres.

Nadie será osado a negar que el cristiano que permaneció bajo el palio pontificio, después del gran cisma de Lutero, fué un sér mucho más sumiso que el católico encontrado, a su advenimiento, por el gran promotor del imperialismo religioso de Roma, Gregorio VII. Para efectuarse este cambio fué preciso amoldar de nuevo, a través de varias generaciones, el carácter del individuo, debilitar los sentimientos que conducen a la aserción del juicio privado, y dar pábulo a los contrarios, de obediencia y abdicación. De este modo el papado obtuvo sumisos fieles, pero también la monarquía humildes vasallos. Gregorio VII hizo posible a Felipe II.

El saber es una fuente de libertad: y como la Iglesia "conservó el depósito de las artes y las ciencias", de aquí aparentemente resulta que la libertad debe mucho a la Iglesia. Antes de pasar adelante, nótese lo que viene envuelto en esas palabras del señor Muñoz. Algunas líneas más arriba nos dijo que el mundo estaba sumergido en la ignorancia del paganismo y ahora nos encomia la Iglesia por haber conservado las artes y ciencias del paganismo. Una de dos, o éstas eran cosas valiosas y entonces su primer juicio es falso, o no significaban nada y entonces no debemos gratitud alguna a quien nos conservó cosas tan baladíes. Hago esta observación porque en ambas frases está cifrada toda la lógica de los católicos. Para ellos antes del cristianismo y fuera del cristianismo no ha habido nada que valga. Esto no les impide recoger cuanto bueno ha crecido más allá de su campo, y dárselo a continuación como cosecha venida de su semilla. Retornemos de la digresión. Los conventos—nadie lo contradice—, fueron en el diluvio que sumergió el Imperio Romano, el arca de Noé en que se salvó la pareja del arte y la ciencia paganos. Mas de este servicio somos deudores no al cristianismo que había en el monje sino al hombre de estudio que había en él. Igual reconocimiento debemos a los árabes, que conservaron los tesoros del pensamiento griego, y de los cuales se aprovechó la Europa cristiana a través de los musulmanes de Oriente y de sus hermanos españoles.

Esta aproximación de mahometanos y cristianos me recuerda el argumento que éstos sacan, cuando comparan, por sus resultados, ambas civilizaciones; y me trae de nuevo al punto de partida del señor Muñoz, quien usa el argumento y amplifica su consecuencia. Se ve la superioridad de los pueblos europeos y de las colonias, y como éstas y aquéllos son cristianos, se concluye que la causa de su grandeza es su religión. No desarrollaré aquí—carezco de espacio—la teoría científica que explica cada civilización por el factor raza principalmente; y según la cual los individuos, en el curso del tiempo, no hacen otra cosa que desarrollar y adaptar a las condiciones ambientes los nativos caracteres de su raza; o como lo dice Mr. Taine, en el prefacio de la edición inglesa de su Historia de la Literatura en Inglaterra, cada raza conserva, a través de su historia, sus fundamentales cualidades, así como el individuo las conserva a través de la unidad de su vida. Conforme, pues, a esta teoría, el secreto de la superioridad de nuestra civilización está en la superioridad de la raza aria y en las circunstancias que han favorecido el desarrollo de sus naturales tendencias. Aunque no puedo desenvolver, como lo he dicho, la anterior explanación, citaré tres breves pruebas históricas contra la tesis del señor Muñoz. Razas orientales, en Siria y Armenia, han profesado el cristianismo por cerca de veinte siglos. ¿qué civilización presentan? Los conquistadores de América hallaron en México y Perú, civilizaciones tan adelantadas como uno no lo esperaría. (Véase la introducción de la obra de Bancroft History of the Pacific States y la History of the Native Races of America, del mismo). Los indios profesan el cristianismo va a hacer cuatro siglos. ¿Han progresado,

han conservado el nivel que alcanzó su civilización? ¿Individualmente son algo más que bestias de carga? Veamos otro caso más decisivo. Cuando la irrupción de los bárbaros, el cristianismo tenía cinco siglos. Su influencia era predominante: ministros y emperadores habían abrazado la nueva religión. Si mediante su influjo hubiera resucitado aquella sociedad; si de aquel despotismo militar hubiera nacido un gobierno puro y libre, la demostración de la eficacia del cristianismo, como panacea social, sería decisiva, y la tesis del señor Muñoz, incontestable. Mas como ninguna regeneración vino, como el cristianismo no logró galvanizar siquiera aquella raza muerta, tenemos que buscar en otro lugar que no sea el establo de Belén, la cuna de la libertad política.

Para terminar la discusión de este punto, diré cómo ha sido, en mi concepto, el cristianismo un factor importante en el mejoramiento social, y por ende en el político. Algunos de sus resultados los produce toda religión, y de otros hay que acreditarle un privilegio casi exclusivo. Las religiones añaden a las leyes civiles que prohíben los ataques contra las personas o su propiedad la muy eficiente sanción religiosa. El salvaje, por ser impotente a refrenar los impulsos egoístas de su carácter, y mucho más a guiar sus portes por los dictados de la simpatía, necesita para dominar sus bajos instintos que lo impelen, de continuo, a atropellar a los seres más débiles, de la amenaza de la cólera divina, de la esperanza de obtener sus favores y del temor de las calamidades que puede hacerle el enojo de sus malos espíritus. Ha sido, pues, la religión un fuerte lazo social. Haciendo valer su calidad de intérprete de la voluntad divina y sus poderes sobrenaturales ha desarrollado el sentimiento de obediencia; y ha fortificado así el sentimiento de justicia. De este modo prestó su ayuda para mantener unidos a los hombres, para producir la cohesión social, sin la cual no es dable adelanto alguno y mucho menos el apareamiento de instituciones libres. Ha hecho a su manera, lo mismo que las monarquías absolutas, habituar al individuo a obedecer la ley, cualquiera que fuese. La sujeción a la autoridad paterna, incondicionada durante mayor o menor período de tiempo, según que el hijo descienda de generaciones que fueron civilizadas o imperfectamente civilizadas o del todo incivilizadas, hace posible que él adquiera el hábito de dominarse a sí mismo, y que pueda luego conducirse por sí sólo. Pero sería erróneo inferir de aquí que el sentimiento que lo impele a reclamar su emancipación es la natural consecuencia de la disciplina de ilimitada obediencia a que ha estado sujeto durante el ejercicio de la patria potestad. Cabe decir otro tanto de la religión.

Viniendo a lo que es cosecha casi exclusiva del cristianismo, debemos reconocer que ninguna de las prácticas de su culto fué inmoral y que dulcificó—aunque duras y sobremanera egoístas costumbres de los bárbaros. Fué en la máquina no en el grado que suponen muchos no familiarizados con estudios históricos—, la social la grasa que disminuyó el frote de aquellas naturalezas de hierro. Así fortificó el sentimiento de la simpatía, y como este sentimiento es necesario para que lleguemos a reconocer en los demás iguales derechos que en nosotros, y como si en la bella fórmula de los espíritus generosos de la Revolución Francesa, Libertad, Igualdad y Fraternidad, no puede tomar cuerpo de realidad, resulta que el cristianismo ha ayudado al crecimiento de los gobiernos libres. Total, que la religión, junto con otras fuerzas, ha preparado el advenimiento de la libertad; que ésta ha sido precedida de la religión, pero no procede de ella; que a su lado se encuentra en la relación de consecuente a antecedente y no de efecto a causa.

Una advertencia final. Tómese nota de que no he tenido cuenta de los beneficios que el cristianismo haya traído a sus creyentes, por haberlos puesto en comunicación con el verdadero Dios. Esta es una cuestión diferente. La controversia gira, no sobre el valor teológico del cristianismo, sino sobre su valor como causa de la libertad política. Del anterior análisis se deduce que el señor director del Colegio de Cartago, extraviado por su ardiente celo religioso, tiene de la edad

antigua una impresión que no pudiera ser más inexacta; y que tampoco lo es menos la que le producen la Media y la Moderna, puesto que en cuestión tan grave, como la del nacimiento y desarrollo de las libertades, que llena toda la Edad Moderna y gran parte de la Media, afirma rotundamente un parecer, contrariado en la extensión que él le da, por múltiples evidencias.

Entonces, y esto es lo trascendental, la historia que se enseña en el Colegio de Cartago, ¿podemos reputarla como el espejo de la verdad? Con el criterio del señor Muñoz se llega a donde ha llegado el Papa en su última encíclica, a condenar el derecho moderno, base de toda república. Nada significa que León XIII contenga la impetuosidad de los ultramontanos mientras siga rechazando el principio de que "y siendo todos los hombres semejantes, puesto que son de la misma raza y de la misma naturaleza, deben ser iguales, los unos a los otros, en la práctica de la vida."

Con tales ideas ¿producirá la enseñanza ciudadanos de una república?

\* \* \*

En la segunda parte de su artículo desenvuelve el señor Muñoz galanamente, usando la manera oratoria de Mr. Cousin, con quien le encuentro más de un parecido, el axioma de que el catecismo de la doctrina cristiana es la síntesis y compilación de las verdades que han ocupado la meditación de los sabios. Considerada así la doctrina cristiana, no como un credo religioso y un código moral, sino como un tratado científico, la enseñanza de su colegio, en lo que se refiere a ciencias, está destinada a ser radicalmente defectiva. El establece como verdades incommovibles cuantas noticias repite el niño cristiano acerca de la formación del mundo, de cómo se pobló la tierra, del por qué hablan los hombres idiomas, etc., etc. Todas estas cuestiones no son, en su sentir, materia de debate; se hayan fuera de las investigaciones de la ciencia; están resueltas por la Biblia: no hay más que hablar.

Enhorabuena que la religión mantenga su soberanía en los dominios de lo inconocible; que revele a su modo, el arcano de la última causa y finalidad de los mundos; de dónde venimos y a dónde vamos. La ciencia no lo objeta. Son éstos, enigmas que no caen bajo su competencia; sus instrumentos de trabajo son impotentes para descifrarlos. Ella se ocupa de investigar lo conocible y sólo lo conocible; y en cuanto a esas trascendentales cuestiones situadas en lo inconocible, sigue el consejo del poeta Florentino: "Non ragioniam di lor", que no tiene, como lo dice Mr. Littré, para explorar ese océano infinito cuyas olas baten sin cesar nuestra orilla, barco ni vela.

En cambio, dentro de los límites de su campo de acción, reclama y hace sentir su exclusiva autoridad, autoridad por otra parte, reducida a bien poco: a exigirnos obediencia ante los hechos comprobados que nos pone delante. La porfiada opugnación de los que como el señor Muñoz desconoce sus fueros, no será parte a que la ciencia abandone el campo. La lucha será todavía larga: pero la victoria no por eso menos segura; y la posesión indisputada en que se haya de ciertas posiciones que con tanto trabajo asaltó, le dan nuevo aliento.

Cuando los astrónomos comenzaron a ver que la tierra no era el centro del universo, se les dijo: sós hombres impíos, vuestras palabras son una blasfemia, vuestra soberbia os ciega: La Biblia dice: "firme como la tierra, que no puede ser movida"; "el sol se levanta y el sol se pone; y luego se apresura a volver al mismo punto por donde salió"; y nos dice también que los deseos de Josué se cumplieron, que el sol se detuvo y permaneció quieto en el medio de los cielos, hasta que el pueblo de Israel hubo saciado su venganza en sus enemigos, los amonitas. Luego, es una herejía enseñar que el sol está fijo y que

la tierra gira a su alrededor. No obstante estas convincentes razones, los astrónomos no se dieron por convencidos. Y la Iglesia al ver su imposibilidad de repetir con todos ellos lo que había hecho con Galileo, al cerciorarse de que no era hacedero traerlos a Roma para obligarlos a retractarse, cesó en su obstinación, no volvió a hablar más del asunto, reconociendo así que la Biblia se había equivocado.

Colón afirmaba que era posible ir al Oriente por el Oeste. Los monjes se aferraban en que era errada su opinión; y citaban muy buenas autoridades, Lactancio, San Crisóstomo y otros entendidos padres de la Iglesia. Así y todo, Colón no se humillaba, y a la postre su soberbia hizo salir de las aguas un continente.

El evangelio de San Lucas refiere, al dar la genealogía de Jesús, nombre por nombre, que entre él y Adán, hubo setenta y cinco generaciones, a menos que me haya equivocado al contarlas. Dando a cada uno de los antepasados cien años de vida, resultaría que a la venida de Cristo, el hombre había vivido en la tierra unos siete mil quinientos años. Sin embargo, hay pruebas históricas de que el Valle del Nilo ha sido habitado desde más de veinte mil años; y los archivos de China nos hablan de fechas junto a las cuales las dadas por la Biblia son insignificantes. La paleontología ha reforzado estas conclusiones y nos hace ver seres humanos en una edad tan remota que nos parece fabulosa. Ha habido que reconocer que ni San Lucas ni los otros redactores de la Biblia eran grandes autoridades en materias cronológicas.

El universo fué creado, según el Génesis, en seis días; y todos los judíos y cristianos, durante siglos, estuvieron creyendo que los siete días de que habla el primer capítulo del Pentateuco, equivalían a una semana nuestra. La geología, no embargante, demostró que los cambios que allí se dan por sucedidos en el espacio de un día hubieron de requerir inmensos períodos de tiempo. Lo demostró con tales razones que los defensores de la Biblia, para reconciliarla con la ciencia, tuvieron que recurrir a dar al término día una ingeniosa interpretación, por la cual lo mismo puede significar un día natural que millones de años.

Actualmente la preocupación de los espíritus religiosos consiste en tratar de conciliar la Biblia con los progresos de las ciencias naturales. Mr. Gladstone olvida la gran cuestión de Irlanda, se desentiende por unos días de combinar el plan de la próxima campaña parlamentaria, de que depende que su vida termine con una victoria o una irreparable derrota, y viene a romper lanzas con Mr. A. Réville, que en su obra "Prelegómenes de L'Histoire des Religions", contradice la certeza de la relación contenida en el primer capítulo del Génesis.

Como supongo que el señor Muñoz no pensará que su causa está comprometida en manos tan hábiles, como las del Great Old Man, juzgo que será contestarle dar cuenta de las declaraciones hechas, en nombre de la ciencia, por el eminente profesor Huxley, en su artículo: "Los intérpretes de la Biblia y los intérpretes de la naturaleza". No haré más que extractar sus ideas capitales; y remito a los que tengan interés en conocerlo a fondo, al número de diciembre próximo pasado de la revista "The Nineteenth Century."

Mr. Gladstone afirma, de acuerdo con la Biblia, que la creación de los organismos vivientes se realizó en el orden que sigue: "1º, los animales del agua; 2º, los animales del aire; 3º, los de la tierra; 4º, el hombre. Dice, además, que este cuádruple orden ha sido tan afirmado en nuestro tiempo por la ciencia natural, que puede ser tenido por una demostrada conclusión y un hecho establecido.

Con presencia de los descubrimientos geológicos, el profesor Huxley, niega terminantemente el dicho de Mr. Gladstone. Antes de exponerlos es necesario, debido a la ambigüedad del texto bíblico, convenir en cuál es la extensión que debe darse a la clase animales del aire. En cuanto a incluir en ésta, además de las aves, a los murciélagos y a los extintos pterodácticos, reptiles alados, no es cosa

muy difícil. Pero la dificultad crece de punto cuando se trata de saber si los insectos voladores deben incluirse en la clase de las aves, de que hablan los versículos 20, 21 y 22 del Génesis, o si son de las "cosas que se arrastran", de que habla el versículo 24. En este último caso habría que clasificar los insectos alados entre los "animales de la tierra."

Ahora bien, si en la categoría animales del aire se incluyen únicamente las aves y los vertebrados alados (murciélagos y pterodáctilos), los archivos geológicos nos enseñan que ellos aparecieron después de los anfibios y los reptiles (animales de la tierra), mediando entre ambos un prodigioso intervalo de tiempo. Por consiguiente, la ciencia nos dice, o mejor dicho, la naturaleza, que el orden de sucesión fué: 1º, los animales del agua; 2º, los de la tierra; y 3º, los del aire; y no 1º, los del agua; 2º, los del aire; 3º, los de la tierra, como lo sostienen los defensores de la Biblia.

Supongamos, ahora, que los insectos alados deben incluirse en la denominación aves. (En manos de los exégetas, las palabras adquieren una elasticidad increíble). Entonces la aparición de los animales del aire data no del período jurástico, sino de uno inmensamente más lejano, puesto que los insectos han sido encontrados en el período siluriano. Aún en este caso no se demuestra que las aves precedieran a los animales de la tierra; porque en el mismo estrato que el insecto, fué hallado el alacrán, al cual nadie negará su condición de "cosa rampante". Luego, a lo más que podríamos llegar sería a que el orden de aparición es: 1º, los animales del agua; y 2º, los del aire y tierra; y no como lo dice Mr. Gladstone: 1º, los del agua; 2º, los del aire; y 3º, los de la tierra.

Para llegar a estas afirmaciones, que destruyen la veracidad de la Biblia, no se ha usado otro procedimiento que el de observar los hechos suministrados por las formaciones geológicas. Si para saber qué significan estos hechos, aplicamos sobre ellos nuestras facultades de raciocinio, las conclusiones de los intérpretes de la naturaleza permanecerán en irreconciliable conflicto con las de los intérpretes del Pentateuco.

Todo estudiante de primer año de morfología conoce que la organización de un murciélago presupone la de un cuadrúpedo terrestre; y que sólo es inteligible como una extrema modificación del organismo de un mamífero terrestre o un reptil. Igualmente, el insecto alado (si es que debe contarse en el número de los animales del aire), presupone insectos sin alas, los cuales como "cosas que se arrastran", fueron parte de los animales terrestres. Del mismo modo, las ballenas, las vacas marinas, los delfines, etc., etc., enseñan los más obvios signos de su descendencia de cuadrúpedos terrestres, lo que demuestra que muchos animales del agua, lo mismo que los murciélagos y las aves, se originaron después de los animales de la tierra.

Ultimamente, cualquiera que sea la interpretación que se dé al primer capítulo del Génesis, se deberá encontrar en el fondo de ella la proposición de que las especies que componen los animales del agua, del aire y de la tierra, se originaron durante tres distintos y sucesivos períodos de tiempo y sólo durante esos tres períodos.

Sin duda, es en el más alto grado probable que la vida animal apareció primero bajo formas acuáticas, luego bajo formas terrestres, y por último aladas. Pero al mismo tiempo, está testificado por todas las pruebas que poseemos, que la gran mayoría, si no el todo, de las especies primordiales de cada división, ha desaparecido largo tiempo ha, y sido reemplazada por una vasta sucesión de nuevas formas. Cientos de miles de especies de animales han venido a la existencia y se han extinguido. Esta afirmación puede hacerse de un modo absoluto, porque las formaciones geológicas que tenemos ya bien exploradas, nos han proporcionado medios para determinar exactamente en qué período aparecieron esas especies y

en cuál se extinguieron. La deducción que se desprende de aquí es que, si las especies animales han sido creadas por separado, como lo reza el Génesis, miles de actos de creadora energía han ocurrido intermitentemente, durante todo el tiempo de que conservan claras y completas señales los estratos, fieles guardadores de los fósiles. Por consiguiente, en la mayor parte de este tiempo la creación de la mayoría de las especies, que pueblan el agua, el aire y la tierra se ha efectuado no en periodos sucesivos, sino coetáneos; y aun a veces el orden de sucesión se ha trastornado hasta el punto de que animales del agua han aparecido después de los del aire y la tierra, invirtiéndose así por completo el orden Bíblico.

Respecto a la narración del Génesis, sobre la obra hecha en los cuatro primeros días, se confirmaría por la demostración de la hipótesis nebular. Así es corroborada por lo que se conoce acerca de la naturaleza y probable antigüedad relativa de los cuerpos celestes; así la geografía física y la meteorológica, confirman el aserto de que las aguas están parte debajo y parte encima del firmamento;— así está afirmado por la paleontología botánica, que enseña que las yerbas y los árboles aparecieron mucho después de los animales, que la creación del mundo vegetal y especialmente de la yerba que produce la semilla y del árbol que da fruta, se realizó antes que la de alguna clase del mundo animal—, hay que afirmar, de un modo decisivo, que todas estas cuestiones son contestadas negativamente por los entendidos en las ciencias a que ellas se refieren.

La conclusión a que llega el profesor Huxley, es que, dada nuestra actual ignorancia y no siendo todavía suficientes los datos acopiados hasta lo presente, la ciencia no puede dar una explicación que sustituya la del Génesis, y que esté a cubierto de los críticos que no se contentan con hipótesis y razonamientos sino que exigen hechos. Pero esto en nada disminuye la debilidad incurable de la Biblia, pues la vasta acumulación de pruebas que ya posee la ciencia le es fatal. Ninguna de ellas le presta ayuda; lo contrario, todas concurren a demostrar que las cosas sucedieron en un orden distinto al del narrado por el Génesis. curren a demostrar que las cosas sucedieron en un orden distinto al del narrado por el Génesis.

A pesar de estas derrotas, que debieran haber destruido en los cristianos la creencia en la infalibilidad científica de la Biblia, persisten en proclamarla el más alto libro científico y en condenar todo trabajo que pueda conducir a conclusiones diferentes de las contenidas en ella.

Tanto más es de extrañar semejante pertinacia cuanto que debieran estar ya convencidos de la ninguna consecuencia práctica que produce la verificación de los errores científicos de la Biblia, puesto que la reverencia con que los creyentes profesan hoy el cristianismo, aunque sin creer que el mundo fué creado en seis días naturales, o que de ello hace unos seis mil años, o que el sol está relativamente fijo, es tan sincera a lo que entiendo, como lo fué la de los que anatematizaron ayer los trabajos de la geología, o en el siglo XVI las doctrinas de Galileo.

El momento actual nos presenta un notable ejemplo de la inveterada preocupación. Las investigaciones de Lamark, Goethe, Darwin, Spencer, Haeckel, producen una conflagración en el mundo protestante y especialmente en el católico. Se cree que el día en que venga el evolucionismo habrá que repetir el grito de los paganos: "Los dioses han muerto". Se piensa que la religión desaparecerá si se llega a demostrar, sin posibilidad de duda, que las especies no fueron creadas cada una por separado, repentinamente y desde el principio en su entera perfección, sino que las unas han procedido de las otras, que son momentos de una misma fuerza, y que han ido diferenciándose por graduales e insensibles cambios, a través de un lento proceso de evolución. Y esto se teme como si por la nueva explicación de la ciencia todo el misterio que nos rodea, y que es el fundamento

del sentimiento religioso, se desvaneciera de un golpe; como si fueran, por ejemplo, menos portentosas la existencia y belleza del quetzal por cuanto descubrimos que brotó de un huevo, al parecer masa sin vida, por cuanto asistimos momento por momento, a la incubación; por cuanto presenciarnos las sucesivas metamorfosis que hubo de necesitar para romper la cáscara y aparecer ante nosotros desproporcionado, implume, repugnante; porque lo sentimos crecer, porque uno a uno, vimos brotar los cañones que, desarrollados luego y cubiertos de delicado fleco, habian de formar el primoroso plumaje, que admiramos después, cuando, al abandonar el ave su nido, en su primer vuelo por la selva, un rayo de sol lo hizo resplandecer en sus maravillosas cambiantes de seda!

Aquellos—dice Herbert Spencer, en la sexta parte de su Sociología, publicada pocos días ha—, que piensan que la ciencia está disipando las creencias sentimientos religiosos, no paran mientes en que todo el misterio que desaparece con la vieja interpretación reaparece en la nueva; o más bien podemos decir, que la transferencia de la una a la otra va acompañada por el incremento, desde que a una expiación que parecía probable reemplaza una explicación que, haciéndonos retroceder tan sólo cierta distancia, nos deja siempre en presencia del reconocido inexplicable”. Y finalmente, al terminar el libro, dice: “Pero una verdad debe aparecer cada vez más clara, la verdad de que hay una inescrutable existencia, manifestada por todas partes, y a la cual no podemos encontrar ni concebir principio o fin. Y en medio de estos misterios más misteriosos, a medida que se medita más en ellos, permanece la absoluta certidumbre de que siempre nos encontramos en presencia de una infinita y Eterna Energía, de la cual proceden todas las cosas”. Estas son las soberbias e irreligiosas palabras con que el vigoroso y atrevido especulador inglés, el gran filósofo contemporáneo, cierra su vida, que por desdicha, no le alcanzará hasta poner remate a su grandiosa construcción, la Filosofía Sintética.

\* \* \*

Antes de terminar no puedo omitir la contestación a uno de los principales argumentos con que se ataca la ciencia, y que por supuesto, no dejó de usar el señor Muñoz, después de haber hecho un paralelo entre el incrédulo y el creyente, exclama: “¿A cuál preferimos?”. “¿Cuál fué mejor esposo y padre, mejor ciudadano?”. Está fuera de duda que es el espectáculo moral que presenta el mundo civilizado, de todo puede tener menos de consolador. En este respecto hay pueblos salvajes, que no tienen religión ni idea de Dios, como los que habitan los flancos del Himalaya, y que no obstante podrían darnos saludables enseñanzas. El egoísmo, nuevo Proteo que se encarna en mil formas, es el Dios y Supremo Regulador de las sociedades presentes. Ponemos en su altar la moral ideal; pero en la vida práctica volvemos la espalda a ese altar. ¿Mas, son los católicos los que pueden hacer cargos a alguien o a algo de este abatimiento en que yacen los caracteres? Ellos que han dominado sobre la conciencia humana por espacio de 19 siglos, ¿y no es una injusticia sin nombre echar todas las responsabilidades encima de la ciencia? Indudablemente que sí lo es; y quienes lo hagan, si sinceros, demuestran o falta de equidad o sobra de ignorancia, y si maliciosos, cometen una innoble acción, una negra calumnia.

Para que pudieran hacer bueno su cargo les sería necesario comprobar: primero, que la ciencia moderna predica doctrinas de relajación, o que sus lógicas consecuencias conducen fatalmente al nihilismo moral; y segundo, que el carácter que distingue a los discípulos de la ciencia moderna en su inmoralidad, mientras que los que permanecen fieles al secular credo religioso son dechados de buenas costumbres y de práctica derecha de conciencia.

Tómese el trabajo el señor Muñoz de volver a leer los grandes sistemas

de moral que han aparecido en la última centuria, a partir del filósofo Koenisberg, el gran renovador moderno; y dígame luego en cuál de ellos encuentra el germen siquiera de nihilismo moral. Será en el idealismo absoluto de Kant, resumido en su máxima: haz el bien por el bien mismo; y elocuentemente expresado en su frase: "Hay dos espectáculos verdaderamente sublimes en la naturaleza, el cielo estrellado encima de nuestras cabezas y el sentimiento del deber en el fondo de nuestra conciencia."

¿Será en el positivismo de Comte, cuya efusión altruística desborda en todas sus obras? ¿Será en el evolucionismo de Spencer que llega a demostrar, por procedimientos experimentales, que para que la "Evolución de la conducta alcance sus límites es necesario que además de abstenernos de directas e indirectas injurias contra los otros, ayudemos con espontáneos y activos esfuerzos la dicha ajena"; y que nos hace ver en lontananza un estado social en el que no será preciso poner límites al egoísmo sino al altruismo, y en el cual, a la manera que hoy, por ejemplo, no es raro ver a personas que cedan a un amigo la ocasión de hacer una acción generosa, renunciando de ese modo un placer, llegará a reinar una más alta equidad que nos refrenará ahora de traspasar las esferas de las altruísticas actividades de los demás, así como una más baja equidad nos refrena de invadir las esferas de sus egoístas actividades? ¿Será aún en el pesimismo de Schopenhauer y Harttman, en cuya oscura noche de desesperación luce, sin embargo, la estrella de oro de la piedad? Y si quitando la vista de sus obras, la ponemos en su conducta, debemos también confesar, llenos de respeto, que ella ha sido un verdadero sursum corda. La rígida disciplina de la ciencia paralizó, atrofijó en ellos las rastreras inclinaciones humanas, y en cambio vigorizó cuanto sentimiento noble es capaz de florecer en el corazón humano. Y aunque no creyeron encontrar compensaciones en ultratumba, no vacilaron en gastar su vida alumbrando a los demás. Una piadosa señora, hablando de Mr. Littré, decía: "Es un santo que no cree en Dios". Convendrá conmigo el señor Director del Colegio de San Luis Gonzaga, en que si de todos los creyentes se puede afirmar la segunda parte de la frase, de contados se puede decir la primera.

Washington, enero de 1886.